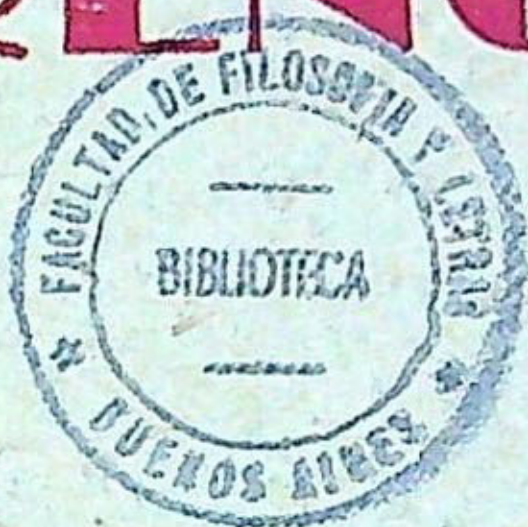


DESPLGADO

MARZO
1932

CURSOS y CONFERENCIAS



SUMARIO: Alejandro KORN — HEGEL: *En el primer centenario de su muerte.*

Nicolás REPETTO — COOPERACIÓN LIBRE:
X. Legislación Cooperativa.

Luis REISSIG — ANATOLE FRANCE: *IV. Afinidades y discordancias — Jean Racine — René de Chateaubriand — Emilio Zola.*

Juan SABATO — LA TEORÍA DE LAS LAMPARAS ELECTRÓNICAS Y SU APLICACIÓN EN LA RADIOTÉCNICA: *II. El efecto Edison.*

Enrique GAVIOLA — FOTOQUÍMICA: *III. La vida de los estados excitados y el destino de la energía.*

Aníbal PONCE — PSICOLOGÍA DE LA ADOLESCENCIA: *VIII. La dialéctica.*

AÑO I
NUM. 9

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

SECRETARIA: BELGRANO 1732. DESPLGADO

BUENOS AIRES

CURSOS y CONFERENCIAS

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores
Aparece el 30 de cada mes

La revista publicará las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dicten en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los profesores mismos.

En su sección de comentario a libros y revistas procurará reflejar, además, cuanto aparezca de significativo en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

Suscripción anual, 12 \$ — Número suelto, 1\$50
Exterior, anual, 1 libra esterlina o 5 dólares

Dirección y Administración: Belgrano 1732.
Buenos Aires - Argentina

COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

La formación del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Contará con un conjunto de cátedras libres, de materias incluídas o no en los planes de estudios universitarios, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad, y a las personas que, fuera de la Universidad, se han destacado por su labor personal. También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquella sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

HEGEL (*)

EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU MUERTE

Por ALEJANDRO KORN

I

Hasta el umbral de nuestra casa llega el eco de las agitaciones populares. En esta ciudad enorme, apremiada por problemas económicos, sociales, políticos, nos reunimos aquí — un diminuto grupo — a evocar el recuerdo de un filósofo, muerto ha cien años. En apariencia es un contraste paradójal. ¿Acaso nos es indiferente la contienda de nuestro pueblo, acaso con un snobismo desdeñoso nos refugiamos en la especulación pura, ajenos a los intereses del día? No hay tal indiferencia. Ni tal contraste.

En el nombre de Hegel nos reunimos, un siglo después de su muerte, porque su filosofía no fué un juego escolástico de meras abstracciones, ni solaz pedantezco de la cátedra, sino interpretación genial de la realidad viviente. Nadie como

* Este trabajo circunstancial es un trabajo modesto como lo es su autor. Sobre el mismo tema un amigo distinguido a quien mucho aprecio, ha publicado un ensayo que dedica a las cinco o seis personas que en el país pueden entenderlo. No tengo la petulancia de incluirme en ese media docena. Escribo, con fines didácticos, para los muchos que, como yo, todavía no han concluido de aprender. A los que saben más, nada tengo que decirles.

él penetró el secreto del devenir, nadie como él indentificó la autoevolución del principio absoluto con el fluir del proceso secular, uno y complejo a la vez. Nos enseñó como en un ritmo lento o acelerado toda tendencia engendra la contraria, pues la realidad es síntesis de opuestos. Así, para citar un ejemplo cualquiera, podemos comprender como la demagogia engendra la dictadura y la dictadura el reclamo de la libertad. No es pues un hecho anacrónico "si elevamos la anécdota a concepto". En tanto el pueblo argentino forja un nuevo episodio de su accidentada historia podemos alzarnos un instante hasta la idea eficiente de toda contingencia humana. No nos hemos de perder en las nubes; al salir de aquí a ocupar nuestro puesto en la contienda, habremos recogido la gran enseñanza que la finalidad ideal solo se realiza en la acción concreta.

Hegel mismo es un acontecimiento histórico. No lo podríamos comprender si apartáramos su angulosa personalidad de su medio y de su momento. Faltaríamos a su propia doctrina. El caso individual es una abstracción y los factores que lo determinan son otra. Nadie empero fué más enemigo de la vacuidad de las abstracciones que Hegel. Fué su afán abarcar en su totalidad la conexión real de lo concreto y de lo universal. ¿Cómo conciliar al individuo con el conjunto, los fueros de la personalidad autónoma, su acción espontánea, con la necesidad implícita del desarrollo histórico? ¿Por suerte, el genio realiza su obra con arbitrio soberano o es solamente el órgano de un proceso inevitable? El problema en un momento de nuestra propia historia también surgió en la mente de Alberdi: "Hay siempre, dijo, una hora dada en que la palabra humana se hace carne. Cuando ha sonado esa hora, el que propone la palabra, orador o escritor, hace la ley. La ley no es suya en ese caso; es la obra de las cosas. Pero esa es la ley durable, porque es la ley verdadera".

Las dos tesis sobre el valor de la personalidad son contradictorias y se excluyen mutuamente. Para el sentido común como para las teorías unilaterales, solamente una puede ser cierta. Para Hegel lo son ambas. La síntesis de la libertad y de la necesidad es solo un caso de la coincidencia de los opuestos. Y si argüimos que semejante coincidencia se realiza más allá de nuestro horizonte empírico, este reparo no afecta al

filósofo para quien la oposición de lo sensible y de lo inteligible no es sino un dualismo de dos conceptos abstraídos que aislados, carecen de realidad. La conjunción de los opuestos no se verifica como la confluencia de dos ríos distintos; los opuestos integran la unidad del eterno raudal. Podemos acentuar según el caso su identidad o su distinción.

La autonomía de la personalidad histórica y la necesidad del proceso histórico coexisten sin menoscabo recíproco. En la personalidad viva el pasado y el presente se fusionan en un acorde. Como todo mortal el hombre de genio recoge su herencia, pero dueño de ella la multiplica con el esfuerzo propio. En el caso de Hegel es fácil señalar su estrecha vinculación con los predecesores. En su sistema quizás no haya un pensamiento sin antecedentes en la historia de la filosofía. Sin embargo, su poderosa originalidad se impone con rasgos que son suyos y de ningún otro. Si bien el hecho histórico no interrumpe la continuidad histórica, así mismo es único; no ha existido antes, ni ha de repetirse después. La reflexión abstrae distintos aspectos, el análisis descubre su complejidad, el relato lo deshilvana: el hecho mismo es síntesis absoluta.

También en el filósofo se sintetiza la tradición, remota o reciente, con la genialidad de su libertad creadora. Solamente en obsequio a las limitaciones forzosas de la palabra puede tolerarse la exposición fragmentaria de una doctrina. Voy a exponer primero el génesis del pensamiento hegeliano y luego intentaré abordar el sistema mismo.

II

¿Hasta dónde hemos de retroceder para rastrear los determinantes de un hecho nuevo? La filosofía occidental constituye una evolución no rectilínea, pero continuada y coherente desde sus orígenes. Elegir un punto de arranque será siempre más o menos convencional. Así la concepción dinámica del universo, como la concordancia de los opuestos, ya fué la doctrina de Heráclito de Efeso 500 años antes de nuestra era. Descubrir en el cosmos una estructura lógica fué el afán del racionalismo griego. Y todavía en las postrimerías del pensamiento helénico, cuando la filosofía degenera en teología, Proclo anticipa las tríadas del método dialéctico,

describe cómo la unidad se despliega en la multiplicidad para retornar luego a sí misma.

Una conferencia sujeta al apremio de la hora académica no puede aspirar a resumir todo este largo proceso. Si anudáramos el hilo en semejante lejanía, aun corriendo el riesgo de la superficialidad, tardaríamos demasiado en llegar a nuestro tema. Es de preferir un punto de partida más cercano, pero sin desconocer qué influencias milenarias acaban por coordinarse, por culminar digamos, en la más vasta concepción metafísica del siglo XIX.

En realidad, el antecedente necesario del cual no es lícito prescindir, es la honda conmoción espiritual ocasionada por la obra de Kant. Para caracterizarla sea permitido evocar en pocas palabras el panorama de la filosofía moderna. No por cierto, en la plenitud de su desarrollo. En torno de cada posición ideológica se extiende una densa ramificación de proyecciones periféricas. El concepto fundamental se explaya en conclusiones teológicas, cosmológicas y antropológicas, en teorías lógicas, éticas, jurídicas, políticas, tan múltiples como variadas y contradictorias. Querer registrar todos estos aspectos derivados, expone al peligro de perderse en el cúmulo de los detalles. En lugar de una visión de conjunto el análisis solo da la numeración de la crónica, sobre todo si en el deseo de la exactitud olvida la noción de las jerarquías y equipara una disquisición filológica con una apreciación crítica. Voy a circunscribirme al problema central, esto es al problema ontológico en procura de un cuadro sintético, sin atribuirle en el caso presente otro valor que el de un esquema.

III

Si en la época del Renacimiento la filosofía vuelve a recuperar su libertad intelectual, en el siglo XVII adquiere su carácter distintivo. Cuando Descartes al través de la duda metódica halla como única base posible de la especulación la evidencia del YO pienso, acertó con la única posición no en-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trevista por los griegos. La conversión copernicana que Kant se atribuyó, en realidad la anticipa Descartes. Pero ni él mismo, ni los grandes racionalistas, sus sucesores, supieron aprovechar el gran

descubrimiento. Muy luego cayeron en el dualismo, monismo o pluralismo objetivo. Esquivaron la solución idealista por temor al solipsismo, la conclusión tan lógica como absurda del apotegma cartesiano. No por eso perdieron su fe en la eficacia de la lógica formal. Construyeron sus grandes sistemas sin dudar de la capacidad de la razón para alcanzar la verdad metafísica.

Esta convicción no arraiga tanto en las corrientes empiristas de la filosofía inglesa. Negaron las ideas innatas, el fundamento de la metafísica racionalista, y calificaron como única fuente del conocimiento los datos que los sentidos inscriben en la tabla rasa del entendimiento. Pero al fin, elaborados por la razón también estos datos permiten inferir verdades últimas. Poco inclinados a construir grandes sistemas se limitaron a postular un flojo teísmo, disfraz de la causa primera.

El mejor fruto de la polémica entre racionalistas y empiristas fueron los primeros esbozos de una teoría del conocimiento. Aquí empero interviene un tercer factor de importancia creciente. Se trata de un hecho nuevo, propio de los tiempos modernos, sin equivalente en la antigüedad. Frente a la especulación se coloca un conocimiento de otra índole, con la pretensión de suministrar una noción más cierta, mejor fundada del orden cósmico. La ciencia empírica abandona el hogar común. Armada con un caudal de observaciones nuevas, apoyada en el experimento, con auxilio de las matemáticas se emancipa de la tutela filosófica y se constituye en un dominio autónomo. También la ciencia, envanecida con sus éxitos, supone que su verdad es la verdadera, la absoluta. La interpretación mecánica del cosmos no puede menos de ser exacta.

Acorralado el problema del Ser por tan distintas fuerzas ¿cómo no había de entregar su secreto? El resultado sin embargo es mediocre. Las grandes esperanzas del siglo XVII se desvanecen en el siglo XVIII. Los sistemas racionalistas, pese al rigor lógico, divergen entre sí. El empirismo se desentiende del asunto. La Ciencia apenas despejada una incógnita ya tropieza con otra y acude a las construcciones hipotéticas. Qué extraño si a los flancos del movimiento filosófico y científico se escucha la insinuación irónica de los descreídos. Son los es-

cépticos. Malignos y ociosos, nada crean, pero con ojo alerta espían los lados flacos de todas las sistematizaciones.

El escepticismo adopta las posturas más variadas. Se oculta bajo la bonhomía del caballero de Montaigne, bajo el fervor religioso de Pascal, tras la erudición de Bayle, en la sonrisa mefistofélica de Voltaire. Por fin Hume lo reviste de dignidad filosófica. En un análisis penetrante pone en duda el valor de la verdad metafísica y de la verdad científica. A una y otra le niega el título de verdad absoluta.

A mediados del siglo XVIII puede afirmarse el fracaso de la metafísica. Las disciplinas secundarias se desligan una tras otra de la base ontológica. Las ideas son sensaciones modificadas, las relaciones jurídicas se fundan en el derecho natural, las relaciones éticas en la utilidad individual o colectiva, las relaciones políticas en el contrato social. En el orden físico imperan relaciones fijas de carácter cuantitativo. Solo con desgano se admite que el mundo empírico presupone un mundo meta-empírico. Desgraciadamente éste se oculta a la inteligencia humana. Las viejas soluciones metafísicas descienden al nivel de supersticiones vulgares. Solamente se utilizan en la enseñanza universitaria donde se las sustenta sin calor y sin convicción.

IX

En estas condiciones se apodera Kant del problema. ¿“Por qué, exclama, la metafísica que debiera ser la reina de las ciencias, una nueva Hecuba, yace entregada al vilipendio”? La Crítica de la razón pura es una exploración de nuestra capacidad cognoscitiva y una valoración del conocimiento. Es conocida la conclusión demoledora: El conocimiento científico es exacto, tanto más exacto cuanto más matemático, pero se refiere únicamente al modo aparente de concebir las cosas, no a la realidad ontológica de éstas; hemos de distinguir el fenómeno y el noumeno. La necesidad metafísica la experimentamos pero no podemos satisfacerla con un conocimiento cierto que trascienda toda comprobación empírica. Para que haya un conocimiento han de concurrir la materia que nos es dada y la forma que le damos, la receptividad y la actividad de nuestra mente. Hay formas de la intuición y formas del entendimiento. Las formas necesarias de la intui-

ción son el espacio y el tiempo: ambas para el orden objetivo, el tiempo solo para el subjetivo. La intuición es siempre tempo-espacial pues carecemos de intuición intelectual. Las formas del entendimiento, o sea las categorías, solo son aplicables al dato empírico; por sí solas no logran un conocimiento real, pues los conceptos sin contenido intuitivo son vacíos. Pueden las ideas imponerse como una exigencia lógica pero no tenemos derecho a hipostasiarlas, es decir a atribuirles el ser. Si acaso empleamos las categorías más allá de toda experiencia posible, caemos en sofismas, paralogismos y antinomias. Las antinomias son dos conclusiones contradictorias aunque igualmente lógicas. Por todos los lados nos rodean como una barrera infranqueable a la argumentación. Solo la imaginación salva este límite, pero con la imaginación no se hace ciencia; solo la fe acampa del otro lado, pero si nos da convicciones, tampoco nos da ciencia.

Cuanto sabemos del universo se encuadra en el *modus cognoscendi*; ignoramos el *modus essendi*. La metafísica racionalista ha terminado.

V

La Crítica de la razón pura cierra el ciclo de la metafísica racionalista con una conclusión negativa. Con ella llega a su apogeo y también a su término la evolución intelectualista del siglo XVIII. La revolución francesa y la Crítica kantiana fueron sus últimas creaciones históricas. Pero si obedecen a impulsos anteriores, se realizan precisamente en el umbral de nuevos tiempos, en vísperas de un cambio de orientación. Cuando por fin Kant racionalmente traza sus límites a la razón pura y circunscribe el empleo legítimo de las categorías al mundo fenoménico, ya la hegemonía de la razón había sido descalificada con mayor saña. Con anterioridad se había iniciado un vuelco espiritual; sobrevénia un nuevo estado de ánimo. Poetas y escritores lo anunciaron. Nace el romanticismo. El hombre nos dice — y esto es cierto — no es un ser meramente lógico; en el alma humana ejercen su imperio otros factores a la par o a pesar de la razón. El sentimiento espontáneo, el afecto emotivo, el impulso pasional tienden a predominar sobre la reflexión lógica. El tedio

de la realidad, triste y estrecha, sugiere la vaga añoranza de mundos mejores, ya se ubiquen en el pasado o en el porvenir o en esferas no terrestres. Retorna el anhelo de la fe; se intensifica la angustia ante el eterno enigma.

El romanticismo nace, crece, desaloja al intelectualismo y acaba por imprimir su sello a la cultura occidental. No es un fenómeno local. Toda Europa toma en serio el heroísmo retórico de Ossian (1765). El vicario de Saboya frente a la bóveda estrellada vuelve a pronunciar el nombre de Dios, (1762). El alma del joven Werther agota hasta las heces la dicha trágica de la vida, (1772). Pocos decenios después se revela la olvidada belleza del Cristianismo (1802), Corina divaga por una Italia de ensueño, Novalis se complace en místicos arrobamientos, Schlegel por fin construye la teoría estética del ideal romántico. ¡Cuán lejos estamos de la Enciclopedia, de la Aufklärung, del desdén escéptico!

Cada época reclama su filosofía propia; solo en el pensamiento filosófico se halla la expresión más alta del momento histórico. ¡Pero qué había de hacer el ambiente romántico con el fruto más sazonado del intelectualismo, fruto tardío, casi póstumo! Si podía complacerse en el derrumbamiento de las pretensiones racionalistas no por eso renunciaba a satisfacer su necesidad metafísica. Y esto ni la misma Crítica lo desconocía. El Kant bifronte colocado en el confín, si despide una época, también contempla la nueva. Muy luego intenta salvar los postulados metafísicos como una exigencia práctica del concepto ético. Lo hace con toda la cautela metódica de su argumentación. ¿Pero no hay acaso una reminiscencia roussoniana cuando en un pasaje célebre, señala al cielo estrellado en las alturas y la ley moral en la conciencia, como los dos hechos más sublimes ofrecidos a nuestra admiración?

La reacción metafísica contra el escepticismo intelectualista adopta distintas formas. En la patria de Hume — tan luego — honestos presbíteros inventan la doctrina del sentido común. En Francia prevalecen corrientes espiritualistas y un vigoroso movimiento católico pero anti-escolástico. Tras de Kant surge el gran movimiento del idealismo alemán. No podemos detenernos en el análisis de las características étnicas de la filosofía romántica. Vamos a seguir la línea más breve que lleva de Kant a Hegel.

VI

Para reducir las múltiples antinomias kantianas es necesario referirlas a un principio fundamental, único, por fuerza metafísico. Fichte, el primero, intenta completar y superar a Kant. Las creaciones prekantianas las abandona a su destino. Pero la obra de Kant a su juicio es una obra trunca. Sobre las nuevas bases ha de alzarse también una nueva metafísica. El temperamento apasionado de Fichte se imagina comprender mejor la Crítica que su propio autor. Primer ejemplo de una exégesis que ha encontrado numerosos imitadores, como que en nuestros días un profesor alemán ha osado afirmar que la Crítica de la razón pura no es una teoría del conocimiento, sino una fundamentación de la metafísica. Fichte convierte la gnoseología en ontología. Si a juicio de Kant el sujeto da forma a la materia del conocimiento que le es dada, si de esta manera construye la concepción aparente del universo, para Fichte se identifica el pensar con el ser. El Yo es, de consiguiente, la clave del universo. Pero ¿qué hacer con el molesto No-Yo, con el mundo objetivo que se nos opone? Si la oposición de sujeto y objeto, mera antinomia del conocimiento, se eleva a dualismo metafísico, caemos de nuevo en absurdos arcaicos. Suprímase pues uno de los dos términos. ¿Cuál de ellos? Porque según el caso, tendremos un realismo objetivo o un idealismo subjetivo. Fichte se decide por el idealismo subjetivo. El mundo objetivo solo existe en función del Yo. Naturalmente no del yo empírico, sino del yo absoluto. Yo = Yo. Yo = universo. Universo = Yo.

Antes de decidirse, Fichte pesa las razones en pro y en contra del realismo y del idealismo. De su examen imparcial, expuesto con claridad meridiana, concluye que los argumentos se equivalen, que el realista no puede convencer al idealista, ni éste ni aquél. El raciocinio lógico lo mismo sirve a uno y otro; la lógica no nos saca del paso. Si elegimos es en virtud de un acto arbitrario pero decisivo de nuestra voluntad. Elige cada uno la filosofía adecuada a sus intereses. La última razón no es pues un argumento lógico; es solo un argumento ad hominem.

Si prevalecen en nosotros los intereses objetivos, digamos mundanos, seremos realistas; si nos interesan ante todo

los problemas de la conciencia seremos idealistas. Para la austeridad de Fichte el interés primordial es la finalidad ética del hombre. El idealismo ético exige el idealismo metafísico. El realismo no puede conducir más que a una ética materialista.

Una vez decretado el principio fundamental, las antinomias se desvanecen. Luego con rigor metódico se deducen las normas morales, jurídicas y religiosas de la vida, individual o colectiva. En cambio poco interés acuerda Fichte al complejo mundo físico. Lo aparta, pues mientras los fines son la creación consciente de la actividad psíquica, los objetos devienen por una creación inconsciente. Aquellos, de consiguiente, los conocemos, éstos no; los intuimos solamente. Es decir no hay ciencia de la naturaleza. Esta enajenación del Yo es solo un obstáculo que nos obliga a conquistar nuestra libertad ética. Por poco el idealismo germánico no llega a la conclusión del idealismo oriental: el mundo es el velo de la Maya, el engaño, del cual es necesario librarse.

No llega Fichte a este extremo; sobre sus huellas otro pensador había de afirmarlo más adelante. Pero por lo mismo el sistema de Fichte conserva algo de inconcluso. Abarca en su totalidad al mundo moral pero excluye al cosmos. Al distinguir en el Yo una actividad consciente y otra inconsciente, la esfera de la libertad y la de la necesidad, de lo propio y de lo extraño, ha dejado en pie al viejo dualismo.

VII

A salvar este dualismo, a penetrar la unidad indivisa, a dar al proceso natural su sitio dentro del proceso universal, se apresta el denuedo del joven Schelling. Con romántico desdén renuncia al apoyo claudicante del raciocinio lógico. Confía entusiasta en el vuelo de la visión poética. Con certero instinto reconoce en Giordano Bruno, en el autor de los "Eroici furori", a su antecesor. No desconoce a Espinosa, pero no es *more geométrico* como piensa llegar a la verdad. Es un privilegio del genio intuir el secreto de la creación. Al genio se le ofrece con evidencia inmediata, pues dispone de la intuición intelectual negada por Kant. En la evolución del Idealismo, Schelling ocupa la posición central. Fichte que le precede es

aun un intelectualista, Hegel su sucesor es un dialéctico: Schelling es el filósofo romántico por excelencia.

El universo es un proceso eterno que se revela en el tiempo. Del fondo crepuscular de las cosas emerge la actividad esencial. Se despliega en la opulencia del proceso cósmico y se continúa en el proceso histórico de la humanidad. Se polariza y se multiplica pero conserva su unidad, se supera y se diversifica pero mantiene su identidad. En una escala de infinitas graduaciones se eleva de lo inorgánico a lo orgánico, de lo inconsciente a la conciencia plena, de la necesidad a la libertad. Las mismas energías que mueven la naturaleza son las que conscientes actúan en el espíritu humano y le encaminan hacia Dios, fuente y fin del devenir universal.

Es una empresa estéril querer racionalizar el inmenso ciclo. Su razón inmanente se trasluce en la contemplación estética. En su Filosofía de la naturaleza Schelling a su modo expone la evolución física y biológica, en sus ensayos sobre la Filosofía de las religiones intenta la historia de la, a su juicio, más alta manifestación del espíritu. Estos análisis en lugar de servir, han perjudicado su obra filosófica; son el motivo de que se le lea tan poco. La mejor síntesis de su pensamiento la logró en unos pocos versos, casi informes a fuerza de espontáneos. Describe como del seno de la naturaleza, azorado ante el enigma de su existencia, surge el hombre. Y continúa: "Del propio origen olvidado — ante espectros se espanta — cuando decir podría: Yo soy el Dios que en su seno la concibe — mi espíritu la mueve—. Desde el primer asomo — de obscuras energías — hasta el surgir de la primera savia — que ayunta fuerzas y los cuerpos plasma, — el primer germen, la primera flor sustenta — hasta el rayo de la luz naciente — que estalla cual segunda creación — y con millares de fulgentes ojos — sobre el orbe irradia día y noche, — hasta el vigor fecundo del pensar — que engendra renovado el universo —vibra un poder, una sístole, una vida, — un alternar de trabas y de impulsos".

No con la vigorosa simplicidad de Fichte, ni con el ímpetu genial del joven Schelling, Hegel aguarda la madurez de

su pensamiento antes de emprender su obra, para él ineludible, "porque Dios lo ha condenado a ser filósofo".

Ante todo es necesario terminar con la influencia perniciosa del agnosticismo kantiano. Hegel no simula interpretar o continuar a Kant; se le enfrenta y lo rebate. "Se ha negado el conocimiento de la verdad; se pretende que Dios, la esencia del mundo y del espíritu, es algo incognoscible, inasible; que es fuerza refugiarse en la religión y que la religión, substraída al saber racional, se reduce a fe, a sentimiento, a presagio. No lo absoluto, sólo lo incierto, lo temporal, lo efímero ha de ser objeto del conocimiento. ¿Acaso lo precedero goza de un privilegio y basta conocer lo externo, lo anecdótico, lo circunstancial? Lo más vergonzoso, el renunciamiento a la verdad, en nuestros días se ofrece como el triunfo más alto del espíritu. Con pena y angustia se empezó a desesperar de la razón. Pero la frivolidad religiosa, la chata superficialidad del siglo que a sí mismo se llamó luminoso (*Aufklärung*), confesó sin reparo su impotencia y hasta puso soberbia en el olvido de todo interés superior. Luego la Crítica llegó a justificar esta ignorancia de lo eterno y de lo divino. ¡Y este supuesto descubrimiento hasta se arroga el nombre de Filosofía! Concuerta en efecto, con la flaqueza del saber y del carácter, la pedestre vacuidad de una doctrina que proclama la ignorancia como la meta más alta".

La soberanía de la razón no se invalida ni se demuestra con el análisis previo de su capacidad. La eficacia del instrumento se comprueba en la obra. Queremos conocer la verdad; pues bien hagamos el ensayo, veamos si la razón la alcanza o no. El éxito o el fracaso sancionarán la empresa.

IX

Hegel no duda del éxito. Con toda valentía afirma: cuanto es real es racional, cuanto es racional es real. Pocas de sus afirmaciones han provocado como ésta, las protestas de la incomprensión. Pero si el principio esencial del universo es racional, han de serlo también sus manifestaciones. Nadie se asombra si un empirista universaliza el concepto de la causalidad? ¿Por qué extrañar entonces si un idealista que concibe la realidad como un proceso lógico, sostiene su racionalidad?

El malentendido suele tener otro motivo: Se toma la calificación de racional en el sentido de una valorización, como si importara decir bueno o justo. Hegel encara las cosas como son, no como desearíamos que fueran. Por el hecho de ser tienen su razón de ser. Lo absurdo no puede ser. "El intelecto cuando toma en serio los ensueños de sus abstracciones, sobre todo en la esfera de los hechos políticos, se pavonea con un *debiera ser*, como si el mundo lo hubiera esperado para informarse como había de ser. ¿Quién no posee suficiente perspicacia para descubrir en su contorno hechos que efectivamente no son como debieran ser? Pero esta perspicacia yerra si con semejantes juicios imagina mantenerse en el dominio de las ciencias filosóficas. Estas sólo se ocupan de la Idea, no tan impotente por cierto para limitarse al *debiera ser* en vez de ser real y efectivamente".

Comprenderemos mejor el pensamiento de Hegel, si, educados por el naturalismo de nuestro tiempo, nos imaginamos cuán ridículo sería exigir que un detalle molesto, digamos en la configuración de un continente, debiera ser distinto de lo que es. Dentro del concepto hegeliano es obvio que también el hecho lógico — sea lógico.

Asoma aquí el rasgo característico de la filosofía de Hegel. Su implacable realismo. Sin duda el universo es la autoevolución de la Idea, pero lo ideal es lo real. Lo ideal no es un reino distinto, no es una creación especulativa de nuestra mente, no es un conjunto de abstracciones hipostasiadas, no hay un más allá y un más acá. Lo absoluto es lo concreto. No cabe separar lo sensible de lo inteligible, lo temporal de lo eterno, la física de la metafísica. Lo finito y lo infinito no son dos hechos distintos, no se compenetran como dos aspectos, son una misma y sola realidad.

El sistema en el fondo, es tan realista como idealista. No es un mito lo que nos ofrece. Se propone captar la realidad en toda su adusta mole. Así se explica como el pensamiento de Hegel pudo retoñar en un sistema tan positivista como el materialismo histórico.

El sentido de lo real levanta a Hegel por encima de su ambiente romántico. La trabazón severa de su filosofía, la ausencia de arranques sentimentales, el afán de racionalizar hasta las manifestaciones de la emoción estética y del sentimiento

religioso. lo distancian de sus contemporáneos. Las limitaciones del medio no lo estrechan. Es por eso que su jerarquía histórica sobrevive al ocaso del romanticismo.

X

El problema central de toda metafísica es conciliar la complejidad de la realidad empírica con la unidad del principio absoluto. Ya los Eleatas fracasaron ante este problema. Entre la unidad eterna e inmutable del Ser y el mundo abigarrado y múltiple de la experiencia, no lograron tender un puente viable. Luego la realidad sensible no podía ser sino una ficción, un no-ser. Pero si partimos del hecho singular solo podemos construir una escala de conceptos abstractos, si cada vez más amplios, cada vez más vacuos.

La historia de la filosofía registra las socorridas tentativas para evitar uno y otro escollo. Con resultado precario. Si se magnifica un aspecto de las cosas, se sacrifica otro y por fin se logra una concepción unilateral, fragmentaria, deficiente o contradictoria. El dualismo con una tenacidad insidiosa reaparece de continuo; plantea dilemas, crea antinomias, desgarrar sin piedad la unificación del pensamiento. La oposición de lo singular y de lo universal, del sujeto y del objeto, del espíritu y de la materia, del tiempo y de la eternidad del ser y de la nada, del bien y del mal, de la necesidad y de la libertad, han agotado la especulación metafísica de los siglos. Nuestra mente con asombro siempre pare términos gemelos, ligados entre sí como hermanos siameses. Uno u otro está demás pero ambos defienden su derecho a la existencia con argumentos de igual rigor lógico. Pues bien, no los tomemos en serio, son fantasmas abstractos, engendros de la lógica formal; fraguados por el intelecto se apoyan en el principio de no-contradicción.

La contradicción empero es el resorte esencial del pensar. A toda tesis se opone un antítesis. No sólo en las cuatro antinomias tratadas por Kant; la antinomia se halla sin excepción en todos los objetos y en todas las representaciones, conceptos o ideas. Sin remedio, en lo grande como en lo pequeño, pensamos en dualismos; toda afirmación es una negación, toda negación una afirmación. Si estabilizamos la

oposición entre los términos antitéticos, obtendremos un dilema irreductible: de dos afirmaciones contradictorias una ha de ser verdadera, la otra falsa. Pero si tomamos las dos proposiciones como elementos dinámicos de un proceso, adquieren fluidez y se concilian en una síntesis. Y entonces se puede decir, los opuestos son idénticos, a condición de no olvidar su distinción. Porque la síntesis no se ha de convertir luego en alguna unidad abstracta. Sin perjuicio de su unidad ha de contener la complejidad de sus integrantes y se ha de sintetizar a su vez con el término que se le oponga. Lograremos así una síntesis última. En el Concepto absoluto se piensa tanto la unidad como la totalidad.

XI

Esta marcha del espíritu en su triple evolución de la tesis por la antítesis a la síntesis constituye el proceso dialéctico. No es ésta una construcción abstracta al margen de la realidad. A diferencia de la lógica formal, la Lógica de Hegel es metafísica, es expresión del proceso efectivo — porque el pensar es idéntico al ser—, el proceso dialéctico es el proceso ideal y lo ideal es idéntico a lo real. Estamos en posesión de la verdad absoluta.

Lo real desde luego es un proceso. La oposición del Ser y del No-ser se actualiza en la síntesis del perenne Devenir. Ya lo dijo Heráclito: Todo fluye. Hegel agrega: el fluir eterno obedece a la ley dialéctica: se pone, se opone y se compone. En innúmeras triadas se repite el ritmo de la triada máxima. Es la autoevolución del espíritu que se mueve en sí, se exterioriza y retorna a sí “en un ciclo que presupone un comienzo pero solo lo alcanza al fin”. El Todo y sus partes se integran recíprocamente en el inmenso torbellino; fuera de él todo pierde impulso y vida. Nada es estable; si algo se abstrae es solo una abstracción. Permanente es solo el torbellino. “Lo aparente es el nacer y el fenecer que no nace ni fenecer; que es en sí y constituye el movimiento vivo de la Verdad. Lo verdadero es el vértigo dionisio, ebrio en todos sus miembros; cuanto de él se separa le disuelve y anula su diáfana y simple quietud”.

Hemos de hacer un esfuerzo para abarcar en una vi-

sión clara el dinamismo universal y no contemplar aislado o inmovilizada la más mínima partícula. Todo fluye, nosotros inclusive, que nos imaginamos espectadores desinteresados. La magnitud del espectáculo no cabe en las formas gramaticales, a duras penas en las categorías del pensar. Para captar el conjunto, sin vaciarlo de su contenido, es preciso sacudir la traba de los hábitos mentales; renunciar a la enumeración lerda y prolija. Es preciso sorprender en un momento fugitivo la viviente actualidad del todo en la plenitud de su creación. La intuición poética o mística, con una metáfora feliz, suelen transmitir alguna vez el pavor de la eternidad. La filosofía empero, en el desarrollo sereno de su concepto, ha de sumergir con coerción lógica, cada incidente en el nexo universal.

XII

La sistematización del pensamiento hegeliano se verifica, como es obvio, en tres tramos.

“La Lógica entiende a Dios en su esencia eterna antes de la creación de la Naturaleza y del Espíritu finito”. Estudia al espíritu en sí. Hegel, en primer lugar, critica el intelectualismo de la metafísica prekantiana basada en conceptos abstractos. Luego polemiza contra el conocimiento delimitado de Kant y contra el conocimiento inmediato de Schelling. Solo el método propio, el método dialéctico, es infalible. La razón, capacidad superior al mero intelecto, conoce lo absoluto.

Desde Sócrates en adelante todas las grandes empresas metafísicas, se inician con una renovación del método. La convicción de haber encontrado un camino nuevo, presta al filósofo la fe necesaria para explorarlo. No le cabe duda que ha de superar la obra deficiente de sus predecesores. Esta ilusión puede ser contagiosa pero se la ha de perdonar a la escasa decena de los hombres que han creado la filosofía occidental. También Hegel pudo atribuirse el hallazgo de la única y definitiva clave del problema metafísico. Fácil es después a la posteridad señalar la relatividad histórica de todas estas tentativas. Recomendamos respetuosos la enseñanza que enriquecieron el haber filosófico de la humanidad. Enseñanza positiva en cuanto amplía el horizonte intelectual, negativa en cuanto nos recuerda una vez más los lindes del mismo genio. Al fin el gran

adversario de las abstracciones, operaba también con conceptos abstractos.

Pero ante el fracaso de los grandes es una irreverencia quererlos remedar. En nuestros días la reacción exagerada contra el Positivismo y el Naturalismo del siglo pasado, ha despertado en algunos profesores de filosofía el propósito de intentar de nuevo la cuadratura del círculo. A pesar de su enorme erudición no se han percatado de lo escabroso del intento. Muy confiados asientan sus pasitos de pigmeos sobre la huella de los titanes. Con este motivo también han descubierto métodos nuevos. A juicio de sus autores no tan falaces como los ensayados en veinte y cinco siglos de especulación filosófica. Y se permiten calificarlos nada menos que de Ciencia rigurosa (*strenge Wissenschaft*).

Celebremos la ingenuidad de los profetas y el candor de sus creyentes. Lamentemos también el extravío. A duras penas se había vuelto a reconocer la necesidad metafísica, cuando estas divagaciones logísticas vuelven a desacreditarla. Es una falta pasmosa de visión histórica, si los contemporáneos no pueden prever cuán pronto pertenecerán al pasado. Sobre todo, estos epígonos tan desprovistos de potencia creadora. Ahí quedarán sus libros después del éxito pasajero, peso inerte de la erudición futura. Son libros no más, no son obras.

Está de más insistir en la esterilidad de sus afanes. Todo se reduce a investigaciones metodológicas; a bases, fundamentos, fundamentaciones de una metafísica venidera. Nos la prometen como un misterio esotérico, en la más genuina jerga gremial. Pero no pasan de los prolegómenos; la metafísica misma no aparece. De continuo, como diría el poeta irónico, nos anuncian: *Eine grosse Tat in Worten, die sie einst zu tun gedenken*. Reflejan estos espasmos la ansiedad de una generación europea, hastiada del momento presente, perdida en una desorientación pesimista. Ninguna afinidad tenemos nosotros, los argentinos, con semejante situación espiritual. Por otra parte nos sobran asuntos de mayor interés.

La realidad desborda todos los esquemas contruídos para aprisionarla. No sólo en el orden metafísico. La misma rea-

lidad empírica no se amolda a los esquemas científicos. Mucho menos por cierto, si se prescinde de estos, a inferencias especulativas. La Filosofía de la Naturaleza — del espíritu universal en su oposición — es la parte más débil del sistema hegeliano. En este caso la insuficiencia del método dialéctico no se oculta ni a la ofuscación más ferviente. La naturaleza se burla de las ingeniosas triadas. No es que Hegel desdeñara o desconociera las enseñanzas de las ciencias empíricas. Precisamente por su sentido poderoso de la realidad la ciencia matematizada de Galileo y de Newton debía de parecerle — como lo que es en realidad — una abstracción. En vez de un conocimiento real de los fenómenos, elabora una interpretación cuantitativa de sus relaciones recíprocas. Su ideal es reducir el cosmos a un mecanismo. Sólo la aberración científicista pudo confundir semejante solución con un conocimiento efectivo de la realidad. El filósofo debía reclamar un conocimiento esencial de los hechos naturales, debía exigir una ciencia cualitativa.

Desgraciadamente la ciencia, por discutible que sea su valor teórico, en cuanto los hechos son mensurables, adquiere con sus fórmulas algebraicas una apariencia de rigurosa exactitud. Luego se impone por sus aplicaciones técnicas. En cambio la especulación, pese a su lógica o a su dialéctica, no resuelve ni el más mínimo problema empírico. La verdad relativa se revela fecunda, la supuesta verdad absoluta ni siquiera convence. Las creaciones fantásticas de la filosofía de la naturaleza, desde Paracelso hasta Schelling y desde Schelling hasta los epígonos contemporáneos, no posee ni el valor poético de los mitos helénicos. La filosofía de la naturaleza, cuando no es crítica epistemológica, es un género híbrido; no es ciencia ni filosofía, rara vez poesía; es un relleno hipotético y precario de nuestra ignorancia.

Se ha reprochado a Hegel haber incluido la naturaleza en su sistema. Reproche injusto. ¿Qué habría quedado de la concepción de la totalidad y de la unidad del universo si se substraía tan luego todo el devenir cósmico al proceso dialéctico? El propósito fundamental consistía precisamente en superar todos los dualismos, aprehender en una fórmula común la actividad física y psíquica, unificar el conocimiento de la naturaleza y de la historia. El pensamiento de Hegel es cohe-

rente aún en sus extravíos. No lo había de dejar trunco. Es la evolución dialéctica del concepto universal su tema y la lógica le lleva hasta la paradoja de negar la evolución biológica de las especies. ¡Dentro del más grande de los sistemas evolucionistas! Aquí olvida Hegel que lo ideal es lo real, la base de toda su doctrina. Este es el fruto menguado de las construcciones meramente lógicas. No puede censurarse a Hegel en particular; es preciso generalizar el reproche, aplicarlo sin vacilar a toda aventura metafísica. Pero si se condena la Filosofía de la Naturaleza como una tentativa fracasada, se ha juzgado también todo el sistema del cual es una parte integrante y necesaria.

Es interesante examinar el reverso de la medalla. El concepto de la evolución no deja de ser la idea directriz de la filosofía del siglo XIX. Pero en la época post-romántica el Positivismo invierte las posiciones. Se trata ahora de comprender la evolución como un proceso natural. No la metafísica, la ciencia exacta es la llamada a conocerla. La misión modesta de la filosofía se reduce a unificar las últimas conclusiones de las ciencias particulares en una síntesis general. Esta tarea la acometió un pensador sin capacidad especulativa, sin sentido histórico, sin vuelo poético, prolijo y laborioso. Reunía en grado eximio estas condiciones el ingeniero Herbert Spencer. Después de circunscribir el límite de lo cognoscible, induce la ley de la evolución. Por cierto, no se trata ya de un proceso ideal o dialéctico; se trata de un proceso físico accesible a la observación empírica. La ley de la evolución es una ley natural; como tal inmutable. Conviene recordarla; es una traducción pedestre del concepto de Hegel: "La evolución es una integración de materia acompañada de una disipación de movimiento, durante la cual tanto la materia, como el movimiento aun no disipado, pasan de una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad definida y coherente". Es decir el principio desconocido de las cosas sale de su indiferencia inicial, se desdobra en materia y fuerza, se diversifica en la multiplicidad de los hechos. Luego emprende su regreso paulatino al estado primitivo. El mundo sale de una nebulosa y retorna a ella. Describe su vasta órbita sujeto a la determinación causal, sin objeto ideal, sin finalidad alguna. La especie hu-

mana, como el individuo aislado, es una ruedecilla del inmenso engranaje.

Convengamos — y es mucho conceder — que el proceso natural se encuadre en el esquema spenceriano, derivado de la hipótesis de La Place. Pero qué desastre al querer subordinarle, con vagas analogías, los hechos históricos de la evolución humana. ¡Qué absurdo presentarnos como conclusiones definitivas de la filosofía científica, los postulados del liberalismo manchesteriano!

En dos grandes sistemas se polariza en el siglo XIX la filosofía de la evolución. Es de la mayor enseñanza compararlos entre sí. Viene a ser el primero la cumbre del Idealismo romántico y el segundo lo es del Positivismo naturalista. En ambos es fácil señalar las condiciones del medio y del momento que determinan su relatividad histórica. Tanto el uno, el metafísico, como el otro, el antimetafísico, exhiben hoy su manifiesta insuficiencia. Ni el monismo idealista, ni el monismo naturalista logran interpretar toda la realidad.

Pero los dos ensayos antagónicos fueron necesarios para aproximarnos a resultados en apariencia más modestos. El conocimiento de la naturaleza y el conocimiento de la Historia operan con categorías distintas: causalidad y finalidad. Se impone distinguir la esfera de los hechos naturales y la de los valores. Semejante dualismo, no es preciso agregarlo, carece de toda trascendencia ontológica.

La tercera sistematización del concepto de la evolución pertenece a los comienzos del siglo XX. Corresponde a la época de la reacción antipositivista. En la evolución creadora de Bergson vuelve a intervenir un factor metafísico que según el caso se denomina vida o espíritu. Por muchos motivos se separa Bergson de sus antecesores. No se conforma con el trastrueque mecánico de la evolución spenceriana. Frente a Hegel niega la posibilidad de racionalizar el devenir. El impulso vital es libre en su acción creadora, no arbitraria pero imprevisible, porque ni es causal ni lógico. ¿Cómo lo sabe? ¡Por intuición! Esto podría tomarse por un retorno a la posición romántica de Schelling. Pero Bergson entiende por intuición una capacidad cognoscitiva, un conocimiento inmediato, distinto al conocimiento reflexivo por la razón que es solo pragmático. Con una argumentación biológica muy discutible, resabio de

la época naturalista, atribuye una jerarquía propia a hechos psicológicos sumamente complejos y distintos entre sí que simulan una evidencia inmediata. Con esto precede a los inventores de la intuición esencial. En el fondo se trata en este conubio de metafísica y biología, de la visión personal del autor, cuyo gran talento cuando no convence suele persuadir.

Tiempo es de abandonar estas teorizaciones físicas o metafísicas. El génesis cósmico ha dejado de ser un problema religioso, axiológico o especulativo. Pertenece a la ciencia exacta. Sólo resta pedir a los hombres de ciencia la mayor sobriedad en sus construcciones hipotéticas, ya que de ellas no pueden prescindir. Les rogamos que no hagan filosofía de la naturaleza; límitense a su oficio que no es chico.

XIV

Más feliz fué Hegel en su Filosofía del espíritu. En el devenir histórico el espíritu al retornar a sí mismo, adquiere la plena conciencia de su ser. Abunda la tercera parte de la Enciclopedia en observaciones sagaces, en reflexiones profundas. Se inspira en una admirable visión sintética. El proceso histórico por otra parte, en el desenvolvimiento rítmico de sus grandes líneas, se adapta mejor al esquema dialéctico: acción, reacción, conjunción. El momento histórico se supera, pero al mismo tiempo se incorpora a su negación y persiste en nuevas formaciones. Pero la totalidad del devenir humano se unifica en una finalidad ideal: la emancipación gradual del espíritu aspira a la Libertad absoluta. En esta finalidad se actualiza Dios mismo.

No obstante el esquema resulta estrecho. En primer lugar el punto de vista de Hegel es en todo sentido antropocéntrico. Luego la historia universal de que nos habla, es la historia del occidente europeo. Por fin los acontecimientos con frecuencia no se amoldan sin violencia al esquema preestablecido. En el cúmulo de los hechos es fácil elegir cuantos favorecen nuestra tesis a condición de silenciar los que la contradicen. Sin duda, la contemplación de los grandes períodos en su perspectiva histórica nos sugiere el imperio de un orden inmanente. Pero toda fórmula destinada a expresar su ley resulta exigua. Después de acontecido un hecho hallamos en los antecedentes su

razón de ser, pero no podemos prever ni los grandes cambios de orientación, ni mucho menos los detalles del proceso. En la época de la Restauración fué un error común la creencia de haber llegado a la consumación de los siglos. Se suponía definitivo el estado del continente. En ésto se equivocó un hombre de estado como Metternich y un pensador como Hegel.

La concepción teorética de Hegel mantiene empero sin cesar su contacto con la realidad histórica. Mucho menos que en la Filosofía de la naturaleza le arrastra la abstracción pura. Tomemos como ejemplo la Etica. Esta no es un cuerpo de doctrinas normativas, ni el concepto ético es un imperativo formal. No; el concepto se actualiza al través de la Historia en creaciones concretas. La triada del caso la constituyen la familia, la sociedad, el estado. Si Hegel creyó que la familia monogámica, la sociedad estructurada en clases, el estado coactivo son etapas definitivas, esta ingenuidad no invalida su concepto general. Los valores éticos son siempre valores históricos; surgen, se alteran y trasmudan en el transcurso de los tiempos. No son objetos irreales, ubicados en un enigmático más allá; son valores reales creados por el proceso de la cultura humana. No tienen nada de absolutos, porque absoluto es solo el eterno Devenir.

La más alta realización concreta de lo absoluto, se halla en el arte, en la religión y por fin en la Filosofía. En la última triada lo absoluto se manifiesta a sí mismo por intuición estética, por representación mística y llega a su conciencia plena por la razón dialéctica en una síntesis definitiva, esto es en la filosofía.

Nuestra época no ha conocido solamente el apogeo de las ciencias naturales. Las ciencias históricas, aunque menos divulgadas, ocupan un sitio de igual jerarquía. A su desarrollo, el pensamiento de Hegel, confesado o sobreentendido, ha contribuído de una manera persistente. Por él se ha comprendido la historia humana como una evolución continua, movida por factores reales al servicio de finalidades ideales.

Al contemplar en su conjunto la obra de Hegel prefiero remitirme a un pasaje de Benedetto Croce, a quién cito por

que nadie ha de poner en duda ni la competencia de su juicio, ni la veneración que profeso al gran maestro. Se refiere a las diversas interpretaciones del texto desde posiciones opuestas y dice Croce: "Ma non sarebbe alquanto piú umano non dare troppa importanza alle triadi, all'architettonica e ai paragrafetti, e leggendo l'Hegel press'a poco come si legge un poeta (nel quale non si bada se ciò che dice e vero o no storicamente, ma se e vero poeticamente), o, meglio, proprio come si deve leggere un filosofo, cercando attraverso le formole e le pedanterie il suo concetto animatore, vedere in quelle triadi l'opposizione dell'Hegel a ogni eleatismo e a ogni nullismo, e il suo possente sforzo per instaurare un nuovo e piú alto eraclitismo? Leggendolo cosí, ci troviamo al centro del suo spirito e al centro del problema filosofico. E, soprattutto, ritroviamo nell'Hegel, professore di Heidelberg e compositore di libri e di sistemi architettonici e definitivi, l'Hegel filosofo, con suo aborrimiento contro l'astratto e l'immobile, contro il dover essere che non e, contro l'ideale che non e reale".

Nada necesito agregar. El consejo de leer a Hegel, como se lee un poeta, es decir, de considerar su sistema como una obra de arte, no puede ser más sensato. Su sistema en efecto es un poema. Es de sentir solamente que Croce no haya generalizado su consejo; debió haberlo extendido a todos los sistemas metafísicos, habidos y por haber. Pero el mismo Croce se empeña en salvar como verdad inconcusa las proyecciones metafísicas del Concepto universal-concreto. Persiste en identificar el ser con el pensar.

XVI

Apenas muerto Hegel, la interpretación de su doctrina dió lugar a las reyertas más grotescas entre sus discípulos. La escuela se separó hacia la derecha y hacia la izquierda. Tesis y antítesis que ningún espíritu valiente supo sintetizar. La controversia se trabó sobre temas teológicos. Y es que todo el movimiento del Idealismo romántico tenía una entraña teológica. Sus tres representantes más destacados se iniciaron en las facultades de teología y nunca renegaron de este origen. También en los colaterales — Jacobi, Schleiermacker, Krause — se comprueba un interés análogo. Solamente el ateo Schopen-

hauer mantiene una posición disidente; por lo mismo no halló un ambiente propicio. Entre las tendencias restauradoras del Romanticismo, la restauración no solo del sentimiento cuanto del dogmatismo religioso, es una finalidad tenazmente perseguida. No únicamente en la filosofía alemana. El problema religioso preocupa con igual intensidad a todos los países de la cultura occidental, inclusive la patria de Donoso Cortés. Sin este fondo histórico la filosofía de la época, también la de Hegel, es incomprensible. Así mismo, sin ese fondo histórico, desvanecido para siempre, todo retorno neo-romántico será una tentativa artificiosa. No puede una filosofía subsistir fuera de su ambiente y de su momento.

La derecha hegeliana pretendía subordinar el sistema al dogmatismo protestante. La izquierda no veía en el fenómeno religioso más que un hecho histórico. Lo estudiaba en su raigambre psicológica o sometía a su crítica las fuentes del cristianismo. Así Feuerbach y Strauss. Pero estas discusiones apasionadas no fueron sino el prelude de un vuelco más radical. El auge de las ciencias físicas, robustecidas por el éxito de sus aplicaciones pragmáticas, impone una nueva actitud espiritual. Surgen pues, las corrientes filosóficas del Positivismo. El cambio fué violento y brusco en todo el continente europeo, rápido el derrumbe del romanticismo. Pero en la patria del Idealismo absoluto al desenfreno de la especulación metafísica, sigue el desenfreno de un repudio chabacano. Tras de la afirmación absoluta aparece la negación no menos absoluta. En realidad, tan metafísica la una como la otra.

Tuvo el Positivismo sus grandes representantes en Francia e Inglaterra. En Alemania la reacción anti-romántica degeneró en el desborde del materialismo naturalista. Fué su expresión más típica la obra de Büchner, "Materia y Fuerza", y su éxito postrero los "Enigmas del Universo" de Haeckel. Este movimiento de arraigo popular no pudo contenerlo la cátedra académica, inclinada a renovar una flaca metafísica, espiritualista y teísta. Ante el predominio de tan pobres tendencias resultó efímero el apogeo de Hegel.

El abandono durante medio siglo de los sistemas especulativos y el reinado del Naturalismo y del Cientificismo obedecen a una razón histórica bien transparente. El Positivismo, que hoy también pertenece al pasado, a pesar de todo, realizó

una obra fecunda; fué un movimiento libertador de rancios hábitos mentales, aunque haya dado lugar a otros igualmente perniciosos. El materialismo naturalista empero constituye por su bajo nivel un episodio vergonzoso en la historia de la filosofía alemana. A casi cien años de distancia, en pleno siglo XX, presenciemos hoy un fenómeno paralelo, si bien de signo invertido. Vivimos ahora el ritmo antipositivista, un resurgir tardío de corrientes metafísicas que por incapacidad creadora se limita a renovar o readaptar posiciones pretéritas. Al mismo tiempo podemos observar cómo esta reacción a su turno se extrema en formas burdas y se desvía hacia la teosofía, la parapsicología, el ocultismo y otras necedades semejantes. Aprendamos en nuestro carácter de contemporáneos a no exagerar el valor de los bulliciosos afanes del día, aun cuando algunas veces aparezcan prestigiados por un consenso difundido.

Una sola de las creaciones positivistas confiesa su filiación hegeliana. Es aquella que en lugar de una base naturalista, elige una base histórica: el materialismo histórico. En este terreno el método dialéctico halla su mejor aplicación. Solo que Marx y Engels, reemplazan el factor ideal por el factor económico.* En este principio, de realidad empírica, consideran haber hallado el agente que desde el arranque de la cultura humana ha determinado su evolución. Aun las concepciones más altas, de índole jurídica, religiosa, filosófica, se vinculan en último término a las condiciones materiales de la vida.

La doctrina ha contribuído a crear un nuevo concepto de la historia y de la estructura social. Su acción pragmática, tan poderosa, la caracteriza, por otra parte, como la expresión ideológica más adecuada de un período histórico no clausurado aún. El manifiesto comunista no fué un simple ejercicio literario. Pero ante el criterio filosófico, más aun después del tiempo transcurrido, no es difícil demostrar su insuficiencia.

El materialismo histórico al pasar por mentalidades

* Mi método dialéctico se diferencia del de Hegel no sólo por tener base distinta, sino por ser su antítesis directa. Para Hegel es el proceso dialéctico el que bajo el nombre mismo de Idea transforma en sujeto substancial el demiurgo de lo real, siendo la realidad sólo su forma de manifestación externa. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que la transmutación y traducción que sufre lo material al pasar por el cerebro humano. *Carlos Marx*, Prolog. a la segunda edición de "El Capital".

subalternas como al servir de arma en la contienda política, ha descendido con frecuencia a la categoría de un dogmatismo simplista o ha revestido los caracteres de un sectarismo plebeyo. Su teoría prescinde demasiado de la existencia de valores que, si bien son un producto del proceso histórico, han adquirido suficiente autonomía para actuar como fuerzas vivas. Esta misma concepción antiidealista más que de su argumentación, ciertamente sólida, deriva su eficiencia de la finalidad ideal con que mueve la conciencia de las multitudes. La parte floja del materialismo histórico la constituyen los resabios que aun le quedan de los sistemas metafísicos. El determinismo absoluto, la unidad absoluta, la universalidad absoluta, en fin la superstición de la verdad absoluta. Luego, a ejemplo de los viejos sistemas, opera con abstracciones que simplifican demasiado la compleja realidad concreta. Desconoce — fenómeno común y explicable — su propia relatividad. De vez en cuando, consciente de su abolengo, para bien y para mal, debiera recordar al abuelo Hegel.

Después de un largo olvido el estudio de la filosofía de Hegel volvió a reanimarse en Alemania a comienzos del siglo actual. Lo favorecía el cambio de la orientación espiritual ya insinuado en los años finiseculares. Pero su impulso más eficaz lo recibió por un ensayo importante de Guillermo Dilthey sobre los trabajos juveniles de Hegel, inéditos en su mayoría.

Guillermo Dilthey, historiador y filósofo, es hoy por hoy la personalidad más eminente dentro del movimiento filosófico alemán. No quiere decir esto que sea la más popular. Indiferente a los halagos de la publicidad, desenvolvió su labor en un aislamiento sereno. Hoy, veinte años después de su muerte, el público culto empieza a descubrirlo. Su influencia está destinada a crecer en el futuro. De la ansiedad metafísica reinante, se halla tan lejos como lo estuvo en vida, de las corrientes naturalistas de su tiempo.

Enseña Dilthey la disparidad inconciliable de las ciencias naturales y de las ciencias del espíritu. Historiador y filósofo concentra en las segundas su interés. Solamente la historia nos da la clave de la actitud espiritual. Pero el conocimiento histórico exige el examen descriptivo, analítico y comparado de la psicología humana. Descubre así la existen-

HEGEL

cia de tipos humanos cuyas modalidades se reflejan en sus creaciones metafísicas. Dilthey las refiere a tres tipos fundamentales. La realidad misma es antinómica, no cabe racionalizarla y la verdad absoluta nos es inaccesible. La filosofía se ha de limitar a hallar el sentido humano e histórico de los sistemas existentes. No puede ser una ciencia sistemática, sino una teoría de las sistematizaciones.

Con esta intención estudia Dilthey a Hegel y la génesis de su pensamiento filosófico. Así también merece ser estudiado por nosotros; no como un refugio de espíritus huérfanos sino como una alta disciplina mentis. No es misión de la filosofía acuñar lugares comunes o confeccionar verdades hechas; su ministerio es despertar y exaltar la autarquía de la personalidad consciente.

Noviembre 1931.

COOPERACION LIBRE

Por NICOLAS REPETTO

X

LEGISLACION COOPERATIVA

Vamos a dar término a este curso de Cooperación ocupándonos de la Legislación Cooperativa. Al abordar y desarrollar este tema, me circunscribiré exclusivamente a lo que se ha hecho en nuestro país, porque creo que nuestra ley general sobre cooperativas es lo más completo, lo más avanzado, lo más moderno que se ha sancionado hasta la fecha. Hasta fines del año 1926, que fué la fecha en que se sancionó la actual ley general sobre cooperativas, número 11.388, las sociedades cooperativas se regían en nuestro país por las disposiciones del Código de Comercio, código que ya había sufrido en 1889 una reforma bastante completa, que legalizaba algunos de los conceptos más esenciales de la sana cooperación y sirvieron por eso mismo a todas las cooperativas que se fueron formando en el país antes de la sanción de la nueva ley. Pero el Código consideraba a las cooperativas como sociedades comerciales, de donde resultaba que todo lo relacionado con la organización y la administración de estas sociedades entraba naturalmente dentro del régimen de las sociedades mercantiles. Un defecto más grave de este código de comercio, era

que no obstante haber adoptado la medida tan progresista de obligar a las cooperativas genuinas a ponerse, junto al nombre, las denominaciones "Cooperativa", y "Sociedad de responsabilidad limitada", o simplemente "Limitada", no disponía nada contra las cooperativas que no siendo auténticamente tales, se daban esa denominación. Esto constituía una deficiencia y una incongruencia realmente incomprensible. Sin embargo, este Código representó un paso hacia adelante porque dejaba librado al estatuto social todo lo relacionado con las condiciones para ser socio, la fijación del capital y la manera de formarlo o aumentarlo. Y el Código introducía también dos disposiciones muy importantes y que son características de las sociedades cooperativas:

Por una parte establecía que las acciones serían individuales, nominales; y por otra concedía a cada socio en las asambleas un solo voto. Esta era una de las disposiciones fundamentales de la cooperativa de Rochdale: para cada socio un solo voto, cualquiera que fuera su aporte de capital o el número de acciones en la cooperativa. Después de disponer que las acciones debían ser nominales, el Código establecía la libertad de los socios de retirarse de la sociedad, sin establecer si ese retiro debía hacerse al final del ejercicio, ni en un período especial determinado por los estatutos.

De manera que nuestro viejo Código de Comercio, aunque era incompleto y en cierta manera incongruente, contenía ya una buena cantidad de disposiciones que debemos reconocer fundamentales para una legislación de este género. Y sin embargo, era deficiente, no respondía ya al concepto moderno, no se ajustaba a la expansión y diversificación de estas sociedades; era necesario reformarlo. Tampoco era muy brillante el criterio fiscal de los gobiernos en aquellos tiempos. Yo recuerdo que cuando se fundó el "Hogar Obrero", el año 1905, y se trató de iniciar las operaciones, nos encontramos con una circunstancia de orden fiscal que constituía una traba casi insalvable: se había votado para el año 1906, un ley de patentes por la que se imponía a las sociedades anónimas y cooperativas en general, una patente de \$ 1.000 al año. Es evidente que nosotros, con un capital de pocos miles de pesos, no podíamos obligarnos a pagar esa patente, y por espacio de dos años no pudimos comenzar nuestra labor.

Solicitamos del entonces diputado Dr. Alfredo L. Palacios, la presentación de un proyecto de ley eximiendo a las cooperativas del pago de patente. El Dr. Palacios accedió, las tramitaciones duraron más de un año pero terminaron con todo éxito, y en 1907 pudimos iniciar las operaciones libres de la enorme contribución que habría significado la patente de \$ 1.000.

Las disposiciones contenidas en el Código de Comercio eran insuficientes; se hacía necesario dotar al país de una ley general de cooperativas para incorporarla, naturalmente, al Código de comercio, y esa obra, como todas las de alguna importancia, necesitó un trabajo largo. Es algo que interesa a los hombres jóvenes que me escuchan: cualquier cambio que se quiera hacer, cualquier reforma que se desea introducir en el orden de la legislación o de las costumbres, no se hacen en dos o tres años, necesitan un tiempo mínimo de 20 a 25 años, no menos de un cuarto de siglo de trabajo asiduo. Ha sido necesario trabajar en iniciativas de legislación, conferencias y folletos durante 21 años, para que el país tuviera su ley general de cooperativas, sancionada el 20 de diciembre de 1926, un modelo en su género, que ha sido incorporada al Código de Comercio.

La primera iniciativa de legislación en materia de cooperativas, fué presentada el año 1905 por el senador D. Francisco Uriburu; el proyecto de este senador se refería exclusivamente a las cooperativas agrícolas de crédito, sobre las cuales ya he dicho algo en el transcurso de estas conferencias. El senador Uriburu quería crear aquí las cajas rurales cooperativas, según él "asociaciones cooperativas mutuas, con capital fijo y responsabilidad limitada o ilimitada, con capital variable, o sin capital, pero con la responsabilidad solidaria e ilimitada de los socios". En realidad el senador Uriburu quería introducir en el país el tipo de las cajas Raffaissen, de tipo alemán, constituídas por 15 o 20 agricultores, que sin poseer un centavo, obtienen crédito de una institución bancaria mediante la responsabilidad de todos los socios y el consenso previo del Consejo de administración de esa Caja. Es, como decía Plunket, un sistema de sacar riquezas o finanzas de la miseria; esos hombres solicitaban un préstamo para uno de los socios, el que les era concedido después de examinada y justificada la causa que lo motivaba.

Pocos años después, en 1911, el Dr. Eleodoro Lobos, entonces ministro de Agricultura del ex presidente Sáenz Peña, presentó al Congreso dos proyectos de ley, uno sobre creación del Banco Agrícola de la Nación, y el otro sobre organización y funcionamiento de cooperativas agrícolas. El proyecto del Dr. Lobos era algo más vasto que el del senador Uriburu. Lobos tendía naturalmente a organizar cooperativas agrícolas con un mínimo de diez agricultores o ganaderos, cuya función principal sería la de canalizar el crédito oficial, sobre todo el crédito del Banco de la Nación; estas cooperativas estaban también destinadas a comprar en común los artículos de consumo, los implementos de trabajo, y, sobre todo, a vender en común el producto del trabajo de los agricultores.

En 1912, el Dr. Adolfo Mujica, segundo ministro de Agricultura de Sáenz Peña, presentó otro proyecto sobre cooperativas agrícolas. El proyecto de Mujica no se diferenciaba mucho del proyecto de Lobos, porque establecía también la necesidad de que éstas cooperativas tuvieran un minimum de 10 socios y que entre estos socios por lo menos 5 fueran propietarios. El Dr. Mujica quiso así defenderse de una objeción hecha desde "La Vanguardia". Nosotros le decíamos: el día que Vds. fomenten artificialmente la cooperación nada más que para canalizar el crédito del Banco de la Nación, ese día verán aparecer las cooperativas como hongos, surgirán por todas partes nada más que para recibir préstamos de los Bancos. El Dr. Mujica creyó que se defendería contra la posibilidad de que eso sucediera, creando o estableciendo un mínimo de 10 socios y obligando a que por lo menos hubiera 5 agricultores propietarios del suelo que trabajaban. El Dr. Mujica vió en esa relación de propiedad una garantía mayor para la solvencia de éstas cooperativas.

Todos estas iniciativas, como Vds. ven, fueron proyectos de ley para la creación y fomento de las cooperativas agrícolas. Otro tanto ocurrió con las iniciativas que fueron lanzadas el año 1907, ya no por vía legislativa, sino desde sus reparticiones, por altos funcionarios como los señores Ezequiel Ramos Mejía y Emilio Lahitte; sus iniciativas se refieren también a la organización de cooperativas agrícolas. No se proponían estos hombres sentar las bases para una ley gene-

ral de cooperativas, las bases de una ley que pudiera aplicarse a las cooperativas en su conjunto; lo que querían era crear sociedades cooperativas entre los agricultores, para que fueran los agentes distribuidores del crédito otorgado por los Bancos Oficiales. Los autores de todos estos proyectos estaban muy convencidos de que a la agricultura había que auxiliarla con crédito oficial, pero les parecía que el crédito entregado individualmente a los agricultores no les beneficiaría tanto como si fuera entregado para su distribución a sociedades cooperativas; por medio de estas habría más responsabilidad, más seriedad y más solvencia. Esta es la idea que perseguían todos estos proyectos ley.

La obra sería, fundamental, para dictar una ley general de cooperativas, fué iniciada recién el año 1915, con el proyecto de ley presentado a la Cámara de Diputados por el Dr. Juan B. Justo. Ya no se trataba de un proyecto de cooperativas agrícolas para canalizar el crédito oficial, sino que se trataba de un "proyecto de ley general de cooperativas", que podría ser aplicado a todas las cooperativas en general cualquiera que fuese su forma, porque para eso el proyecto daba las bases fundamentales. Esta iniciativa tendía, según las propias palabras del autor, a "caracterizar las sociedades que tienen por objeto el bienestar colectivo de los socios, mediante la acción económica de ellos mismos". Con estas pocas palabras el Dr. Justo daba una definición de la cooperación realmente notable, tanto por su concepción, como por su claridad y profundidad.

En su proyecto de ley, el Dr. Justo se esmeró en caracterizar el origen y el empleo del capital; eran las dos cuestiones que a él le interesaban: como se forma el capital en una cooperativa, y como se emplea el capital en una cooperativa. Porque precisando estos dos elementos, es como a su juicio se puede distinguir una sociedad cooperativa que no persigue lucro, de una sociedad comercial, de una sociedad capitalista que está inspirada en otros principios, y que persigue otros propósitos. Para él, el empleo y el manejo del capital, dentro de las sociedades cooperativas, es toda la cuestión, y por eso decía: "Todo lo demás, dentro de las costumbres establecidas por sus fundadores, se impone por sí mismo, pero en lo que se refiere al empleo del capital quedan todavía puntos de vista diferentes, y es necesario impedir que, so color de cooperación, prosperen o

pretendan prosperar empresas del capital privado que no persiguen más fin que el lucro".

Esto decía el Dr. Justo en los fundamentos de su proyecto de ley, fundamentos que eran muy breves, sumamente breves, pero evidentemente muy elocuentes y muy demostrativos por sí mismos. Según el proyecto de "ley general de cooperativas", presentado por el Dr. Justo, sólo podría darse el nombre de sociedades cooperativas, a las que, con las prescripciones del Código de Comercio, llenaran los requisitos siguientes:

No vincularse a sectas ni partidos; no remunerar en forma alguna al que aporte nuevos socios o coloque acciones (las cooperativas no necesitan tener corredores para ir a buscar socios, no pueden pagar comisiones, como hacen las compañías de seguros, para buscar candidatos; la gente va hacia ellas porque comprende el valor propio de la institución, porque es una ventaja para ellos); no conceder ventajas, privilegios, beneficios ni preferencias a los iniciadores, fundadores, directores ni a parte alguna del capital (nadie en una cooperativa puede reservarse ventajas, ni los que las inician, ni los que las fundan, ni los que las dirigen, ni puede haber en una cooperativa ningún capital privilegiado; todo el capital es un capital uniforme, que está sometido a las mismas normas y que recibe el mismo dividendo); todas las acciones, una vez integradas, serán del mismo valor; no permitir en las asambleas el voto por poder; todos los empleados deben ser socios; no conceder crédito para el consumo, (cosa muy importante); los balances y memorias serán semestrales; el Directorio podrá ordenar en cualquier momento el retiro de capital (quiere decir que cuando haya dinero sobrante en la cooperativa, que no sea posible aplicarlo, el Directorio puede decirle a los socios, dueños de ese capital, que lo retiren, y si no desean retirarlo totalmente, entonces se hace un retiro a prorrata, se establece la cantidad de retiro que se ha de imponer a cada uno de los socios); los beneficios se distribuirán entre los socios; en las cooperativas o secciones de consumo, en proporción a los consumos de cada socio; en las cooperativas o secciones de elementos de trabajo, transformación y venta de productos agrícolas, en proporción al monto de las operaciones de cada socio; en las cooperativas o secciones de crédito, en proporción al capital. Al ocuparme de la aplicación del principio de Howard, en la legislación

argentina, señalé los puntos de vista de nuestra ley, que son exactamente éstos, idénticos, como que han sido tomados del proyecto de Justo. El proyecto facultaba a las mujeres casadas y a los menores de más de 18 años de edad a asociarse a las cooperativas. El Dr. Justo proyectó esta facilidad para las mujeres, porque para aquella fecha no se había sancionado aún la ley que acuerda los derechos civiles a la mujer, porque entonces las mujeres casadas eran equiparadas a los menores de edad, sordomudos, incapaces, etc., no tenían derecho a asociarse en una cooperativa, ni girar un cheque contra un Banco, sin la autorización del marido. Con la sanción de esta ley sobre los "derechos civiles de la mujer", esta cláusula había perdido su razón de ser, y así no la reprodujo el Dr. Justo en su tercera iniciativa, como vamos a verlo más adelante. También eximía a las cooperativas del pago de papel sellado y del impuesto de contribución sobre los edificios.

Como ocurre siempre en el Congreso, este primer proyecto del Dr. Justo fué a parar a la carpeta de una Comisión. En el Congreso nadie entendía gran cosa de cooperación, los diputados no tenían idea exacta de lo que era eso; se sabía algo acerca de las cooperativas agrícolas, que interesaban mucho porque servían para distribuir el crédito del Banco de la Nación en el campo. Pero en materia de ideas generales sobre cooperación, no abundaban en el Congreso ni en el país, de manera que ese proyecto de Justo quedó enterrado en una comisión durante muchos años. Abierta la picada por Justo, nos insinuamos en ella unos cuantos. Creyendo que en este país la legislación cooperativa sólo podría introducirse por la vía agrícola, proyecté el año 1916, con anuencia del Dr. Justo, una ley de cooperativas agrícolas, consiguiendo de la comisión de Legislación agraria un despacho favorable del proyecto, que estuvimos a punto de tratar, pero sobrevino algo imprevisto y el proyecto no se trató más. Después de mi iniciativa, vinieron otras; vino la de Le Bretón, en 1918; en 1919 la del ingeniero Alfredo Demarchi; en 1920 la del diputado Dr. Juan Caffèratta, y el mismo año la del diputado Dr. Aníbal Riú. Todas estas iniciativas se referían a las cooperativas agrícolas. Seis años después, Justo volvió a la carga, pero con un proyecto más completo y con fundamentos realmente admirables. Este proyecto, presentado el año 1921, muy ampliado

y mejorado, demuestra que Justo había reflexionado mucho sobre la cuestión, había utilizado la vasta experiencia cooperativa adquirida en la presidencia de "El Hogar Obrero", que tuvo por espacio de 5 años. En los fundamentos del nuevo proyecto, Justo se propuso hacer comprender en una forma admirable, las diferencias fundamentales que existen entre una sociedad anónima capitalista y una sociedad anónima cooperativa. Lo que le interesaba más en esos fundamentos, era señalar bien las diferencias que existían entre ambas clases de sociedades. Veán Vds. en unas pocas proposiciones, que magistralmente está hecha esa diferencia, y con qué profundidad y claridad al mismo tiempo. Insistía el Dr. Justo en que "el punto difícil a reglamentarse en la organización de estas sociedades — porque es precisamente el que establece su distinción de las simples sociedades capitalistas, — es lo que se refiere al manejo y empleo del capital dentro de ellas. Todo lo demás se impone por si mismo, dentro de las costumbres establecidas por los fundadores, desde el origen de estas sociedades; pero en lo que se refiere al empleo de capital, quedan todavía puntos de vista diferentes, y es necesario impedir que so color de cooperación, prosperen o pretendan prosperar, empresas del capital privado que no persiguen más fines que el lucro". Y entraba luego el maestro a señalar las diferencias entre las sociedades cooperativas y capitalistas, diferencias que ha sintetizado en esta forma: Las sociedades anónimas capitalistas se fundan para asegurar ganancias a sus accionistas. Las sociedades anónimas cooperativas se fundan para prestar servicios comunes a todos los socios.

Los iniciadores de las sociedades anónimas capitalistas se reservan ventajas y recompensas especiales por su obra de fundadores. Los fundadores de las sociedades anónimas cooperativas no se reservan ni buscan ninguna ventaja especial.

Las sociedades anónimas capitalistas limitan el número de sus socios a causa del monto elevado de las acciones. Las S. A. cooperativas no limitan el número de sus socios, el valor de sus acciones es moderado y su capital es ilimitado.

Las S. A. capitalistas tienen una duración limitada. Las S. A. cooperativas deben subsistir sin término, como las necesidades que satisfacen.

Las S. A. capitalistas buscan la ganancia operando de

preferencia con los no accionistas. Las S. A. cooperativas operan exclusivamente con los socios, que tratan de satisfacer sus necesidades.

En las S. A. capitalistas se manejan valores de cambio, mientras que en las S. A. cooperativas se manejan valores de uso.

Las S. A. capitalistas persiguen altas ganancias y las distribuyen en proporción al capital de cada socio. Las S. A. cooperativas persiguen beneficios moderados, que distribuyen entre los socios en proporción al uso que cada uno ha hecho de los servicios de la sociedad.

Las acciones de las S. A. capitalistas oscilan de valor y se cotizan generalmente en las Bolsas. Las acciones de las S. A. cooperativas no aparecen en el mercado de la especulación ni suben de valor, son estables.

El ingreso a una S. A. capitalista cuesta más a medida que se acumulan fondos de reserva. En las S. A. cooperativas, como no se concede derecho individual alguno sobre las reservas, nada se paga sobre estas y el ingreso cuesta siempre lo mismo.

El nuevo proyecto de ley del Dr. Justo, ya era un proyecto completo, que no pretendía dejar subsistente las disposiciones del viejo código de comercio, sino que era un proyecto de ley total que abarcaría todos los aspectos legales. Ampliaba su proyecto anterior en los puntos siguientes: Obligaba a acompañar el nombre de la Cooperativa, con la palabra "limitada", para significar que la responsabilidad de los socios en la cooperativa se limitaba a su haber en el capital social; prohibía la concesión de créditos para el consumo (aquí reiteraba esa prohibición); establecía que de los servicios de la sociedad sólo podrían hacer uso los socios; autorizaba a pagar un interés no más alto que el de la Caja de ahorros del Banco de la Nación, sobre el capital empleado en operaciones que no fueran de crédito; establecía que los intereses por las operaciones de crédito no podrán exceder más de 1%, la tasa efectiva cobrada por los bancos oficiales en operaciones semejantes; implantaba el sistema de las asambleas y memorias anuales y obligaba a sustituir la asamblea general por una asamblea de delegados elegidos por asambleas de barrio o distritos cuando el número de socios pasase de 10.000. El proyecto del

Dr. Justo disponía también la concesión de créditos bancarios a las cooperativas. El Banco de la Nación prestaría a un interés del 1 % más bajo que al comercio ordinario, y hasta el 50% del capital cooperativo realizado y visible. El Banco Hipotecario Nacional haría préstamos en dinero sobre los bienes raíces de las cooperativas que lo solicitaren. Y establecía también el Dr. Justo que las empresas de ferrocarril concederían a las cooperativas agrícolas terrenos junto a las estaciones y a las vías, para que éstas cooperativas pudieran construir allí sus graneros, sus depósitos y sus elevadores.

Después de esta segunda iniciativa del Dr. Justo de proyecto de "ley general sobre cooperativas", ampliando su primer proyecto del año 1915, entraron al Congreso una serie de proyectos. El primero fué el del Dr. Quirós, actual gobernador de Entre Ríos, que presentó el año 1921 su proyecto; después de esta iniciativa, entró la del diputado Martínez (Heriberto), por Córdoba, y por último el proyecto del presidente Alvear, en el año 1924, que iba suscripto por su ministro de Justicia, el Dr. Sagarna. Estos son proyectos de ley general para cooperativas; ya no son proyectos para cooperativas agrícolas, como los otros. El Dr. Quirós presentó un proyecto de ley general sobre cooperativas, acompañado de otros dos proyectos más sobre "cooperativas agrícolas", y "crédito agrícola". Por su proyecto general, el Dr. Quirós dividía las cooperativas en "limitadas" e "ilimitadas"; concedía un solo voto a los socios; prohibía el voto por poder; excluía las ventajas, privilegios y remuneraciones especiales; proscribía la propaganda sobre ideas políticas, religiosas o de nacionalidad; eximía a las sociedades del pago de los impuestos y de la obligación de publicar por la prensa sus actos, contratos y documentos.

Como reglas particulares para las sociedades de responsabilidad "limitada", establecía que el capital, el número de socios y de acciones, podrían ser indeterminados; en la distribución de utilidades fijaba un máximo de 6% para las acciones, y el remanente de las utilidades lo distribuía en proporción a los artículos consumidos o entregados por cada socio para la transformación o la venta en común. Y en las cooperativas de crédito, las utilidades se repartirían en proporción a los intereses pagados por cada socio. Aquí, el Dr. Quirós pagó

tributo a una idea teórica que pretende distribuir en las cooperativas de crédito las utilidades de acuerdo a los grandes principios cooperativos, sin tener en cuenta que si una cooperativa de crédito ha de distribuir los dividendos en proporción a los préstamos recibidos, es evidente que todo aquel que en una cooperativa no ha recibido préstamos, no recibirá ningún dividendo. Los que han puesto el capital en la cooperativa, los que han llevado allí su ahorro para que sea prestado a los que lo necesitan, no recibirían por su capital o ahorro, ningún dividendo; el dividendo lo recibirían únicamente los que hubieran hecho uso del capital. Basta enunciar esto para comprender que este principio cooperativo aplicado al crédito, nos conduciría a una conclusión absurda. ¿Quién va a llevar sus ahorros a una cooperativa, si las utilidades de esos ahorros van a ser distribuídas entre los que han recibido los préstamos? A propósito de esto se entabló una polémica muy amable y muy seria por otra parte, entre el Dr. Justo y el Dr. Díaz Arana; este último, estudiando la ley actual de cooperativas, que ha introducido el principio propuesto por el Dr. Justo según el cual en las cooperativas de crédito las utilidades se distribuyen en proporción al capital de cada uno, creyó que eso era una contradicción del principio cooperativo y sostuvo que las utilidades en las cooperativas de crédito debían distribuirse en proporción a los préstamos recibidos. Es evidente que si se procediera en esa forma, en las cooperativas de crédito no habría quien pusiera un centavo; nadie va a poner allí sus ahorros, para que eso no le produzca nada.

En 1924 el diputado Heriberto Martínez presentó un proyecto estableciendo los fines de las sociedades cooperativas, su carácter necesariamente comercial, la facultad de vender a los no socios, las condiciones de admisión y exclusión de los socios, y en cuanto a la responsabilidad, establecía que era atribución de los estatutos determinar si los socios respondían solidariamente, o por partes alicuotas, con todo su patrimonio, o hasta la concurrencia de una suma determinada.

No crean Vds. que cuando un legislador al Congreso presenta un proyecto de ley, que ese legislador domina siempre su asunto, o está realmente interesado en que se sancione; yo he conocido muchos diputados que presentaban proyectos que les habían sido entregados por personas completamente

extrañas al medio parlamentario. Ellos son simples introductores de las iniciativas, se encargan de introducirlas al parlamento, y esas iniciativas corresponden o pertenecen a otras personas. Y así es como se puede explicar la inoportunidad de ciertos proyectos, la presentación de ciertas iniciativas que no agregan nada y que vienen, más bien, a perturbar el desarrollo normal y lógico de estas iniciativas. Claro está que esta clase de comentarios no pueden aplicarse al proyecto presentado en 1924 por el presidente Alvear y su ministro Dr. Sagarna. Este es un hombre que tuvo algunos motivos especiales para proyectar una ley general de cooperativas, porque además de su cultura, que todo el mundo le reconoce, y su capacidad para estudiar, tiene una experiencia personal; es un cooperador entrerriano. Yo he hecho notar al ocuparme de las cooperativas agrícolas de la provincia de Entre Ríos, y de su desarrollo, como han contado siempre con la colaboración, el estímulo y la ayuda inteligente de todos los gobiernos. Todos los gobiernos, de todos los regímenes que han pasado por allí, han sido bastante inteligentes como para comprender que este es un movimiento de salud, bienestar y progreso, que debe ser estimulado. El proyecto enviado por el Dr. Alvear, y suscripto por el Dr. Sagarna, representa realmente una iniciativa valiosa, bien meditada y que ha venido no sólo a dar el impulso final para problemas tan importantes, sino que ha aportado algunos puntos de vista muy útiles. El proyecto empezaba por derogar todos los artículos pertinentes del Código de Comercio: 393, 394, 395, que son precisamente los artículos que se refieren a las sociedades cooperativas. Hacía obligatorias las disposiciones de la nueva ley, estableciendo que le sería retirada la personería jurídica a las sociedades que sin ser genuinamente cooperativas, se adornaran con el título. Y esta iniciativa propuesta en el proyecto Alvear-Sagarna, fué incorporada a la ley, aunque no se cumple. Atravesaba hoy la diagonal Norte a las 2 y media de la tarde, y ví frente a mí un vehículo que ostentaba el nombre de "cooperativa"; cuando pude leer en las paredes laterales del mismo la inscripción, me encontré con que era la casa de comercio que está ubicada en la esquina de Perú y Av. de Mayo, que nunca ha sido una sociedad cooperativa, la Saga, y que sin embargo, violando la actual ley, ella mantiene las palabras "ex-cooperativa".

Desde luego, *ex está* en tipo pequeño, y "cooperativa" en los tipos más gruesos y grandes posibles.

El proyecto Alvear-Sagarna facilitaba la constitución de cooperativas eximiéndolas de la escritura pública; las exoneraba durante 10 años de todo impuesto nacional, exceptuados los indirectos al consumo, y los impuestos municipales en la capital y territorios; proscribía la propaganda de ideas políticas, religiosas o de nacionalidades (en esto, todos coinciden, Justo, Quirós y Sagarna); las obligaba a acompañar su denominación con las palabras "limitada" o "ilimitada", concedía un solo voto a cada socio; admitía el voto por poder en las cooperativas agrícolas, y el voto escrito en las de seguros. Esto necesita una explicación. En las cooperativas agrícolas, cuyas asambleas se realizan en lugares distantes del hogar o chacra de los socios, puede convenir el voto por poder; un chacarero no puede asistir a la asamblea de la cooperativa por una razón cualquiera, tiene una tarea importante que desempeñar en la chacra, y entonces influye, pesa en la marcha de su sociedad haciéndose representar en la asamblea por uno de los socios, por su vecino, que es un socio al cual da poder, y le indica también que actitud debe asumir en tal o cual cuestión, y hasta por quien debe votar. Justo fué partidario de que se concediera en todas las cooperativas el derecho de voto por poder, pero en el proyecto de Sagarna, se concedía únicamente en las cooperativas agrícolas y en las cooperativas de seguros.

El proyecto Alvear-Sagarna excluía toda ventaja, privilegio, remuneración especial o preferencia a los iniciadores o fundadores, o al capital, exactamente como los otros proyectos; establecía algunas reglas propias para las sociedades de responsabilidad "limitada" o "ilimitada". Determinaba en capítulos separados los principios a los cuales debían ajustarse las principales variedades de cooperativas, y disponía también, para las cooperativas agrícolas, de préstamos especiales de los Bancos de la Nación e Hipotecario Nacional, así como establecía la obligación para el P. E. de gestionar de las empresas ferroviarias la cesión gratuita de los terrenos necesarios junto a las estaciones, para que las cooperativas agrícolas puedan construir graneros, depósitos y elevadores de granos.

Estos son todos los materiales que ya se habían acumu-

lado en las carpetas legislativas, proyectos que deben enumerarse: el de Uriburu, en 1906; el de Lobos, en 1910; el de Mujica, en 1911; después: Lahitte, y Ezequiel Ramos Mejía. En el año 1915 aparece el primer proyecto de ley general de cooperativas presentado por Justo: en 1917, detrás de la picada abierta por Justo, nos insinuamos varios diputados: yo, Le Breton, con otros proyectos de cooperativas agrícolas. En el año 1919, Caferatta; después en 1920, Aníbal Ríu. Después de Le Breton están los proyectos de Alfredo Demarchi, que fué también ministro. Más tarde el Dr. Justo volvió a la carga, en 1921, en que reproduce el proyecto del año 1915, pero muy ampliado, modificado, mejorado, y lo acompaña con sus fundamentos, que se destacan por el enorme valor de contraste al señalar las diferencias entre las S. A. capitalistas y las S. A. cooperativas. Después de este segundo proyecto de Justo, vienen el de Quirós, el de Heriberto Martínez, diputado por Córdoba, y después el proyecto del año 24 Alvear-Sagarna. Había así un gran material a disposición del Congreso y sobre esta base se podía hacer una buena ley. El Senado de la Nación se hizo cargo de todas estas iniciativas, y la comisión de Códigos del Senado recogió todos estos antecedentes, y encomendó al Dr. Mario Bravo, miembro de la comisión de Códigos, la tarea de estudiar todos estos elementos, todos estos antecedentes, de destacar de cada uno de estos proyectos las disposiciones más recomendables. El senador socialista Dr. Mario Bravo tomó a su cargo esta tarea y bien pronto articuló un proyecto de ley cuya bondad quedó demostrada al ser aprobado por las dos Cámaras, sin mas modificación que la supresión de un artículo superfluo, y la ligera modificación de otros dos. El proyecto de Bravo fué acompañado de un informe que abarca un centenar de páginas impresas, informe que constituye al mismo tiempo un estudio sobre la cooperación en general, cuya lectura yo no puedo dejar de recomendar a todos Uds. porque desde el punto de vista de las iniciativas argentinas y de la legislación comparada, es un trabajo de mucha importancia. El Dr. Bravo, en su informe hace primero un estudio general de la cuestión, señalando la base de la legislación, las relaciones que debe tener la ley con el movimiento cooperativo, los caracteres propios que debe tener una cooperativa de verdad, caracteres que necesitan ser señalados en la ley

con toda precisión y claridad; estudia, después, la vieja legislación argentina del Código de Comercio, antes y después de las reformas del año 1889, y acompaña a su estudio de una rápida reseña de la legislación extranjera. Da una idea de la formación cooperativa argentina dentro de la legislación insuficiente del código de Comercio, y pasa en revista todas las iniciativas presentadas a los dos congresos de la cooperación celebrados en el país y al Parlamento nacional para substituir los vetustos artículos del Código de Comercio, por una ley general moderna sobre las sociedades cooperativas, que abarque el conjunto de las actividades y comprenda también las exigencias a que obliga la enorme diversificación a que han alcanzado las mismas. Este proyecto es una síntesis admirablemente elaborada de las mejores iniciativas que ha tenido a su disposición la comisión de Códigos. Este despacho, que lleva la firma de los ex senadores Mario Bravo, Leopoldo Melo y Pedro Llanos, consta de 13 artículos y en su conjunto sigue de cerca las líneas generales de los diputados Justo y Quirós y del ex ministro Sagarna, tomando naturalmente la parte mejor y más substancial del proyecto de Justo. Practicamente puede afirmarse que nuestra ley de Cooperativas es la fiel reproducción del despacho de la comisión del Senado. Yo no podría hacer un estudio, un análisis detenido de esta ley, que por otra parte sería supérfluo; la descripción la he hecho en una forma tal, que Uds. ya están informados de lo que debe contener la ley nacional de cooperativas, porque he señalado minuciosa y reiteradamente el origen de la misma, en los dos proyectos de Justo y en los proyectos de Quirós y Sagarna, que son los que han suministrado los elementos principales para la ley general. Lo que puedo decir es esto, sin susceptibilidad patriótica, que queda excluída en esta oportunidad: Que la ley argentina sobre cooperativas es lo más amplio, lo más fundamental y lo más inteligente que existe. Uds. podrán estudiar las otras legislaciones, la ley francesa y muchas otras leyes europeas, y norteamericanas, pero en ninguna de ellas hay un concepto tan claro, general y amplio como en la ley argentina. Porque en la mayor parte de los países, los que han proyectado leyes sobre cooperativas son hombres que tenían una versación libresca, que habían leído esas cosas, pero que no las habían

hecho. Constituye una diferencia fundamental que en la Argentina hayan legislado hombres como Justo, que la habían implantado prácticamente en el país, que habían dirigido sus primeros pasos y encauzado su labor con un dominio absoluto de la cuestión. A esta circunstancia se debe que la ley argentina sea la mejor que existe sobre la materia. Es una ley que ha tenido que luchar con muchos inconvenientes, desde luego, porque el medio político, el medio legislativo, era al principio, incapaz de comprenderla. ¡Qué sabía toda esta gente de cooperativas, si son organizaciones superiores que están por fuera de su conocimiento, hasta de su concepción, y por otra parte, había una cantidad de prejuicios, de malos hábitos, que impulsaban a combatirla! Y los enemigos más acérrimos que ha tenido esta ley, desde el momento que ha aparecido, han sido los mismos agricultores, las mismas cooperativas existentes en el país, que se resistían a adaptar sus normas de acción, sus costumbres a los métodos realmente cooperativos. La insistencia que puso Justo en que la ley estableciera la prohibición de vender al fiado en las cooperativas de consumo, una exigencia plenamente justificada, la comprenderá cualquiera que haya podido seguir este curso.

Esa disposición ha sido resistida, calumniada torpemente por algunas cooperativas agrícolas. Algunas cooperativas mal fundadas, sin conceptos claros y cuyos socios creen que la cooperación lo ha de hacer todo por el crédito, no entienden que el paso inicial para la organización de una de estas sociedades, está en el ahorro.

Si no precede el ahorro, si no es la actividad previa, no hay cooperativa que valga; si no hay hábito de ahorrar, si no hay costumbre de ahorrar, es inútil pretender formar parte de una cooperativa y ser un elemento ideal en la misma.

La ley que rige actualmente, y que es el fruto de un esfuerzo prolongado por espacio de más de 20 años, ha adoptado la sociedad de responsabilidad "limitada"; no pone límite al número de socios, ni al de las acciones, ni al capital, ni a la duración de la sociedad. Como muy bien lo decía y lo repetía el Dr. Justo, el ideal sería que en la cooperativa entrara todo el mundo, y que todo aquello que no se puede hacer por vía nacional, provincial o municipal, se hiciera por vía cooperativa. De manera que no se puede limitar el número de so-

cios ni el capital, ni se puede señalar un término en el tiempo, porque no tienen término en el tiempo las necesidades que satisface una cooperativa. Adopta acciones nominales, transferibles con acuerdo del Directorio, y del mismo valor; acuerda a los socios un solo voto, sea cual fuere el número de sus acciones; establece el derecho de los socios a retirarse de la sociedad en épocas determinadas, pero sin derecho individual alguno a las reservas sociales; no concede ventaja, ni privilegio alguno, a los iniciadores, fundadores y directores, ni preferencias al capital. Este es un caso muy importante. Vds. saben que en las sociedades anónimas, se reserva generalmente una gratificación en acciones a los que las organizan. Ahora, por ejemplo, nosotros estamos investigando la formación de una S. A., cuyo contrato público se ha hecho hace varios días, en el que se acredita un buen número de acciones a un personaje importante de la política, que no ha aportado ni va a aportar un centavo, pero se entiende que aportaría la influencia de que dispone en los medios oficiales para modificar, por medio de decretos, leyes existentes, leyes de imposición aduanera, o para modificar decretos existentes sobre la misma materia. De manera que se cotiza no solamente la iniciativa de crear una sociedad, sino la influencia oficial que uno puede aportar para favorecer los negocios de esa sociedad. Nada de esto, naturalmente, hay en una sociedad cooperativa. La ley prohíbe la propaganda de ideas políticas, religiosas y de nacionalidades; porque es claro, entiende que el consumo no tiene nacionalidades ni preocupaciones de orden político, religioso, etc. En ella nos podemos entender todos, podemos hacer una obra práctica y útil. Establece la ley que de los servicios de la sociedad, sólo podrán hacer uso los socios, y prohíbe la concesión de créditos para el consumo; dispone que el interés de las sumas prestadas por las cooperativas de crédito, no podrá exceder más del 1% de la tasa efectiva que cobran los Bancos oficiales, en operaciones semejantes; autoriza a pagar sobre el capital empleado en operaciones que no sean de crédito, un interés que no exceda del 1% al que cobra el Banco de la Nación en sus descuentos; de las utilidades realizadas y líquidas de cada ejercicio, destina por lo menos, el 5% al fondo de reserva, y el 90% a distribuir entre los socios.

Queda un 5% que se suele distribuir entre los empleados.

La ley establece el principio de distribución de las utilidades, del cual ya nos ocupamos. Concede a los estatutos la facultad de autorizar o prohibir el voto por poder. Es facultativo de cada cooperativa, establecer en su estatuto si éste se permite o no. Las cooperativas agrícolas, por ejemplo, resolvieron cuerda-mente establecer en sus estatutos el voto por poder, y las cooperativas urbanas, cuyos socios se encuentran reunidos, donde es más fácil concentrarse, no permitieron el voto por poder. Autoriza la ley a las cooperativas a fusionarse con otras u otras, por el voto de la mayoría de la asamblea, y a asociarse entre sí, para constituir una cooperativa de cooperativas; establece formalidades muy simples para el reconocimiento y autorización de las sociedades cooperativas; faculta a los menores de más de 18 años (a las mujeres no las menciona, porque una vez dictada la ley sobre derechos civiles de la mujer, ya no son ni menores, sordomudas, ni incapaces, y pueden no sólo entrar en una cooperativa, sino también defender el patrimonio que ellas llevan al hogar, que antes estaba entregado, impunemente, a la depredación de los propios maridos); prohíbe el uso de la palabra cooperativa en el nombre de cualquiera sociedad o empresa que no lo sea; deroga los artículos 392, 393 y 394 del Código de Comercio, y mantiene la vigencia subsidiaria de las prescripciones del Código sobre sociedades anónimas en cuanto no sean contrarias. El Dr. Justo no era partidario del crédito en las cooperativas, sostenía que el crédito es una enfermedad del sistema capitalista. Si en su segunda iniciativa incorporó una cláusula sobre crédito que otorgarían a las cooperativas el Banco de la Nación y el Banco Hipotecario, lo hizo para facilitar la aprobación de su proyecto, porque él sabía que operaba en un medio legislativo poco versado en cuestiones de carácter general.

Introdujo por eso a su proyecto de ley general de cooperativas, el asunto del crédito, que en realidad no tiene nada que ver con la ley general de cooperativas, pero cuando llegó el momento de la maduración, en que las iniciativas de los legisladores iban a concretarse en una ley, entonces el Dr. Justo que ocupaba una banca en el Senado, trabajó para provocar una disociación, es decir que todas las disposiciones relativas a la concesión de créditos fueran sacadas de la ley general para hacer con ellas una ley especial. Y así ocurrió. Se hicieron dos

proyectos de ley: uno "ley general de Cooperativas" y otro "ley de fomento de cooperativas". Nuestros legisladores fueron tan perspicaces, estaban tan interesados por las cuestiones grandes y generales, que aprobaron antes el proyecto de "ley de los créditos a las cooperativas", y después la ley general sobre cooperativas. La prueba la tienen Vds. en esto: la ley general de cooperativas lleva el número 11.388, y la ley de fomento de cooperativas, lleva el número 11.380; hemos interpuesto siete leyes entre ambas. Es decir, que nosotros teníamos el fomento para una cosa que aún no existía. Eso es sintomático de un sistema político y social de atraso evidente; esta gente no entendía la ley general, entendía el fomento, el crédito, llevar plata de los Bancos a las cooperativas. Con todas las medidas que no correspondían a la ley general, se hizo una ley especial de fomento y de esta manera quedó la ley general de cooperativas libre de todas estas cosas que en realidad son extrañas a ella. Y la ley general de cooperativas es una antorcha y guía segura en la cual la cooperación tiene un sólido apoyo y un fuerte propulsor de progreso. Esperemos sus efectos, que no han de tardar en producirse, y mientras tanto trabajemos por la cooperación sin apartarnos del concepto genuino y claro de nuestra ley.

Con estas palabras pongo término a estas lecciones y agradezco la asistencia, que se ha mantenido durante todo el curso como el primer día, lo que no atribuyo tanto a mi preparación como al deseo de Vds. de encontrar en mis lecciones algo que pueda serles útil.

ANATOLE FRANCE

Por LUIS REISSIG

IV

AFINIDADES Y DISCORDANCIAS. — JEAN RACINE
— FRANCOIS - RENE de CHATEAUBRIAND —
EMILE ZOLA.

No corresponde a este capítulo sobre afinidades y discordancias el estudio de las fuentes donde bebió France; ni lo que hayan contribuido a precisar en él ideas acerca del hombre y del universo, las enunciadas por Heráclito de Efeso, Epicuro, Pirrón de Elis, Demócrito, Montaigne, Gassendi, Condillac, Sainte - Beuve. Interesa a esta parte del breve curso sobre France lo que haya de afinidad menos especulativa, más de la carne y de la sangre, en cuanto éstas no alimentan hábitos sino preferencias, gustos, pasiones.

Por esto último es por lo que Racine se hermana con France. Puede asegurarse que si la mujer que vivió más tiempo en el corazón de France fué su madre, su gran pasión en literatura fué Racine.

A los 10 años, a poco de su entrada al Colegio "Stanislas", tiene su primer encuentro con el poeta que había de amar toda su vida. Entre los libros que el profesor indica para comprar, figuran "Esther" y "Athalie", de Racine. "De inmediato — dice France en "Le Petit Pierre" — yo vi delante de mí,

en una vaguedad deliciosa, dos mujeres graciosas, vestidas como si fueran imágenes, que se tenían por el talle y que se decían cosas que yo no entendía pero que adivinaba conmovedoras y bonitas. El escritorio y el profesor, el pizarrón, los muros grises habían desaparecido. Las dos mujeres marchaban lentamente en un estrecho sendero entre trigales, florecidos de acianos y amapolas y sus nombres cantaban en mis oídos: Esther y Athalie”.

“Yo sabía ya, — agrega France — que Esther era la primogénita. Ella era buena. Athalie, más pequeña, tenía trenzas rubias, tanto como podía distinguirlo. Ellas habitaban la campaña. Yo adivinaba una aldea, chozas que humeaban, un pastor, lugareños danzando; pero todos los trazos de ese cuadro quedaban inciertos y yo estaba ávido de conocer las aventuras de Esther y de Athalie. El profesor, llamándome por mi nombre, me arranca de mi ensueño.

—Dormís? Estáis en la luna. Vamos! Vamos! sed atento y escribid”. (1)

Lo que acabo de leer es un anticipo de lo que trataré con más detención en una próxima clase, cuando hable del poder que la voluptuosidad ha ejercido en France y que también nos sirve de guía en este otro aspecto de la afinidad de France con Racine—. Yo creo, como Annette Antoniu, que France amó sobre todo a Racine porque “jamás espíritu alguno tuvo por las mujeres un gusto más íntimo y más fino” (2) “Esto — agrega Antoniu — es la explicación de casi todas las preferencias de Anatole France; lo que lo atrae hacia una obra, hacia un escritor, hacia una época literaria es la voluptuosidad” (3).

El calor espiritual del Racine poeta enciende la sangre de France; es por esa vía que han de marchar unidos a través de todas las diferencias de preocupaciones y de credo.

“Las mujeres —dice France refiriéndose a Racine — acabaron la obra de Port Royal: ellas fueron a su turno las educadoras de este espíritu feliz. Ellas ejercieron en él esta flexibilidad armoniosa, esta sensibilidad fina, esta profunda inteligencia del corazón humano, que fué lo mejor de su genio.

(1) Pág. 285, 286.

(2) *Amateur d'Autographes*, N° 256, 1875, p. 4.

(3) A. Antoniu. *Anatole France critique littéraire*, p.59.

Las mujeres entonces eran tales como la sociedad francesa las había hecho: altivas, coquetas, soberanas". (4)

No hubo en France, por cierto, el mismo gusto "íntimo" y "fino" por la mujer que en Racine; — pero encontramos en sus mujeres, cuando aman, una pasión que las arrastra aún en los momentos insignificantes con toda la fuerza de una fatalidad, con todo el ardor de la sangre. Racine "había amado y sentido tantas cosas bellas y dulces en la vida, que había tenido el orgullo de un poeta y las debilidades de una naturaleza delicada". "Las ternuras — agrega France — la sensualidad del poeta, sus ardores, sus curiosidades, sus debilidades incluso lo disponían a conocer las pasiones que son la materia de la tragedia y a expresar el terror y la piedad". (5)

En el penúltimo capítulo de "Le Petit Pierre", después de haber recordado su primer encuentro con Racine, a los 10 años, France dirige a aquél estas palabras que han sido consideradas como su plegaria a su Dios Racine: "Oh dulce y gran Racine! el mejor, el más querido de los poetas! tal fué mi primer encuentro con vos. Vos ahora soís mi amor y mi gozo, todo mi contento y mis más caras delicias. Es poco a poco, avanzando en la vida, experimentando a los hombres y a las cosas, que he aprendido a conocerlos y a amarlos. Corneille no es a vuestro lado, más que un hábil declamador, y no se si Molière mismo es tan veraz como vos, oh maestro soberano en quien reside toda verdad y toda belleza! En mi juventud, corrompido por las lecciones y los ejemplos de esos bárbaros románticos, no he comprendido de inmediato, que érais el más profundo como el más puro de los trágicos; mis miradas no tenían fuerza para contemplar vuestro esplendor. Yo no he hablado siempre de vos con bastante admiración; no he dicho nunca que habéis creado los caracteres más verdaderos que hayan sido dados a luz por un poeta; no he dicho nunca que fuísteis la vida misma y la misma naturaleza. Sólo vos habéis ofrecido en espectáculo verdaderas mujeres. ¿Qué son las mujeres de Sófocles y de Shakespeare, junto a las que vos habéis animado? Muñecas! Las vuestras tienen solamente sentidos y este calor íntimo que llamamos el alma; yo no quiero morir sin haber escrito algunas líneas al pie de vuestro monumento,

(4) *Le génie latin. Jean Racine.* p. 170.

(5) *Ib.* p. 198, 199.

¡Oh, Jean Racine!, en testimonio de mi amor y de mi piedad. Y si no tengo tiempo de cumplir este deber sagrado, que estas líneas descuidadas, pero sinceras, me sirvan de testamento.” (6)

El France “escéptico” creía y amaba. “Yo se de corazón a Racine” —decía en “Le Petit Pierre”— (7). Y treinta años antes, en “La Vie littéraire” hacía esta otra declaración: “Por mi parte, yo que guardo a Racine una admiración fiel y tierna, yo que lo amo de corazón y de alma, quizás aún de mi carne y de mi sangre, como su Josabeth se acusaba de amar al niño rey” (8). (Se refiere a Josabeth, esposa del gran sacerdote Joad, que en la tragedia de Racine “Athalie” dice refiriéndose a su sobrino Joas, proclamado luego rey de Judea:

“Si la carne y la sangre, turbándose hoy,

“tienen demasiada parte en las lágrimas que vierto por él” (9)

Racine es para France “el primero de los pintores del alma”, uno de los más altos reveladores de “la poesía de las pasiones”. (10)

Al referirse a la muerte de Racine, dice France: “... los santos óleos tocaron los ojos, la boca, las manos y los pies de aquel que había amado y sentido tantas cosas bellas y dulces en la vida, que había tenido el orgullo de un poeta y las debilidades de una naturaleza delicada”. (11)

“Fuera de los santos óleos — dice su fino comentarista Gabriel des Hons — a la letra y en el espíritu ésto se aplica al maestro como él lo aplicaba a Racine. Y este trazo común resume sus profundas afinidades. Ellos han amado y sentido con la misma delicada voluptuosidad de espíritu, de corazón, de alma y de carne las bellas y dulces cosas de la vida, gustado de la misma manera y encontrado el mismo sabor a los bellos frutos de este mundo: la poesía y las mujeres” (12)

Entretejada en esa trama espesa de concordancia en cuanto al sentido de la pasión y el cálido valor de belleza que hay

(6) Pág. 293 a 295.

(7) Pág. 295.

(8) T. III. *Auguste Vacquerie*. p. 361.

(9) Acte I, Scène II.

(10) *La vie littéraire*. T. III. Ib. p. 362.

(11) *Le génie latin, Jean Racine*. p. 198.

(12) *Anatole France et Jean Racine, ou la clé de l'art Francien*. p. 257.

en la mujer. France y Racine se encuentran, también, por “el constante cuidado de la belleza y de la poesía, un deseo de perfección en la forma”. (13)

“Racine rima por los adjetivos tiernos y dolorosos: deplorable, miserable” — dice France en las conversaciones recogidas por Paul Gsell—. (14). Y en otra parte del mismo libro: “La lengua francesa es una verdadera mujer” (15), “...la sensualidad entra por las tres cuartas partes en el genio de los grandes artistas” (16)

¿Y cómo France, que pensaba que “los únicos crímenes irremisibles son los crímenes contra la belleza”, (17) no habría de amar profundamente al Racine poeta, que había animado las más bellas, las más apasionadas y las más armoniosas de las mujeres?

Gabriel des Hons ha hecho un estudio minucioso y noble de los puntos de contacto que France tiene con Racine; la influencia de éste, las características de esa afinidad y aún las formas directas de expresión que France ha tomado de Racine. El objeto de ese estudio, ha declarado el mismo de Hons, “no es de ningún modo el de descubrir el plagiario, sino al contrario buscar en qué puede verificarse la declaración, paradójal a primera vista, de Anatole France mismo tocante a la influencia ejercida sobre él por Racine”. (18)

Vamos a seguir, por un momento el pensamiento de des Hons y sus citas, que son fieles y acertadas.

Des Hons ha encontrado que *Racine ha ejercido “una profunda influencia” sobre France; que hay entre ellos una “profunda identidad”* y que son “genios concebidos en el mismo seno”, “mecidos de los mismos sueños, embriagados de las mismas ficciones” (19). Su estudio implica una enorme labor de consulta, de confrontación y de buen gusto.

Llega de France a Racine y vice-versa, por la vía natural del temperamento y no por la frágil de la imitación. La pasión

(13) Ib. p. 258

(14) *Propos d'Anatole France*, p. 164.

(15) Ib. p. 174

(16) Ib. p. 216.

(17) *La vie en fleur*, p. 38.

(18) *Anatole France et Jean Racine, ou la clé de l'art Francien*, p. 114.

(19) Ib. *Avertissement*, p. XV.

sombria y profunda del poeta Racine por la mujer la siente, de inmediato, como lo vemos en Jean Servien.

(Des Hons ha comprobado que las reminiscencias de "Phèdre" en la obra de France son las más numerosas; ha llegado a contar 75; en cambio, llegan solamente a 15 las de su obra "Les Plaideurs". (20)

Es, dice Des Hons "en la pintura del amor-pasión, en materia de psicología y de fisiología amorosas, que el trágico aporta al maestro la más grande contribución". Y agrega: "Racine, en su "Phèdre", ha dado a la expresión de las turbaciones elementales del amor una forma que el maestro tiene por definitiva y no cree poder hacer mejor que adaptarla a su propio texto tan fielmente como éste se presta:

Dice Phèdre:

"Lo ví, enrojecí, palidecí a su vista;

"una turbación se elevó en mi alma perdida;

"mis ojos no veían más, no podía hablar"

Dice France en "La révolte des Anges" (p. 117)

"... la voz penetrante y los movimientos insidiosos de esta criatura, me "arrojaron" en una turbación desconocida. Palidecí, enrojecí, mis ojos se velaron, mi lengua reseca en mi boca, no podía moverme".

Y en "Balthasar", (p. 83)

"Enrojecí, palidecí... me fué imposible hablar".

En "Jocaste", (p. 82)

"Helena tenía la garganta seca... sus ojos no veían más".

(21)

Se podría objetar que esta emoción es común y que no depende de la afinidad especial de los temperamentos; pero es indudable, dada la prodigiosa memoria de France y su amor a Racine, que las formas de expresión de éste le hayan parecido exactas y animadas. Es el mismo caso de la "obsesión mental" que provoca la ausencia de la mujer que se ama.

Dice Hippolyte a Aricie en "Phèdre" (II.2)

"Presente, os huyo; ausente, os encuentro;

"en el fondo de las forestas, vuestra imagen me sigue"

"Adónde piensas huir de mí, insensato? dice Thais. Tú

(20) Ib. *Evolution Raciniénne de France*, p. 16

(21) Ib. *Pensée*, p. 25, 26.

encontrarás mi imagen en el esplendor de las flores y en la gracia de las palmeras..." ("Thaïs" p. 309)

Otras expresiones de Racine, con ligeras variantes, como aquella de "Todo vuelve a trazar a mis ojos los encantos que evito", ("Phèdre" II, 2), France las emplea en diversas obras. (22).

Des Hons, analizando la concepción raciniana del amor y de la mujer en France dice en el segundo capítulo de su libro: "Racine, a los ojos de France, descubre el secreto de Eros, y, del mismo golpe, revela al Maestro el ideal de verdad psicológica que éste debía expresar en todas sus ideas generales sobre el amor y fielmente realizar en sus propias creaciones". "Todo no es sino sensación" proclama France en la primer página de "Jocaste", su primer cuento. Y esta tesis general la sostiene y desarrolla a través de toda su obra". (23)

Dice France en "Le Jardin d'Epicure": "Los jugadores juegan como los enamorados aman, como los ebrios beben, necesariamente, ciegamente, bajo el imperio de una fuerza irresistible". (24) Y más adelante: "Las mujeres (en amor) no quieren sino sensaciones. Ellas aman mejor que nosotros, son ciegas... Cuando las mujeres buscan, no es lo desconocido que buscan. Ellas desean recobrar, he ahí todo, recobrar su sueño o su recuerdo, la sensación pura". (25)

En "Le lys rouge" Thèrèse Martin le dice a su amante Jacques Dechartre:

— "Tú no tienes por mí más que un amor sensual. No me quejo; posiblemente, es el único verdadero".

Dechartre le responde:

— "Es, también, el único grande y el único fuerte. Tiene sus límites y sus armas; está lleno de sentido y de imágenes; es violento y misterioso; se aferra a la carne y al alma de la carne. El resto no es sino ilusión y mentira". (p. 356)

Es la definición del amor en Racine y en France; es el "mal divino" de que hablaban los griegos, el mal misterioso, de igual naturaleza que la epilepsia, con la cual ellos la confundían. "Dechartre — dice Des Hons — ama exactamente como

(22) Ib. 28, 29.

(23) Ib. p. 54.

(24) Pág. 18.

(25) Pág. 152.

si estuviera enfermo: "el mal" en él, ha estallado, de improviso y violento, un día, sobre la terraza de Fiésole"... En las novelas de France y en el teatro de Racine — agrega —, "en su proceso como en sus efectos, el amor se comporta como una enfermedad". (26)

"Lo que hace que se desee y que se ame — dice France — en "Le lys rouge" es una fuerza dulce y terrible, más poderosa que la belleza". (27)

También Des Hons halla puntos de contacto entre la ironía de Racine y la de France, no muy exactos. Ve en ambos lo que llama "igual alegría fúnebre, igual manera macabra de chancear": (28) los ejemplos que trae no lo desmienten mucho en cuanto a la expresión formal de la ironía; pero lo que hay en France, y no en Racine, es un conocimiento muy profundo y rico de la sociedad y del hombre. Racine es el poeta de las grandes pasiones. France a pesar de poseer una versificación armoniosa, es demasiado ironista para ser buen trágico.

En política y en historia, a pesar del tono y de las distancias, es un poco más feliz en sus hallazgos; y son acertadas sus observaciones sobre los procederes semejantes del gran sacerdote Joad en "Athalie" y del padre Agaric en "L'ile des pingouins".

En cuanto al uso del vocabulario raciniano por France está fuera de duda, especialmente en todo aquello que se relacione con la pasión amorosa. Lo mismo, el uso de imágenes empleadas por el poeta. Hay en "La vie littéraire" en un artículo destinado al Diario de Benjamín Constant, lo siguiente: "La divina Julieta (se refiere a Madame Récamier) poseía secretos para transformar los amores más violentos en amistades apacibles. Ella sabía, al ejemplo de Santa Cecilia, hacer del canapé donde el pintor David nos la muestra semi-acostada, una cátedra de abstinencia y cambiar en corderos tímidos aquellos que ella había recibido como leones devastadores". (29)

La imagen es de una precisión sorprendente: "cambiar en

(26) *Ib.* p. 57.

(27) Pág. 313.

(28) *Ib.* p. 80.

(29) T. I. p. 66.

“corderos tímidos aquellos que ella había recibido como leones devastadores”. Y la encontramos en “Esther” de Racine:

‘Un momento ha cambiado este coraje inflexible:
el león rugiente es un cordero apacible’ (30)

En ritmos, giros y expresiones France se expresa muchas veces de igual modo que Racine. Esta concordancia no es una fría cuestión literaria. Surge de una identidad más de fondo: ambos se sintieron quemados por el amor a la mujer. Y lo expusieron en sus obras. A primera vista podrá hallarse una diferencia notable, pero recordemos que de Racine a France pasamos de la tragedia a la comedia.

Así como de Racine a France hay una franca comunicación abierta, de France a Chateaubriand no existe ninguna.

Sin embargo, Chateaubriand es también un sensual; “Del fondo de la magnífica soledad de su genio — dice France — él no vió jamás nada en este mundo que él mismo y su cortejo de mujeres” (31)

Pero hay otros elementos anteriores que han trabajado el espíritu de France para hacer más temprana la separación. El primero, la prosa altisonante del vizconde, adoptada por el padre, circunstancia especial para que le desagradara doblemente. “A fuerza de leer al Vizconde — decía France, según Brousson, — el bueno de mi padre había contraído la enfermedad del énfasis. Este hombre sencillo, que trataba negocios de poca monta con gentes de poca importancia, empleaba los términos más pomposos. Amaba la cadencia y el período. Todo le servía para desplegar su elocuencia; bastaba la menor desgracia doméstica: un huevo pasado por agua demasiado cocido, una chuleta pasada . . . y, debajo de la lámpara, sentado a esa mesa nuestra, sencilla, estrecha, burguesa, fulminaba como el vizconde bajando del Sinaí con las tablas de la ley en los faldones de su levita. Redundaba acerca de la ternera con zanahorias, cuya salsa carecía de unción, acerca de la morcilla o del queso de nata. Mi madre ya estaba acostumbrada. Semejante salmodia importábale tanto como el rumor del río vecino. A mi eso me ha asqueado del vizconde”. (32)

(30) Des Hons. Ib. p. 123.

(31) *La Vie littéraire*, T. I. a propos du journal des Goncourt, p. 88.

(32) Jean Jacques Brousson. *Anatole France en pantoufles*. p. 102.

Ese desagrado lo conserva France toda su vida. Hay un pasaje bien ilustrativo en el libro de Brousson "Anatole France en Pantoufles". Se lee un párrafo de las "Memorias de ultratumba" de Chateaubriand: "Mi madre da a luz en Saint-Malo un primer hijo, que muere al poco de nacer. La casa que entonces habitaban mis padres hállase situada en una calle sombría y estrecha de Saint-Malo, llamada calle de los judíos. El cuarto en que dió a luz mi madre domina una parte desierta de las murallas de la ciudad. Y, a través de las ventanas de ese cuarto, divisase un mar que se extiende hasta perderse de vista, rompiéndose contra los escollos. Estaba casi muerto cuando vine a este mundo. El mugir de las olas, levantadas por una tormenta, anunciaba el equinoccio de otoño, e impedía oír mis gritos; me han contado varias veces estos pormenores; su tristeza jamás ha podido borrarse de mi mente. No pasa un día sin que, soñando en lo que he sido, no torne a ver en mi imaginación la roca en la cual nací, el cuarto en que mi madre me infligió la vida, la tempestad cuyo rumor meció mi primer sueño. El cielo parece haber reunido estas circunstancias diversas para colocar en mi cuna una imagen de mi destino" . . .

"En llegando aquí, Anatole France — dice Brousson — ya no se contiene:

— "¡Qué familia! La Señora de Chateaubriand no podía dar a luz como todas las mujeres. Le hacía falta el mar, rayos y truenos. Esto es, en negro, el nacimiento de Venus! . . .

"Odio a Chateaubriand — agrega France — este enfático envenenó mi juventud". (33).

Ese odio a Chateaubriand — que se acrecentó en France con los años — deja ya de ser una cuestión de énfasis. Así como amó a Racine no solamente por su estilo armonioso, detestó a Chateaubriand por algo más que por su pomposo estilo, por algo más que por su "hastío sempiterno".

Tomemos "La vie littéraire" en el capítulo que France dedica al libro de M. A. Barboux "Madame de Custine", que fué amiga de Chateaubriand durante 20 años hasta la hora de su muerte. Madame de Custine, poco tiempo antes de morir, hace ver a un confidente una de las cámaras de su castillo.

(33) . Ib. p. 268, 269.

—“He ahí — dice ella — el gabinete donde yo lo recibía.

—“Es, pues, aquí, le dicen, que él ha estado a vuestras rodillas!

—“Posiblemente — contesta — he sido yo quien ha estado a las suyas” (34).

Esta es una evocación de su cortejo de mujeres, que hirió a France.

Delphine de Custine es para France “la bella víctima” de Chateaubriand. “Ella lo ama. El se deja amar. En las primeras horas él arroja algún fuego”. Después, nombrado secretario de embajada, parte para Roma con su otra amiga, Madame de Beaumont, moribunda. “A los primeros árboles del camino él había ya olvidado a Delphine de Custine”. (35).

Más tarde, él la deja nuevamente para realizar un viaje al Oriente. “René, — dice France — en esa peregrinación, iba a buscar otra víctima. Madame de Mouchy lo esperaba en La Alhambra. (36)

En 1826 Delphine de Custine se extingue sin agonía a los 56 años de edad. Chateaubriand la vela junto a su lecho de muerte. “Le Génie” escribe en sus memorias unas líneas “frías y brillantes”. (37)

En los capítulos sobre Chateaubriand y su hermana Lucile, publicados en “Le Génie latin”, France aclara y refuerza sus antipatías por aquél. Desde luego, su estilo pomposo, la “belleza desmesurada”, los “defectos brillantes”, los “errores imperiosos”: el no encontrar la tierra bastante grande para contener su hastío”. Luego, sus innumerables coqueterías, su “avidez por la gloria”. Y subiendo de tono, France habla de “la crueldad de su egoísmo” y de que “no pudo jamás arrancar de su pecho ese hastío que hace su presa de los corazones vacíos”. Y completa su condena con estas palabras: “El secreto de René, de su hastío lleno de fantasmas, de sus noches que sus sueños y sus vigilias turbaban igualmente, no es, sino, la falta de amor en un alma bastante ávida para pedirlo al mundo entero y demasiado fría para darlo a alguno”. (38)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.abira.com.ar
 (34) T. II *La mère et la fille. Madame de Sabran et Madame de Custine*. 153

(35) *Ib.* p. 167.

(36) *Ib.* p. 169.

(37) *Ib.* p. 170.

(38) Págs. 294, 300, 303, 304.

El capítulo dedicado a Lucile de Chateaubriand, que amó profundamente a su hermano, termina con estas palabras decisivas: "Yo me declaro completamente incapaz de distinguir un solo trazo de su carácter: ella queda para mí, lo confieso, completamente desconocida". (39)

Lucile era, también, "otra víctima" de Chateaubriand; por lo menos otra víctima de su egoísmo. Esta "hermana adorable" tiene pasiones brumosas para el gusto ático de France. Ella parece sentir el vuelo del "Gran-Corbeau", su hermano René, y sentirse presa de angustia.

No conozco en France otra antipatía más viva y arraigada que la que tuvo hacia Chateaubriand. France amó a la mujer no tan finamente pero sí tan cálidamente como Racine. Chateaubriand se dejó amar, más bien adorar como un ídolo.

Todas las demás afinidades y antipatías, armonías y discordancias que vivió France, no tienen el mismo carácter, el mismo fondo sensual que hacia Racine o Chateaubriand.

Hemos visto cómo se expresó con dureza de Ohnet, a quien consideró "desde el punto de vista del arte bien por debajo de lo peor", no conociendo en el mundo nada "más desagradable que sus concepciones, ni de más desgraciado que su estilo". Pero esto responde a una mera cuestión de gusto. El mismo France ha declarado a su amigo Nicolás Ségur, en los últimos años de su vida, no sin malicia, lo siguiente: "Quién sabe si no había alguna envidia en el artículo particularmente duro que, contra mis hábitos, consagré en otro tiempo a Georges Ohnet. El era verdaderamente glorioso y digno de serlo. No se trataba ni de convención, ni de desprecio. Todos los corazones batían al unísono de su corazón. Distinguido, burgués, aunque menos artista que Feuillet, respetuoso de la moral y de la hipocresía social, era el ideal de todos. Premiaba la virtud, castigaba el vicio, mantenía los derechos de la nobleza, de la burguesía, del pueblo, contentando a sus lectores sabiendo encontrar las frases que todos podían escribir y que pertenecían justamente a todos. Las lágrimas, las solas lágrimas sinceras, se deslizaban sobre las mejillas y hasta sobre el corpiño de todas aquellas que leían "Maître de Forges". Esta

literatura no hiere con ninguna novedad a los lectores, no les inquieta con ninguna verdad, no los ofusca con ninguna personalidad. No se encuentra en ella esas asperezas del genio que embarazan desagradablemente la atención y ofenden la púdica ignorancia intimidada”.

Nicolás Segur aventura esta afirmación:

—“Sin embargo, Ohnet está olvidado, muerto bajo vuestros golpes”.

—“No tanto como ésto — le responde France —; no me aduléis.

Por lo demás, si él está muerto es que algún otro le ha sucedido, ungido con el óleo de la santa ampolla de la mediocridad. La especie es eterna”. (40).

Como vemos, tal discordancia entraba en un concepto general de estilo y gusto; de belleza, en fin. No se fundaba en nada particular, a menos que se desee extremar la nota queriendo hacer resaltar como cosa importante su maliciosa alusión a las mujeres a quienes las historias de Ohnet arrancaban lágrimas.

El caso se repite, en otra escala, con Víctor Hugo. Hugo es para France incoherente y desmesurado: el contraestilo, el contra concepto franciano. En “La vie littéraire” se expresa en la siguiente forma: “Es necesario reconocer que ha removido más palabras que ideas. Es un sufrimiento descubrir que hace pasar por la más alta filosofía un montón de delirios banales e incoherentes. En fin, uno está entristecido, al mismo tiempo que espantado, de no hallar en su obra enorme, en medio de tantos monstruos, una sola figura humana”.

“Los griegos han dicho: el hombre es la medida de todas las cosas. Víctor Hugo es desmesurado porque no es humano. El secreto de las almas no le fué jamás enteramente revelado. El no estaba hecho para comprender y para amar”. (41). “No estar hecho para amar”: esta falta de sutileza en la sensibilidad es lo que basta a France para tomar o soltar un hombre, un artista.

En su falta de afinidad con Hugo entró en mucho el estilo pomposo de éste. Brousson refiere — y es creíble — que

(40) Nicolás Ségur. *Conversations avec Anatole France ou Les mélancolies de l'intelligence*. p. 175, 176, 177.

(41) T. I. *Sur le Quai Malaquais*. M. Alexandre Dumas et son discours. p. 115.

France le confesó gustar más de "las canciones populares de Beránger que de las odas de Víctor Hugo". (42). Un día — refiere Brousson — "en la mesa, Madame (de Caillavet) entona un himno a Edmond Rostand, Anatole France la escucha en silencio. Come, con rabia. Por fin, limpiándose los labios y la barba, deja caer:

—¡Rostand! ¡Rostand! Tiene la gloria incontestable... incontestable, óigalo bien, de haber hecho los peores versos del siglo desde Víctor Hugo". (43)

La declaración no puede ser más terminante.

En cuanto al discurso pronunciado por France con motivo del centenario del nacimiento de Hugo, en el Trocadero, el 2 de Marzo de 1902, debemos entender que quien se había aproximado a France no era el Hugo poeta, sino el Hugo socialista, anticlerical, republicano. Ese día France, recordando el primero de Junio de 1885, fecha de las exequias fúnebres de Hugo, decía: "Como el pueblo que, un siglo antes, había tomado la Bastilla, el pueblo que hizo la apoteosis de Víctor Hugo sintió confusamente lo que hacía, y honró menos a un poeta, grande como él era, que a la poesía y a la belleza; y que si celebraba al anciano que había arrojado al mundo tantos pensamientos y palabras, era a fin de reconocer en él la soberanía de la palabra y del pensamiento". "Su pensamiento — agregó — a la vez brillante y humoso, abundante, contradictorio, enorme y vago como el pensamiento de las multitudes, fué aquel de todo su siglo, del cual era, lo ha dicho él mismo, un eco sonoro. Lo que nosotros saludamos aquí con respeto no es solamente un hombre, es un siglo de la Francia y de la humanidad, ese siglo XIX del cual Víctor Hugo expresa más abundantemente que cualquier otro los sueños, las ilusiones, los errores, las adivinaciones, los amores y los odios, los temores y las esperanzas". (44)

No sería posible que me extendiera a considerar lo que ha sentido France con respecto a Rabelais, cuyas bromas eran "demasiado inocentes" y ofendían la voluptuosidad, lo que fué "su mayor agravio" (45) Ni tampoco respecto a Rousseau

(42) J. J. Brousson. *Anatole France en pantoufles*. p. 157.

(43) *Ib.* p. 247.

(44) *Vers les temps meilleurs*. T. I. p. 61, 62.

(45) *Le Vie littéraire*. T. III *Rabelais* p. 31.

cuyas ideas juzgó "como las más falsas y las más funestas que jamás el hombre haya tenido sobre la naturaleza y sobre la Sociedad"; (46) ni en cuanto a Renán, a quien se le compara con las más equivocadas de las opiniones, y con quien tuvo de común el gusto por los matices en el estilo. Renán, dice France, "está desprovisto de todo espíritu crítico", es un "novelista para patronatos láicos", a quien "por haber manejado en su infancia los santos óleos y las vinajeras, le ha quedado toda la vida entre los dedos una viscosidad eclesiástica". (47)

No sería posible extenderse porque los últimos minutos que restan debo dedicarlos a Emile Zola.

Los diversos juicios de France sobre Zola son el ejemplo más vivo de su comprensión amplia, su clara distinción de las armonías, y de que era al hombre a quien France siempre buscaba en la obra de arte.

El arte de Zola desagradó a France. Hubo un antagonismo entre la finura y sutileza de éste y la rudeza y simplicidad de aquél; entre la forma zoliana de concebir el amor "bajo un aspecto apocalíptico" (48) y la forma franciana de sentirlo como un placer más en el florido camino de la belleza.

France no creyó nunca en el llamado "arte naturalista", entendiéndolo que "los términos arte y naturaleza son contradictorios. (49) "Todo el esfuerzo inmenso de las civilizaciones — dice France — tiende al embellecimiento de la vida. El naturalismo es bien inhumano pues quiere deshacer ese trabajo de la humanidad entera. El arranca los adornos, desgarrar los velos, humilla la carne que trinfaba espiritualizándose, él nos conduce a la barbarie primitiva, a la bestialidad de las cavernas y de las ciudades lacustres". Y unos párrafos antes define claramente su punto de vista: "El arte naturalista no es más verdadero que el arte idealista. Zola no ve al hombre y a la naturaleza con más verdad que como la veía Mme. Sand. El no tiene para verlo sino sus ojos como ella tenía los suyos. El testimonio que él lleva de las cosas no es, sino, un testimonio individual. Nos dice cómo la naturaleza choca con él: ni más, ni menos; pero él no sabe lo que es el universo, ni si él es. Na-

(46) Ib. T. I a propos du journal des Goncourt. p. 88.

(47) J. J. Brousson. *Itinéraire de Paris a Buenos Ayres*. p. 179 y 209.

(48) *Le Temps*. 22 Mars 1891 repr. por Maurice Kahn. *Anatole France et Emile Zola*. p. 36.

(49) Ib. p. 38.

turalistas e idealistas son igualmente juguetes de las apariencias: unos y otros son víctimas del espectro de la caverna" Y agrega: "puesto que todas las imágenes que nosotros nos hacemos de las cosas corresponden no a las cosas mismas, sino solamente a los estados de nuestra alma, ¿por qué no buscar y gustar de preferencia las figuras de gracia, de belleza y de amor? Sueño por sueño, ¿por qué no elegir los más amables?" (50).

Es una forma elegante de no ser dogmático y a la vez inclinarse por el arte idealista.

La discordancia entre los temperamentos, los gustos y la cultura de France y Zola no podía conducir a ambos por el mismo camino del arte. Se encontraron por otro camino, el de la vida, cuando la inocencia de Dreyfus, el relajamiento de la justicia y el amor a la Francia libre levantaron esos dos grandes y generosos corazones.

Se ha querido ver en este acercamiento personal la explicación única de los diversos juicios de France sobre Zola y su obra. No es la única; hay otra que ha obrado antes, pero que los enemigos de Zola y France olvidan a sabiendas: es el fin de la lucha entre idealistas y naturalistas, antes del proceso Dreyfus; lucha en la que France combatía a los naturalistas con una vehemencia que desdice por completo su figura de "escéptico peligroso".

Haremos una reseña, tan breve como sea posible.

El 17 de Agosto de 1887 aparece en el "Figaro" el "Manifiesto de los cinco", amigos y discípulos de Zola: Paul Bonnetain, Lucien Descaves, Paul Margueritte, J. H. Rosny y Gustave Guiches (51). "El Maestro — dicen los cinco refiriéndose a Zola que acababa de publicar "La Terre" — ha descendido al fondo de la inmundicia".

Diez días después France publica en "Le Temps" donde colaboraba, su famoso artículo sobre Zola y "La Terre", que voy, en parte, a leer. Dice France: "Zola ignora la belleza de las palabras como ignora las bellezas de las cosas. El no tiene gusto, y yo estoy por creer que la falta de gusto es ese pecado misterioso de que habla la Escritura, el más grande de los pe-

(50) *La Vie littéraire*. T. I. "George Sand" p. 343, 345.

(51) Cuatro de los cinco firmantes del manifiesto se retractaron públicamente. El quinto, Paul Bonnetain, murió en 1899.

cados, el único que no será perdonado . . . El peor defecto de "La Terre" es la obscenidad gratuita . . . Zola ha colmado esta vez la medida de la indecencia y de la grosería . . . Escribiendo "la Terre" él ha dado las Geórgicas de la crápula . . . Que Zola haya tenido en otro tiempo, yo no digo un gran talento, pero sí un grueso talento, es posible. Que le queden todavía algunos despojos, esto es creíble; pero confieso que me cuesta todas las penas del mundo convenir en ello. Su obra es mala y él es uno de esos desgraciados de los cuales puede decirse que más valdría que no hubiesen nacido. Ciertamente, yo no le negaré su detestable gloria. Ninguno antes que él había levantado una tan alta montaña de inmundicias. Este es su monumento, del cual uno no puede disputar su grandeza. Jamás ninguno había hecho un esfuerzo semejante para envilecer la humanidad, insultar a todas las imágenes de la belleza y del amor, negar todo lo que es bueno y todo lo que es bien. Jamás ninguno había desconocido hasta ese punto el ideal de los hombres. (Y aquí France se enciende en su condenación) Hay en todos nosotros, en los pequeños como en los grandes, en los humildes como en los soberbios, un instinto de la belleza, un deseo de lo que orna y de lo que decora, que, expandido en el mundo, hace la gracia de la vida. Hay en el hombre un deseo infinito de amar que lo diviniza. Zola no lo sabe. El deseo y el pudor se mezclan a veces en matices deliciosos en las almas. Zola no lo sabe. Hay sobre la tierra formas magníficas y nobles pensamientos, almas puras y corazones heroicos. Zola no lo sabe. Bastantes flaquezas, bastantes errores y faltas tienen su belleza conmovedora. El dolor es sagrado. La santidad de las lágrimas está en el fondo de todas las religiones. La desgracia bastaría a volver al hombre augusto al hombre. Zola no lo sabe. El no sabe que las gracias son decentes, que la ironía filosófica es indulgente y dulce y que las cosas humanas no inspiran sino dos sentimientos a los espíritus bien formados: la admiración y la piedad. Zola es digno de una profunda piedad". (52)

Se estaba en plena batalla literaria, lo que hay que tener en cuenta para juzgar esta nota de France. Al año siguiente, (El 21 de octubre de 1888) France escribe una nota a propósito de "Le Rêve" de Zola. Su severidad no ha decrecido. Pero

(52) Ib. T. I. *La Terre*. p. 233, 235 a 238.

él tiene que hablar del Zola que ha escrito una novela mediocre de tinte idealista y declara que prefiere el "Zola a cuatro patas", (53), es decir, el Zola de "La Terre".

La batalla va decreciendo. Año y medio más tarde (el 9 de marzo de 1890) France publica en "Le Temps" "Dialogues des vivants" en el que, por boca de uno de los personajes, "L'idéaliste", se expresa así con respecto a la "Bête humaine" de Zola. "Cuando él (Zola) hace de la máquina montada por Jacques Lantier, de la Lison, un ser viviente; cuando él la muestra tan bella en su juventud ardiente y flexible; después atacada, bajo un huracán de nieve, de una enfermedad inexorable y profunda y vuelta como tísica; después, en fin, muriendo de muerte violenta, desventrada y rindiendo el alma, no es él más que un vulgarizador pueril de conquistas de la ciencia? No, no, este hombre es un poeta. Su genio, grande y simple, crea símbolos. El hace nacer mitos nuevos. Los griegos habían creado la driada. El ha creado la Lison: estas dos creaciones se valen y son, ambas, inmortales. *Es el gran lírico de este tiempo*". (54)

El 31 de diciembre de 1890 France publica en "Le Temps", a propósito de la novela "Honneur d'artiste" de Octave Feuillet, lo siguiente: "... Si, como parece, el naturalismo dogmático, el Terror, como nosotros decíamos, está vencido, sepamos asegurar nuestra victoria. Seamos sabios. Es una locura continuar la guerra cuando se ha triunfado. Sobre todo no seamos injustos; sería una tontería y una torpeza. Reconozcamos que durante su pesada y ruda tiranía, *el naturalismo ha cumplido grandes cosas*. Su crimen fué de querer ser solo, de pretender excluir todo lo que no era él, de preparar la ruina insensata del idealismo, "dementes ruinas". Pero su reinado *ha dejado monumentos enormes*. Tal obra que él ha plantado sobre nuestro suelo parece indestructible. Es necesario ser un emigrado de las letras... para negar la belleza de una novela épica tal como "Germinal". Si es cierto que hemos triunfado del naturalismo doctrinario, sepamos que el primer deber de los vencedores es respetar,, proteger, defender el patrimonio de los vencidos y *hagámonos un honor al poner las obras maestras de la escuela de Zola al abrigo de la injuria*... él

(53) Ib. T. II. *Lapureté de M. Zola*. p. 286.

(54) Ib. T. III. p. 323, 324.

lleva adelante el símbolo; es poeta . . . Es necesario reconocer, en fin, que *el idealismo y el naturalismo corresponden a dos clases de temperamentos que la naturaleza produce y producirá siempre*, sin que jamás uno llegue a desarrollarse con exclusión del otro. El gran error de Zola, pues que es necesario volver siempre a este terrible hombre, fué creer que su manera de sentir era la mejor, y, por lo tanto, la sola buena. El fué dogmático y pretendió imponer la ortodoxia realista. Es esto lo que nos irrita a todos e incita a sus amigos a sacudir su yugo. El orgullo perdió al Lucifer de Médan. (55)

En 1891 Zola publica "L'Argent". France la comenta en "Le Temps" en un artículo que no figura en "La Vie littéraire". "Los trabajos oscuros de la carne — dice France — inquietan mucho a Zola, que es obsceno con azoramiento y que ve el paso ordinario del amor bajo un aspecto apocalíptico. "Lo que yo digo es para que no se le confunda con los autores inmorales. Esos Rougon-Macquart imponen por la masa. Es necesario un vigoroso obrero para cumplir tal tarea. Y uno no sabría desconocer la grandeza del esfuerzo . . . La nueva novela de Zola es una obra maciza y pesada, pero sólida, pero fuerte, didáctica, enciclopédica y de un gran sentido . . . El estilo, de más en más simple, es espeso y descuidado; pero una potencia extraordinaria anima esta pesada máquina". (56)

La lucha entre idealistas y naturalistas ha cesado.

En 1882 Zola publica "La Débâcle", que France comenta así: ". . . Es necesario reconocer que la inteligencia de este rudo trabajador se ensancha y se aclara con los años. El había ya mostrado, aquí y allí, en "Germinal" sobre todo, que tenía el sentido de lo épico y el instinto de las multitudes. Esta vez él ha comprendido bastante y puesto una gran humanidad en su libro. Esta vez él ha mostrado todas las miserias de la carne humana, con una varonil piedad, con un respeto que las torna augustas y venerables". (57)

Vemos, pues, cómo se va dulcificando y haciéndose más amplia la crítica de France, cómo va comprendiendo más a Zola.

Archivo "L'affaire Dreyfus" no se ha producido aún. www.ahira.com.ar

(55) Ib. p. 370 a 373.

(56) Ib. de 1891.

(57) *Le Temps*. 26 Junio 1892.

Es desde esta fecha, en que France escribe su artículo sobre "La Débâcle", que comienza la evolución de sus ideas sobre el ejército. (58).

Agreguemos una prueba más de que antes del proceso Dreyfus France había modificado notablemente su opinión sobre Zola y su obra y su disposición de ánimo. En octubre de 1892, France, en una carta íntima declara: "D'Haussonville le ha dicho que para combatir a Zola es necesario un nombre muy literario y que no veía sino el mío, a excepción del de Bourget. Yo he respondido que él encontraría otros buscando bien; que, por mí, yo no quisiera ser designado como aquél que impide pasar a un hombre de talento". (59)

Repito: estamos en 1892, es decir, dos años antes de la primer condena del Capitán Dreyfus.

¿Qué pueden sorprender, pues, las palabras de France en los funerales de Emile Zola, en el cementerio Montmartre el 5 de octubre de 1902, es decir, una semana después de la muerte de aquél?

France dijo entonces: "La obra literaria de Zola es inmensa... Señores, cuando se veía elevar piedra sobre piedra esta obra, uno medía la grandeza con sorpresa. Uno admiraba, se sorprendía, elogiaba o censuraba. Elogios y censuras eran llevadas con igual vehemencia. Se hizo, a veces, al poderoso escritor (Yo lo se por mí mismo) reproches sinceros y no obstante injustos. Las inventivas y las apologías se entremezclaban. Y la obra iba creciendo. Hoy, cuando se descubre en su totalidad la forma colosal, se reconoce también el espíritu del cual ella está colmada. Es un espíritu de bondad. *Zola era bueno. El tenía la grandeza y la simplicidad de las grandes almas.* Era profundamente moral. El ha pintado el vicio con mano ruda y virtuosa... En sus últimos libros, él muestra su amor ferviente a la humanidad. El se esfuerza en adivinar y prever una sociedad mejor... Este realista sincero era un ardiente idealista". Su obra no es comparable en grandeza sino a aquella de Tolstoi... Yo no traicionaré la justicia que me ordena elogiar lo que es loable. No esconderé la verdad en un silencio cobarde".

(58) El famoso prefacio para *Fausto* había aparecido un año antes, en 1891.

(59) Jeanne Maurice Pouquet. *Le salon de Madame Arman De Callavet*. p. 140.

Y France terminó su discurso con estas palabras sinceras y acertadas: "El fué un momento de la conciencia humana". (60).

Al día siguiente de haber pronunciado France este discurso, el diario "La Libre Parole", publica, en columnas unidas, extractos del artículo de France sobre "La Terre" y de su discurso de la víspera. El cotejo sorprendía. France, en apariencia, había sido sincero sólo una de las dos veces. Pero el más lévolo periodista había saltado por sobre los juicios de France que hemos leído, por sobre el cese de la agria lucha entre idealistas y naturalistas.

Se originó con este motivo una polémica. Y France escribió a Charles Guieysse y a su amigo Mauricio Kahn la carta siguiente:

"Capián (Gironde) 11 de octubre. Querido amigo: Vuestras explicaciones son excelentes; yo no tengo nada que agregar, fuera de un hecho que os indico. Yo había llegado a tener, antes del "affaire", sentimientos más justos hacia Zola. Podéis estar seguros de ello leyendo el artículo que consagré en "Le Temps" a "L'Argent" cuando la aparición de este libro... Yo era amigo de Zola antes del "Affaire". Había reconocido, ya, que era un muy bravo hombre. Después del "Affaire", él me ha parecido un hombre heroico. Que entonces yo haya juzgado mejor y más favorablemente su obra, no es dudoso". (61)

La sinceridad de esta carta honra a France.

(60) *Vers les temps meilleurs* Vol. II, p. 8, 9, 10, 13.

(61) Maurice Kahn. *Anatole France et Emile Zola*. p. 10, 11.

La teoría de las lámparas electrónicas y su aplicación en la radiotécnica

Por JUAN SABATO

EL EFECTO EDISON

En el año 1884 Edison observó un "curioso fenómeno" en una lámpara que acababa de inventar, al colocar una lámina o placa p de platino (fig.10) entre los ramas del filamento f ; cuando éste estaba incandescente, Edison constató, mediante un galvanómetro G , la existencia de una corriente en el circuito "interrumpido" filamento-placa, corriente que cambiaba de sentido según que el galvanómetro se conectase al polo positivo o al negativo del filamento; comprobó también que la intensidad de esta corriente era tanto mayor cuanto más intensa era la corriente que atravesaba el filamento de la lámpara. ¿Cómo era posible explicar el establecimiento de esta corriente, no existiendo "ningún" vínculo conductor entre filamento y placa? Edison aclaraba la duda de acuerdo con los conocimientos que en aquella época se tenían de los fenómenos eléctricos, suponiendo que las partículas de aire o de carbón se escapasen del filamento con una carga eléctrica, siguiendo en línea recta hasta encontrar la placa. Si bien la interpretación

no corresponde a la realidad, no deja de ser notable la intuición de Edison.

Lámpara de dos electrodos

El fenómeno que se acaba de describir, conocido con el nombre de efecto Edison, no llamó mayormente la atención, hasta que las investigaciones sobre los rayos catódicos y la concepción de la teoría electrónica dieron una explicación satis-

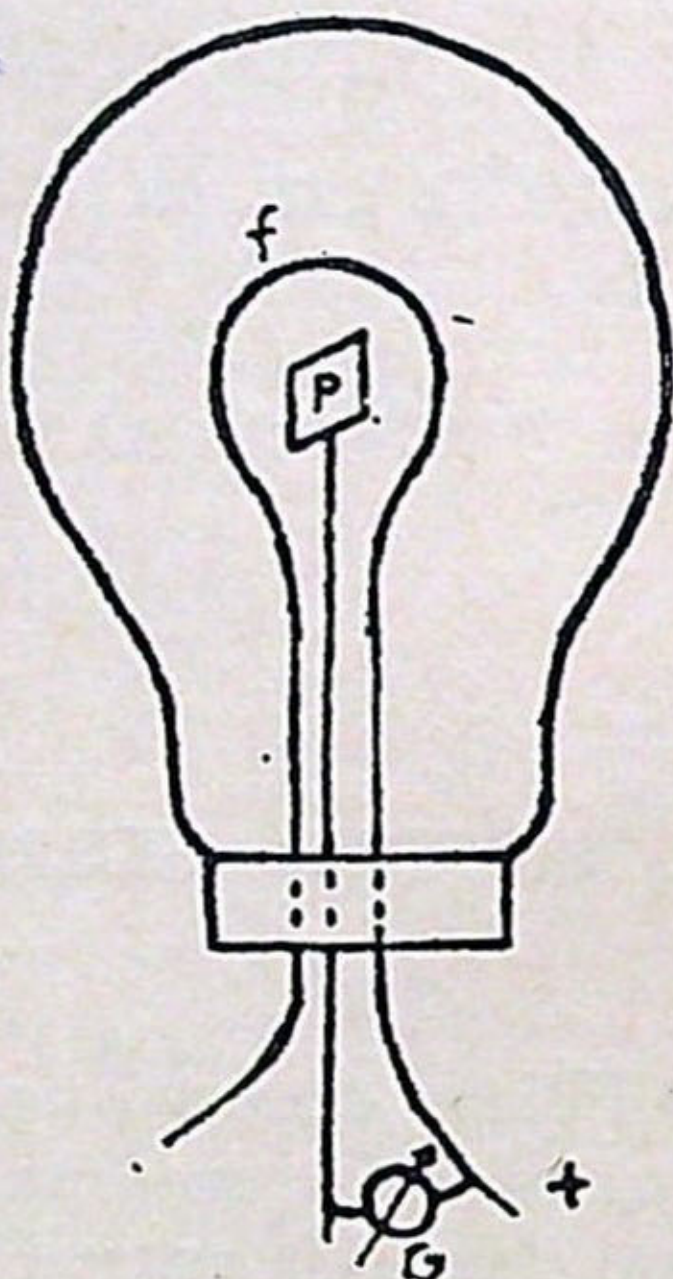


Fig. 10

factoria de él. Unos años después, Flemming estudia el efecto Edison y señala que podría ser utilizado para rectificar una corriente alternada, profecía que él mismo se encarga de hacerla efectiva al emplear por primera vez, en el año 1904, la válvula que lleva su nombre, prototipo de los rectificadores termoiónicos modernos. La fig. 11, que representa el circuito que utilizó Flemming, comprende una ampolla de vidrio en la que se ha hecho un vacío elevado, de tal modo que puede admitirse que no quedan vestigios de gas en su interior; como en el modelo de Edison, esta lámpara lleva dos electrodos: uno placa metálica llamada también anodo, *a*, y un filamento, *f*, de platino o tungsteno, llamado catodo. En el exterior debemos considerar dos circuitos: el de filamento, que com-

prende una batería B_f que proporciona la corriente necesaria para llevar al cátodo al estado incandescente; y el circuito de placa, que comprende la batería B_a , de algunas decenas de voltios; cuando por el filamento no circula corriente, es decir, cuando está frío, el miliamperímetro conectado en el circuito de placa no acusa el pasaje de corriente, a pesar de la diferencia de potencial relativamente grande que existe entre filamen-

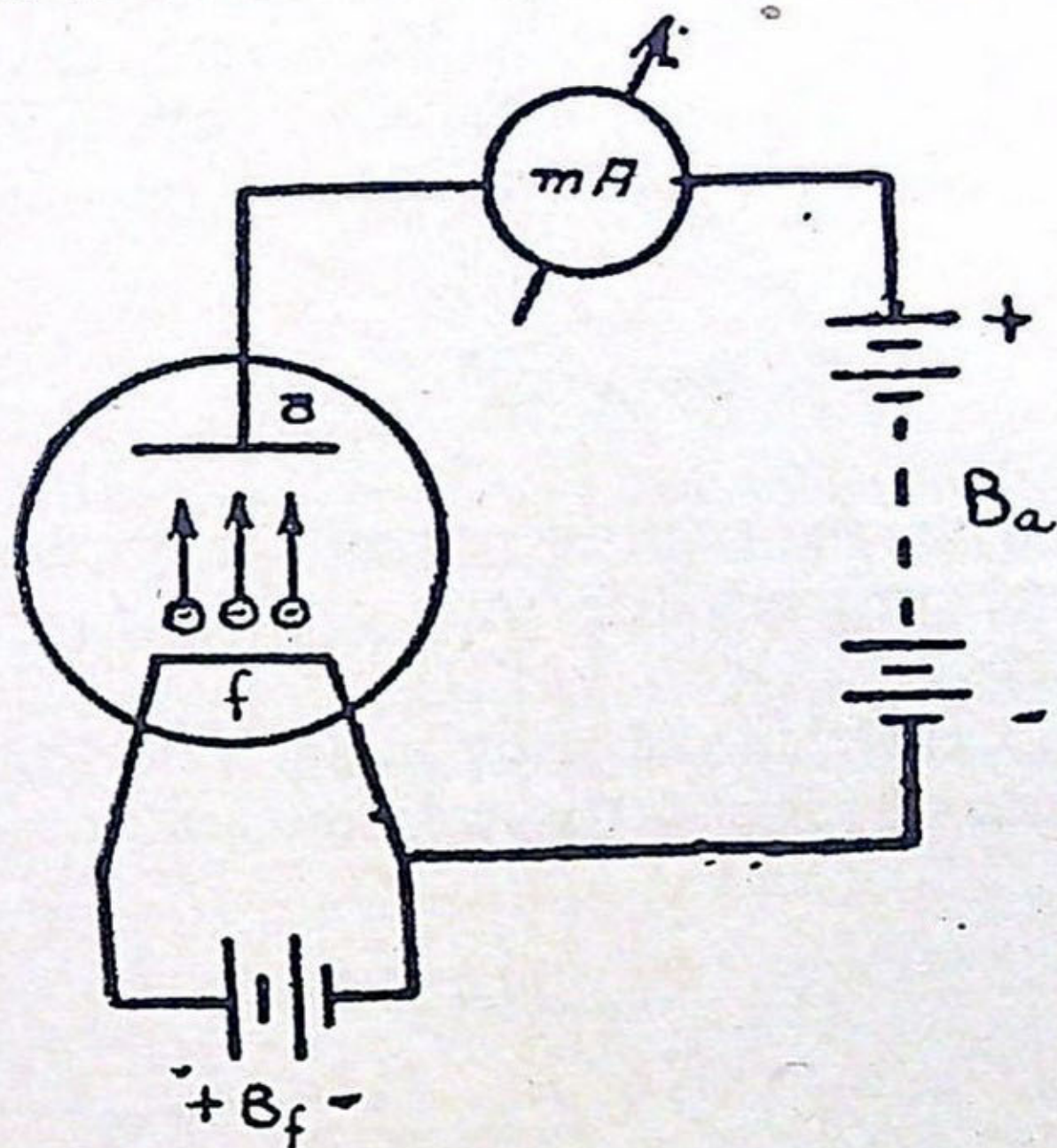


Fig. 11

to y placa; las cosas cambian si el filamento se lleva al estado incandescente: si el polo positivo de la batería B_a está conectado con el ánodo, el miliamperímetro acusa el pasaje de una corriente eléctrica por el circuito de placa, corriente que desaparece si se invierte la polaridad de la placa, es decir, si se la une al polo negativo de B_a .

Emisión de electrones por los cuerpos incandescentes

La explicación del fenómeno es la siguiente: De acuerdo con la teoría electrónica existen en el interior de los cuerpos metálicos, en este caso del filamento, un gran número de electrones libres que se mueven desordenadamente, del mismo modo que las moléculas de un gas contenido en un recipiente y aparentemente en reposo; los electrones, en el interior del cuer-

po, cumplen trayectorias complicadas por los choques recíprocos y la velocidad de que están animados puede ser cualquiera, v ; ésta está determinada en cada instante por la ley de repartición de las velocidades, de Maxwell, de acuerdo con la cual un cuerpo contiene una pequeña cantidad de electrones que se desplazan a gran velocidad, una gran cantidad de electrones que se desplazan a velocidad media y un reducido número que se desplaza a velocidad pequeña. En efecto, si v_0 es la velocidad media, de acuerdo con la ley de probabilidades podemos relacionarla con la velocidad posible v , por la siguiente expresión:

$$P = e \left(\frac{v}{v_0} \right)^2 \dots\dots(1)$$

la que nos muestra que es muy pequeña la probabilidad de que un electrón esté animado de una velocidad v muy superior a la media v_0 .

La energía cinética del movimiento de los electrones determina el estado térmico del metal; esto se expresa con la fórmula

$$\frac{1}{2} m v_0^2 = R T$$

$$\text{donde } R = 1,3 \cdot 10^{-23} \frac{\text{Joule}}{\text{Grado}}$$

es la constante de los gases referida a una molécula y T la temperatura absoluta del metal; con el auxilio de la fórmula anterior podemos calcular la velocidad media v_0 de los electrones en un filamento de tungsteno incandescente ($T = 2300^\circ$)

$$v_0 = 0,27 \cdot 10^8 \text{ cm/seg} = 0,2 \text{ Voltio}^* \dots\dots(2)$$

De acuerdo con este concepto, un aumento de la temperatura del metal no significa otra cosa que un aumento de la velocidad media de los electrones; algunos de éstos, en su movimiento, llegan a la superficie externa del filamento, donde los más son detenidos por las fuerzas moleculares internas;

(*) La explicación de esta transformación puede verse más adelante en: Movimiento de los electrones en el alto vacío: Decir que un electrón está animado de una velocidad equivalente a 1 Volt, significa que para detenerlo habría que aplicarle una contratensión de 1 Volt.

pero algunos electrones, venciendo a las mismas, abandonan el filamento, es decir, salen al exterior; la condición, pues, para que un electrón pueda dejar el filamento, es que su velocidad media sea tal de modo que la energía cinética correspondiente sea superior al llamado trabajo de extracción de los electrones. Para el tungsteno, esta velocidad crítica necesaria para que el electrón pueda abandonar el filamento, es de 4,5 Voltio; la probabilidad de una velocidad tan elevada es

$$P = e^{-\frac{4.5}{0.2}} = e^{-23} = 10^{-10}$$

veces más pequeña que la probabilidad de la velocidad media 0,2 Voltio antes calculada. El número de los electrones que salen no varía, pues, prácticamente, el número de electrones 10^{10} veces mayor que quedan en el filamento.

El proceso de la emisión electrónica como consecuencia de una elevación de la temperatura del filamento es análogo al fenómeno de evaporación de un líquido; en éste, las partículas líquidas, bajo la acción de factores térmicos, dejan la superficie del líquido para formar lo que se llama vapor.

Volviendo a la experiencia realizada por Flemming, resulta que el filamento incandescente emite electrones; y si la placa es positiva, dichos electrones, debido a la existencia de un campo eléctrico entre placa y filamento, se desplazan como cargos negativos libres, hacia la placa, positiva. La batería *Ba* absorbe estos electrones que llegan a la placa, y el circuito se cierra; es decir, que en el circuito de placa, la corriente circula en realidad en sentido contrario de aquel que convencionalmente se ha llamado sentido positivo de la corriente.

La corriente en el interior de la lámpara no puede tener lugar más que en el sentido del filamento a la placa, pues si invertimos la polaridad de ésta, es decir, si la hacemos negativa, la colocamos a un potencial inferior a aquel del filamento; por lo tanto, ella rechazará los electrones emitidos por el filamento y ninguna corriente pasa por el miliamperímetro.

Es de hacer notar que siendo el circuito eléctrico del filamento, en realidad un circuito de electrones, el número de éstos emitidos por el filamento debe ser igual al número de electrones que circulan por el mismo, es decir, igual al número de

electrones cedidos por la batería *Bf*; de lo contrario, en determinados puntos tendríamos una acumulación de electrones, es decir, una carga de intensidad siempre creciente, con el correspondiente aumento de la tensión.

Ley de la emisión electrónica

La analogía entre los fenómenos de la emisión electrónica por los cuerpos incandescente y la vaporización, ha permitido el empleo de las ecuaciones de la termodinámica para representar el proceso de la emisión electrónica; Richardson, Schottky y Laue, han podido de este modo calcular la cantidad de electrones que en un segundo emite un cuerpo incandescente a la temperatura absoluta T ; y como la carga eléctrica de un electrón es perfectamente conocida, se ha podido calcular la intensidad de la corriente electrónica (1), cuya ley de variación está dada por la siguiente ecuación:

$$I_e = AT^2 e^{-\frac{B}{T}} \dots (3)$$

perfectamente de acuerdo con los resultados experimentales. En dicha fórmula significan: I_e , la intensidad de la corriente electrónica en amperio por cada centímetro cuadrado de superficie del filamento incandescente; A es una constante numérica de valor: 60,2 amp|cm² grado², según Dushman (1), y B una constante que depende del material del filamento; en la tabla que sigue, se dan algunos valores de B :

Material	B	Φ (Volt)
Platino 2)	62.700	5,40
Tungsteno 3)	52.600	4,53
Molibdeno 3)	50.000	4,31
Itrio 4)	37.000	3,19
Torio 3)	34.100	2,94
Calcio 3)	26.000	2,24
Cesio 2)	16.000	1,38

(1) A esta corriente electrónica, cuyo valor está dado por la (3), se la llama también corriente de saturación, porque su valor no puede ser sobrepasado. Si todos los electrones emitidos por el filamento a una tem-

El grandor ϕ es el equivalente en voltios al trabajo de extracción de los electrones, diferente para cada substancia y que tiene por expresión

$$\phi = \frac{BR}{e}$$

donde R es la constante de Boltzman e igual a $1,273 \cdot 10^{-16}$ ergio/grado y e la carga eléctrica de un electrón igual a $1,593 \cdot 10^{-19}$ Coulomb.

En la fig. 12 se ha representado gráficamente la variación de la emisión electrónica en función de la temperatura absoluta, para el tungsteno. Ella pone en evidencia que la emisión electrónica recién comienza para una cierta temperatura, aumentando al principio muy lentamente, para después hacerlo en forma rápida según una función aproximadamente exponencial.

Propiedades emisoras de algunas substancias

La fórmula que da la intensidad de la corriente electrónica muestra que para la misma temperatura el valor de I depende de la substancia de que está hecho el filamento. Al principio se usaban únicamente filamentos de tungsteno el cual presenta la gran ventaja de dar una corriente de emisión absolutamente constante; por esta razón se lo emplea todavía en la preparación de filamentos de aquellas lámparas electrónicas utilizadas en mediciones especiales, como también en algunas lámparas transmisoras; el tungsteno, llevado a una alta temperatura, se vaporiza un poco; el producto de esta vaporización forma con el gas residual de las lámparas compuestos químicos bien definidos que se depositan en las paredes de la misma, mejorando notablemente el vacío; el tungsteno tiene además una alta temperatura de fusión (3270° abs.) y una gran resistencia a la ruptura (300 a 420 kg/mm²).

peratura dada son recogidos en el circuito de placa, la corriente que circula por éste es precisamente la corriente de saturación; es lo que supondremos en las consideraciones que se hagan más adelante, hasta tanto no se estudie el problema con mayores detalles.

- (1) S. Dushman: "Phys. Rev.", pág. 156, 1924; pág. 338, 1926.
- (2) S. Dushman: "Trans. Amer. Electrochem.", pág. 125, 1923.
- (3) S. Dushman y J. W. Ewald: "Gen. Elec. Rev.", pág. 154, 1923.
- (4) S. Dushman. "Phys. Rev.", pág. 623, 1923.

Sucede amenudo que el catodo no es homogéneo sino que contiene otra substancia cuyo poder emisor puede ser muy grande: si la substancia se encuentra en la superficie del filamento, le comunica su propiedad. Este hecho notable se ha constatado en filamentos de tungsteno que contenían un pequeño porcentaje de óxido de torio; a una cierta temperatura (unos 1900°) el torio se desplaza hacia la superficie del filamento formando una capa molecular metálica; se obtiene así lo que se llama un

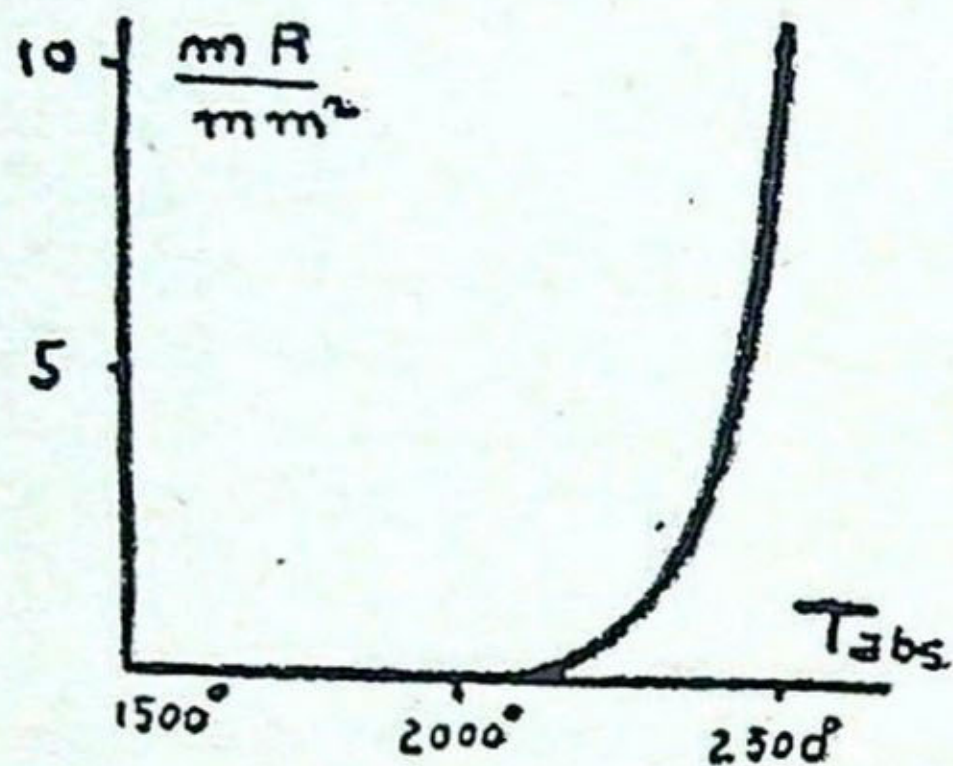


Fig. 12

catodo toriado, con la gran ventaja de producir la misma corriente de emisión que el tungsteno pero a una temperatura mucho más baja; es decir, que el empleo del filamento de torio, significa economía de energía eléctrica en el circuito del filamento. Para una temperatura superior a 2800° la capa molecular de torio se vaporiza y el filamento pierde su gran propiedad emisora; es importante tener en cuenta este fenómeno, pues él puede ser la causa de anomalías aparentes constatadas en el funcionamiento de ciertas lámparas; por un proceso de regeneración es posible, en muchos casos, que el filamento readquiera su capacidad de emisión; esta regeneración del filamento no sería otra cosa que el desplazamiento de nuevos átomos de torio a la superficie del catodo.

Una corriente de emisión mucho mayor aún se ha obtenido con los llamados filamentos oxidados o catodos de Wehnelt, actualmente de uso muy generalizado y que se construyen recubriendo un filamento metálico con una capa de óxido de un metal alcalino-terroso, por ej., bario, estroncio, calcio, etc. Se admite que por descomposición electrolítica se forma en la superficie del catodo metal libre, lo que significa un gran au-

mento de la capacidad emisora, lo mismo que en el catodo de torio, pero con la ventaja, sobre éste, de que el catodo oxidado no es tan sensible a los sobrecalentamientos: como relativamente el óxido existe en gran cantidad, prácticamente hay una reserva inagotable para la formación de nuevo metal en la superficie. en el caso que por una sobre elevación de la temperatura del filamento, se evaporase el primeramente formado. El filamento metálico recubierto por el óxido desempeña en este caso sólo el papel de conductor, de núcleo. Los primeros filamentos oxidados se preparaban recubriendo el alma del filamento con una mezcla del óxido elegido y de un mordiente (parafina o resina) que luego se descomponía calentando el filamento; como la adherencia de la capa de óxido resultaba débil, los filamentos así preparados presentaban poca resistencia a los choques; como consecuencia, las lámparas preparadas con estos catodos resultaron de funcionamiento muy irregular, por las variaciones de la corriente de emisión con el tiempo. Pero, dadas las ventajas de este tipo de filamento, se estudiaron métodos de preparación del mismo que eliminasen este inconveniente. En líneas generales, el procedimiento más usado hoy en día consiste en producir en el tubo vapor del metal con el que se quiere recubrir el filamento-núcleo que se ha colocado ya un poco oxidado y sobre el cual se precipita el vapor metálico; mediante procedimientos térmicos apropiados, se produce la oxidación del vapor metálico depositado y se obtiene el filamento oxidado. Parece que los mejores resultados se obtienen cuando el depósito de óxido se hace sobre un metal capaz de formar aleación con el metal alcalino terroso; a este respecto parece que los metales que más se adaptan para servir de filamento-núcleo son el cobre y el níquel; en este caso, el filamento está formado por un alma de tungsteno revestida de cobre, el cual, una vez oxidado, se lo coloca en la lámpara y se lo somete al tratamiento ya descripto. Algunas veces se agrega estroncio y calcio, a los efectos de obtener una mayor uniformidad en el espesor del revestimiento. Esto es de mucha importancia, puesto que si el revestimiento no tiene espesor uniforme, en los puntos en que éste es menor se verifica una mayor emisión electrónica, produciéndose estrangulamientos en el filamento. Este fenómeno se hace más notable si la tensión de placa es elevada, siendo común a todas las lámparas con filamentos de óxido de

bario: esta es la razón por la cual estas lámparas no se usan como transmisoras.

Los filamentos oxidados tienen, con respecto a los otros, la gran ventaja de proporcionar una corriente electrónica elevada, aun trabajando a una temperatura mucho más baja. En efecto, las temperaturas absolutas T de trabajo de los tres tipos de filamentos indicados y las correspondientes emisiones específicas (corriente de emisión en miliamperio por cada vatio de energía consumido en calentar el filamento) son las siguientes (1):

Filamentos	T	mamp vatio
tungsteno	2500	2 a 6
toriado	1700	30 a 50
oxidado	1000	40 a 120

Se comprende que el equivalente en voltios del trabajo de extracción de electrones debe ser en los filamentos oxidados muy reducido; en efecto, mientras que aquel correspondiente al tungsteno es de 4,53 Volt, el correspondiente a un filamento oxidado de bario es sólo de 1,3 Volt; la probabilidad de esta velocidad es mucho mayor que aquella correspondiente al tungsteno, razón por la cual, para la misma temperatura, el número de electrones que salen por segundo de un filamento oxidado es mucho mayor que el que puede salir de un filamento de tungsteno.

A continuación se tabulan los valores de la corriente de emisión por cada centímetro cuadrado de superficie de filamento y para los siguientes materiales: tungsteno, molibdeno y tantalio, de acuerdo a las mediciones realizadas por Dushman y Ewald (2):

(1) H. Simon: "Einiges ueber Empfingerroehre". Tel. Zeit. Oct. 1927, pág. 38.

(2) S. Dushman y J. W. Ewald: "Gen. El. Rev.", marzo 1923.

Temperatura absoluta	Tungsteno amp/cm ²	Molibdeno amp/cm ²	Tantalio amp/cm ²
1400	5,75 . 10 ⁻⁹	3,63 . 10 ⁻⁸	4,47 . 10 ⁻⁷
1500	7,91 . 10 ⁻⁸	4,57 . 10 ⁻⁷	4,68 . 10 ⁻⁶
1600	8,13 . 10 ⁻⁷	4,17 . 10 ⁻⁶	3,72 . 10 ⁻⁵
1700	6,31 . 10 ⁻⁶	2,95 . 10 ⁻⁵	2,29 . 10 ⁻⁴
1800	3,89 . 10 ⁻⁵	1,70 . 10 ⁻⁴	1,20 . 10 ⁻³
1900	2,14 . 10 ⁻⁴	8,32 . 10 ⁻⁴	5,13 . 10 ⁻²
2000	9,12 . 10 ⁻⁴	8,31 . 10 ⁻³	1,95 . 10 ⁻²
2100	3,55 . 10 ⁻³	1,20 . 10 ⁻²	6,43 . 10 ⁻²
2200	1,17 . 10 ⁻²	3,89 . 10 ⁻²	1,93 . 10 ⁻¹
2300	3,71 . 10 ⁻²	1,15 . 10 ⁻¹	5,28 . 10 ⁻¹
2400	1,05 . 10 ⁻¹	3,09 . 10 ⁻¹	1,34
2500	2,74 . 10 ⁻¹	7,76 . 10 ⁻¹	3,14
2700	6,68 . 10 ⁻¹	—	—
2600	1,52	—	—
2800	3,30	—	—

El movimiento de electrones en el alto vacío

Como se ha dicho, los electrones de todos los átomos son iguales entre sí; ellos poseen siempre una carga negativa y bien determinada:

$$e = 1,593 \cdot 10^{-19} \text{Coulomb}$$

Es decir, que cuando por una sección pasan aproximadamente 10¹⁹ electrones por segundo, dicha sección es atravesada por una corriente de 1 amp.; los electrones forman lo que se llama electricidad pura; no tienen masa material ni química; pero el campo electromagnético por ellos producido obra como si en realidad los electrones poseyesen una masa

$$m = 8,7 \cdot 10^{-28} \text{ gramo}$$

Como se verá más adelante, esta masa no debe considerarse constante, como lo enseña la mecánica clásica; la teoría de la relatividad enseña que la masa del electrón aumenta cuando se

mueve con velocidades que se aproximan a aquella de la luz: $3 \cdot 10^{10}$ cm/seg.

En el vacío, los electrones se mueven libremente, y no actuando sobre ellos fuerzas exteriores, lo hacen con velocidad rectilínea invariable y de acuerdo con las leyes de la inercia. Fuerzas exteriores, como aquellas producidas por campos eléctricos o magnéticos, originan una aceleración del electrón en el sentido de la fuerza, es decir, bien una variación de la velocidad, bien una desviación de la trayectoria rectilínea; el cálculo se hace con el auxilio de las conocidas leyes de la mecánica, de la misma forma como se calcula la trayectoria de una piedra lanzada, bajo la influencia de la fuerza de atracción de la tierra.

Un campo eléctrico de intensidad E origina en el electrón una fuerza mecánica de intensidad.

$$F = E \cdot e$$

que actúa en el sentido de E ; es decir: que la velocidad del electrón en un punto del espacio filamento-placa, será función del potencial eléctrico en dicho punto.

En cambio, un campo magnético de intensidad H no produce ninguna acción sobre un electrón en reposo, pero en cambio obra sobre un electrón en movimiento. Podemos representar un electrón en movimiento por una corriente eléctrica de intensidad.

$$i = ev$$

si e es la carga del electrón y v su velocidad. Como es conocido dicha corriente, bajo la acción de un campo magnético de intensidad H , es desviada en dirección perpendicular al plano Hi por una fuerza.

$$P = i \cdot H \cdot \text{sen } a = e \cdot v \cdot H \cdot \text{sen } a$$

Un campo magnético no produce, pues, ninguna variación de velocidad en el electrón, sino únicamente una curvatura de su trayectoria; él no puede modificar su energía cinética, es decir, no puede ni ceder ni substraer energía a los electrones; esto es evidente, pues si el campo magnético proviene de un imán permanente, por ej. éste podría hacer cumplir al electrón un trabajo permanente, lo que no es posible.

Estos hechos nos permiten enunciar la siguiente conclusión de mucha importancia en el estudio de los tubos electrónicos: La velocidad del electrón en un punto del espacio filamento-placa depende solamente del potencial eléctrico que en él existe; ella es independiente de un posible campo magnético, el cual sólo produce una curvatura de la trayectoria del electrón.

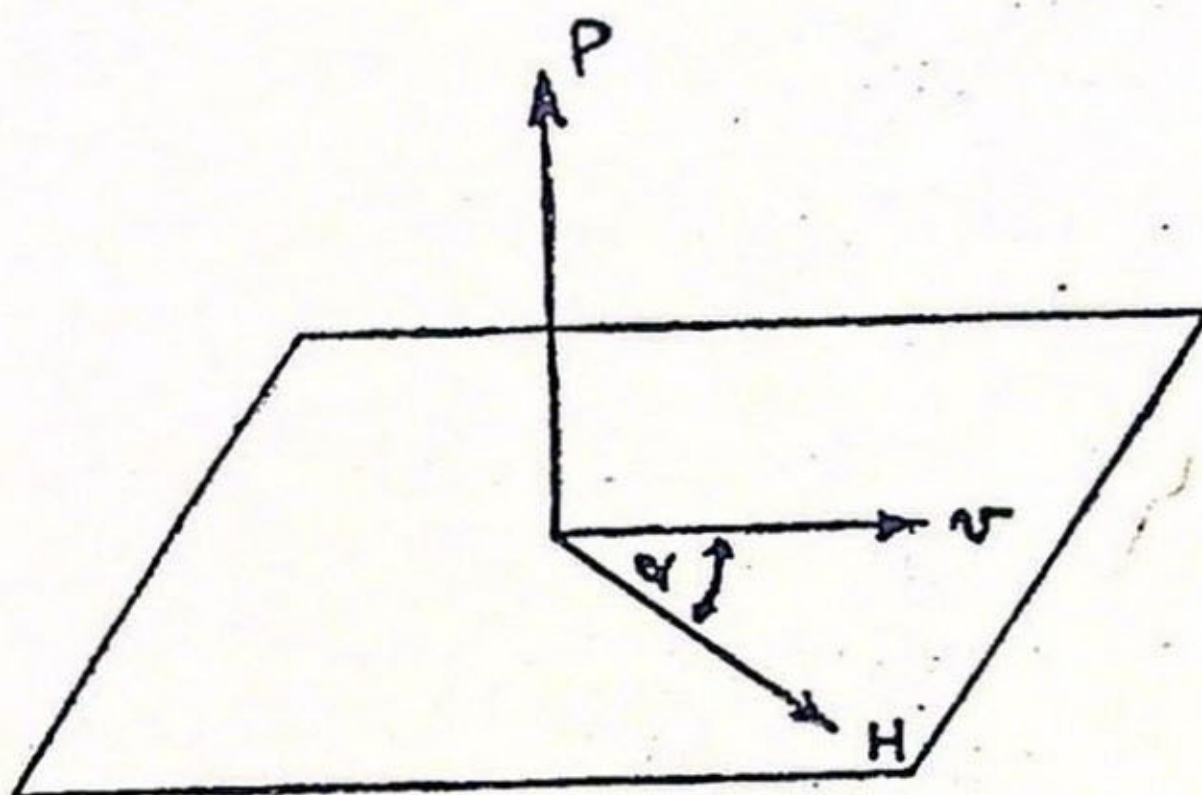


Fig. 13

Si a un electrón primitivamente en reposo se le aplica una diferencia de potencial de E voltio, se le entrega un trabajo $E \cdot e$ que debe ser igual a la energía cinética que el electrón posee al final; es decir:

$$E \cdot e = \frac{1}{2} m V^2$$

de donde calculamos la velocidad que el electrón ha adquirido bajo la influencia del campo E :

$$\sqrt{2 \frac{e}{m} E} = 0,6 \cdot 10^8 \sqrt{E} \text{ cm/seg}$$

Para $E = 100 \text{ V}$ resulta $v = 6 \cdot 10^8 \text{ cm/seg}$.
 para $E = 10000 \text{ V}$ resulta $v = 0,6 \cdot 10^{10} \text{ cm/seg}$.

es decir, un quinto de la velocidad de la luz ($3 \cdot 10^{10} \text{ cm/seg}$). Para tensiones más elevadas, el segundo término de la ecuación anterior no es más válido, pues como se ha hecho notar, la masa m del electrón no es más constante para velocidades v que se aproximan a aquella de la luz. La aplicación de este

hecho la da la teoría de la relatividad, al decir que la masa varía con la velocidad de acuerdo con la siguiente expresión:

$$m = \frac{m_0}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}}$$

en la cual m_0 es la masa de la mecánica clásica y c la velocidad de la luz; resulta claro que, para valores de v no superiores a

$\frac{1}{10}$ o $\frac{2}{10}$ de c , la variación de m es apenas sensible. Para los ra-

yos catódicos de 100000 V, $\frac{v}{c}$ vale 0,627 y la relación $\frac{m}{m_0}$

resulta 1,28, es decir, la masa sufre un aumento sensible. Pero en las lámparas electrónicas comunes el orden de grandor de la velocidad de los electrones es de 10^8 cm|seg. o sea 1000 Km|seg., para la cual la masa permanece prácticamente constante.

Se ha encontrado cómodo expresar la velocidad de los electrones en voltios; dada una velocidad en cm|seg. aquella equivalente en voltios puede deducirse de la fórmula anterior con la que se ha calculado v ; una velocidad expresada en voltios no significa otra cosa que la contra-tensión que sería necesario aplicarle al electrón, para que éste fuese detenido en su movimiento. La expresión de la velocidad en voltios nos permite también calcular cómodamente la potencia cedida por una corriente de electrones cuando éstos chocan con la placa; tal potencia resulta inmediatamente en vatios si la velocidad se expresa en voltios y la cantidad de electrones en amperios.

Esta extraordinaria velocidad con que se mueven los electrones en el vacío justifica la suposición de que las lámparas electrónicas trabajan prácticamente sin inercia; esto quiere decir que el tiempo que tarda el electrón en ir del filamento a la placa, es decir, el tiempo entre el momento en que los electrones abandonan el filamento y aquel en que alcanzan un nuevo estado de equilibrio, es muy pequeño con respecto al período de las oscilaciones rapidísimas que se presentan en la radiotécnica, por ejemplo, de las ondas electromagnéticas cap-

tadas por una antena y que actúan sobre un circuito oscilante donde se encuentra una lámpara electrónica.

Supongamos por ejemplo, que se trate de una lámpara electrónica en la cual la distancia entre placa y filamento sea de 1 cm. y que la velocidad de los electrones alcance a 10^8 cm/seg.; el tiempo que un electrón emplea en recorrer la distancia filamento-placa es:

$$t = \frac{1 \text{ cm.}}{10^8 \text{ cm/seg}} = 10^{-8} \text{ seg.}$$

mientras que el período de una corriente oscilante correspondiente a una longitud de onda λ igual a 300 metros, por ejemplo, es

$$T = \frac{\lambda}{c} = \frac{3 \cdot 10^4 \text{ cm}}{3 \cdot 10^{10} \text{ cm/seg}} = 10^{-6} \text{ seg}$$

es decir, 100 veces menor que t .

Es por esta razón que todas las leyes que se deducen de mediciones realizadas con corriente continua (por ej. teoría de las características de las lámparas electrónicas) pueden generalizarse para las corrientes alternadas de cualquier frecuencia, siempre que no se trate de ondas muy cortas. En efecto, supongamos que λ sea igual a 3 metros; el período en este caso vale:

$$T = \frac{3 \cdot 10^2}{3 \cdot 10^{10}} 10^{-8} \text{ seg}$$

es decir, del mismo orden de grandor que el tiempo t que tarda el electrón en ir del filamento a la placa. Podemos, pues, considerar que para longitudes de onda inferiores a 10 metros, la inercia, es decir, el tiempo para el movimiento de los electrones y la producción de un nuevo estado de equilibrio, se hace sensible y limita de hecho la aplicabilidad de la lámpara electrónica considerada (1).

(1) H. Barkhausen y K. Kurz: "Die kuerzesten, mit Vakuumroehren herstellbaren" Wellen. Phys. Zeitschr. 21, 1 1920.

FOTOQUÍMICA

Por ENRIQUE GAVIOLA

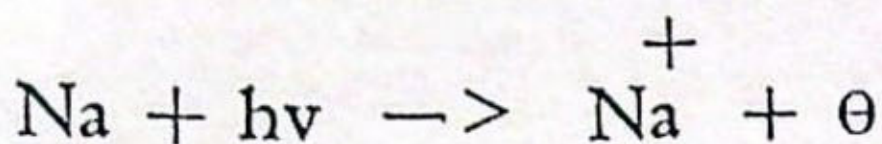
III

LA VIDA DE LOS ESTADOS EXCITADOS Y EL DESTINO DE LA ENERGIA.

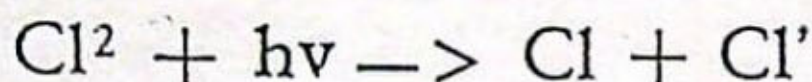
Hemos visto en la clase anterior que, para que se produzca un proceso fotoquímico, es necesario que la luz sea absorbida. El proceso de absorción es cuántico, corpuscular, pues, si no lo fuera, sería imposible explicar la acumulación de la cantidad finita necesaria de energía en un instante y sitio dados.

En muchos casos la absorción es discreta: el espectro de absorción está formado por líneas o por bandas que pueden separarse en líneas. Interpretamos entonces cada línea como la noticia de la transición de un átomo o molécula de un nivel de energía a otro. En otros casos la absorción es continua. Es posible demostrar, en muchos de estos últimos casos, que el resultado del proceso de absorción es o la ionización o la disociación de las moléculas.

Por ejemplo, si se ilumina vapor de Sodio con luz de longitud de onda menor que 2412 unidades Angstrom se observa (por medio de la variación de la conductibilidad) que los átomos han sido ionizados. Podemos escribir:



Iluminando vapor de Cloro, en cambio, con radiaciones de longitudes de onda menores que 4785 Å se observa que se produce disociación de las moléculas, según la reacción siguiente:



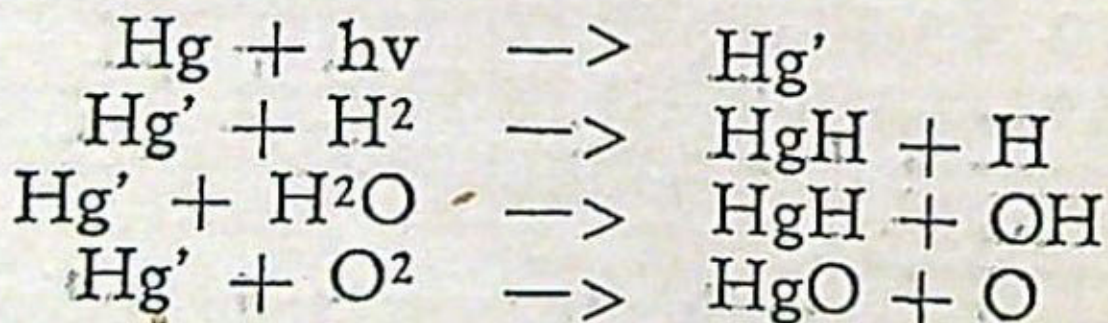
La molécula de Cloro se parte en un átomo normal y en uno excitado, según lo postuló Franck.

En estos casos es posible calcular calores de ionización o de disociación. Así por ejemplo, en el caso del Cloro: La energía de un mol de cuantos de luz de onda 4785 Å es $Nh\nu = 59,4$ Kcal.; la energía que conservan los átomos excitados es $Nh\nu' = 2,5$ Kcal.; el calor de disociación es, pues, igual a $D = 56,9$ Kcal. Las medidas termoquímicas conducen al resultado $D = 57,0$ Kcal.

Para calcular el calor de disociación basta, pues, con determinar el límite de la absorción continua del vapor de Cloro.

En forma análoga se obtienen los calores de disociación del Br^2 , del I^2 y del H^2 .

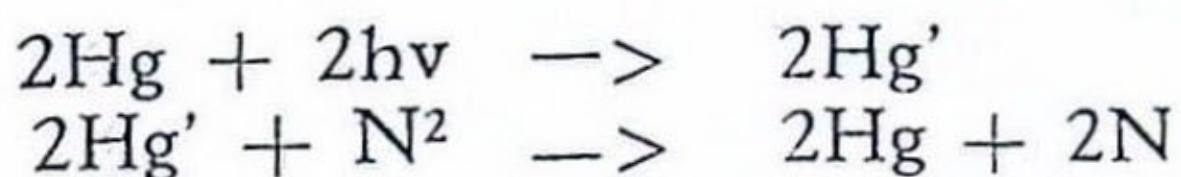
En los casos de absorción discreta, el resultado inmediato del proceso primario es el pasaje de los átomos o moléculas absorbentes de un estado normal a un nivel excitado. Átomos y moléculas excitados poseen propiedades químicas distintas a los normales. Pueden, pues, entrar en reacciones imposibles para los últimos. Por ejemplo: Vapor de mercurio a la temperatura normal no reacciona con H^2 , O^2 ó H^2O . Sin embargo, si se ilumina con la línea de resonancia 2537, que es absorbida por los átomos de mercurio, se observan las reacciones siguientes (1):



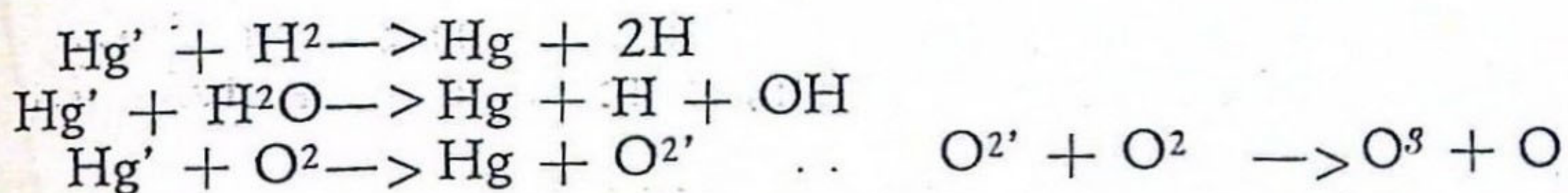
En estos casos el átomo, excitado por la absorción, entra directamente en una reacción química. Hay otros casos, en

(1) E. Gaviola y R. W. Wood, *Phyl. Mag.* 6, P.1191, (1928).

cambio, en los cuales el átomo excitado sirve sólo de agente fotosensibilizador:



Aún en los casos indicados más arriba es muy probable que una parte de los átomos excitados actúen únicamente como sensibilizadores.



En los ejemplos considerados y, en general, en todos los casos de absorción discreta, para que se produzca una reacción química es necesario que la molécula excitada choque con una otra molécula capaz de entrar en reacción con la primera, o de apropiarse de su energía de excitación. La energía de excitación debe subsistir, pues, hasta el momento del choque favorable. Si no subsiste, el proceso químico no es posible. En general, en un caso cualquiera, una parte de las moléculas excitadas vivirá un tiempo suficiente para que en él se produzca un choque favorable, la otra parte perderá su energía antes de ello. Se llama *rendimiento* del proceso fotoquímico a la relación entre el número de transformaciones químicas elementales y el número de moléculas excitadas. Este último es igual al número de cuantos de luz absorbidos. El rendimiento será, pues, en general, menor que la unidad. Sólo en los casos en que el proceso químico primario dá origen a una cadena de reacciones secundarias, el rendimiento puede ser mayor que la unidad.

La *velocidad* de una reacción fotoquímica dada será, pues, proporcional: al número de moléculas excitadas por la absorción de luz; a la duración de la vida media de las mismas; al número de choques de las moléculas excitadas con moléculas capaces de reaccionar con ellas o de tomarles su energía de activación; y, por último, a la eficiencia de tales choques.

Analícemos algunos de estos factores. El número de moléculas excitadas es simplemente igual al número de cuantos de luz absorbidos.

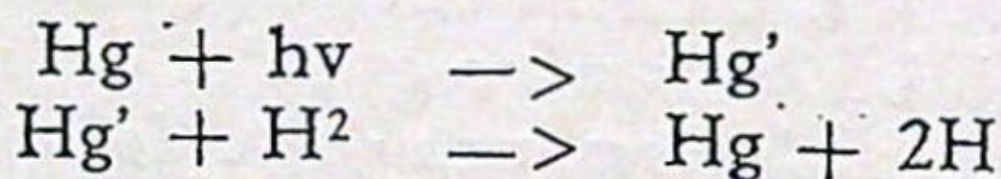
La *vida media* de las moléculas activadas depende de la probabilidad de emisión de luz de parte de las mismas (fluorescencia, resonancia); de la probabilidad de absorción de luz; del número de choques desfavorables que conviertan directa o indirectamente la energía de excitación en energía cinética (choques de 2ª especie con otras moléculas o con las paredes de la vasija) (1).

La *eficiencia* de los choques favorables, por último, depende de la diferencia entre la energía del cuanto absorbido y la empleada en el proceso fotoquímico. Esta diferencia tiene que ser transformada en energía cinética (energía térmica). En general, mientras mayor es ésta, tanto menor es la eficiencia.

Metaestabilidad

Hay algunos casos en los cuales es posible aumentar considerablemente el rendimiento de un proceso fotoquímico dado, por un arbitrio sencillo.

En el caso de la reacción



se observa que la introducción de una pequeña cantidad de Nitrógeno a la vasija que contiene la mezcla de vapor de Mercurio y de Hidrógeno aumenta unas veinte veces el rendimiento del proceso. El Nitrógeno hace, pues, las veces de un *catalizador*.

Este fenómeno se explica por el hecho de que al chocar un átomo de mercurio, excitado por la absorción de la línea de resonancia 2537, con una molécula de Nitrógeno, aquel pasa, en una buena parte de los casos, del nivel de resonancia a un nivel un poco inferior, que se caracteriza por una gran estabilidad.

Los átomos en este nivel *metaestable* son incapaces de emitir luz y son insensibles contra muchos chopos con moléculas extrañas. Por ello la *vida media* de este nivel es muy superior a la del nivel de resonancia. Al aumentar la vida media

(1) E. Gaviola, Phys. Rev. 34, P.1373, (1929).

de los átomos excitados, aumenta la velocidad de reacción y, con ella, el rendimiento del proceso fotoquímico.

El estudio de la fotoquímica permite, pues, no tan sólo la obtención de resultados prácticos, haciendo posible la preparación de productos no obtenibles en otra forma, sino también la comprensión de los procesos elementales de toda reacción química y el cálculo de constantes térmicas, tales como calores de disociación, de ionización y de excitación de las moléculas, de gran importancia tanto para la física como para la química.

PSICOLOGIA DE LA ADOLESCENCIA

Por ANIBAL PONCE

VIII

LA DIALECTICA

El íntimo parentesco etimológico de la dialéctica y del diálogo explica de por sí, sobradamente, la apetencia de los adolescentes por el razonamiento y la disputa. Pensar es siempre, y de algún modo, dialogar. Si la lógica es el arte de la prueba, la prueba exige necesariamente un interlocutor. Enemigo o camarada, para él pensamos y por él discutimos: nos adelantamos a sus réplicas, preveemos sus argumentos, salimos al encuentro de sus objeciones. Pero si el diálogo exige dualidad de voces, las dos voces pueden resonar dentro de la misma conciencia. La vida interior comienza, ya lo sabemos, con la manera sutil y secreta que el hombre inventó para hablarse a sí mismo. (1)

Esa interiorización del diálogo no se realiza sin embargo porque sí. Ventajas evidentes mantuvieron al hombre en esa vía: se prepara una acción tanto mejor cuanto menos sean los ojos curiosos que espían nuestros actos; y si la respuesta

(1) Sobre la importancia psicológica de la discusión, véase Bagehot: *Les lois scientifiques du développement des nations*, p. 171 y sig. En igual sentido: Goblot: *Traité de Logique*, pág. 37.

exige una elaboración delicada o minuciosa, no puede resultar sino provecho para el autor el mantener en un discreto silencio las tentativas y los esbozos, los planes en suspenso y las resoluciones inacabadas.

Dificultades de todo orden plantean al adolescente conflictos frecuentísimos. Para resolverlos debe combinar en su imaginación las situaciones posibles, debe anticipar en su imaginación también, la conducta a venir. La vida equilibrada de los 11 años lo hizo un niño razonable; la vida agitada de los quince años lo ha hecho, en cambio un razonador. Aunque las palabras pueden prestarse a confusiones, mucha es la diferencia entre razonador y razonable. El niño razonable aparece como tal en la puericia, es decir, cuando ha adquirido una personalidad con automatismos bien formados, con respuestas mentales consolidadas; el adolescente razonador, en cambio, se presenta así como una consecuencia de su personalidad que se rehace, con automatismos que se construyen, con respuestas mentales en formación. Razonables, pues, las mentalidades coherentes y unificadas; razonadoras, en cambio, las mentalidades torturadas e inseguras. Los psiquiatras, ¿no han designado alguna vez con el nombre de "delirio metafísico" a esa preocupación angustiosa de los por qué que atormenta el alma de tantos obsesionados? Un afán de verificación, una necesidad de pruebas y de contrapruebas, una preocupación exagerada por los pensamientos y los actos, un estado permanente de interrogación sobre las cosas y sí mismo, dan al adolescente el aspecto taciturno que nos es bien conocido. Mas sobre ese camino del razonamiento y la dialéctica, un gran hallazgo va a premiar en cierto modo tantas ansiedades y tantas dudas. El lenguaje que en un principio se le reveló como un instrumento demasiado grosero para expresar sus emociones, va a ir adquiriendo poco a poco antes sus ojos un sentido que hasta entonces no había sospechado. Lo que el idioma descolorido es incapaz de traducir, la *metáfora* va a intentarlo por medios de expresión exteriores a la palabra misma pero capaces de reproducir el sentimiento en toda su pureza. Y a su vez, la vida intelectual que a los comienzos parecía satisfacerse plenamente con los clichés ya hechos del lenguaje familiar, va a exigir ahora, para alcanzar una más plena posesión de sí misma, la expresión original y el término preciso. Una verdadera fiebre pare-

ce comenzar entonces: el adolescente descubre en las palabras una vida que jamás hubiera sospechado, y adquiere paso a paso la certidumbre íntima de que la precisión del lenguaje mide la precisión de las ideas y de que no hay razonamiento justo ni conclusión legítima sino a condición de dar a cada término un significado rigurosamente definido.

El lenguaje, que fué en sus orígenes una manera de actuar y de ordenar, adquiere en la adolescencia el significado más noble de vehículo propiamente intelectual. Su función práctica y social que la niñez únicamente conocía, va pasando a un plano secundario; mas que para entrar en relaciones con los otros, el lenguaje se le presenta al adolescente como un instrumento maravilloso para el conocimiento de sí mismo. Puesto allí a su alcance y durante mucho tiempo desdeñado, el idioma se refresca y se orea con este nuevo destino que el adolescente le atribuye. Junto a la vida real, y tal vez por encima de ella, el adolescente ha descubierto la teoría. La fisonomía de una palabra, su análisis, su historia, interesan por sí mismas, plantean problemas insospechados, descubren horizontes cada vez más vastos. Balzac ha descrito en la compleja figura de Luis Lambert ese emocionante despertar en un adolescente de la aptitud razonadora. El pasaje es un poco largo pero me parece francamente magistral. "A menudo — decía Luis Lambert hablando de sus lecturas — he realizado viajes deliciosos, embarcado sobre una palabra en los abismos del pasado, como el insecto que flota a capricho del río sobre una brizna de hierba. Partiendo de Grecia, llegaba a Roma y atravesaba después la inmensidad de los siglos. Qué libro extraordinario podría componerse nada más que contando las aventuras y la vida de una sola palabra! . . . La mayor parte de las palabras, ¿no se tiñen acaso con la idea que exteriormente representan? Si es necesaria una gran inteligencia para crear una palabra nueva, ¿qué edad tiene entonces la palabra humana? La agrupación de las letras, sus formas, sus figuras, dibujan exactamente según el carácter de cada pueblo, seres desconocidos cuyo recuerdo está en nosotros. . . . ¿No existe por ejemplo en la palabra "verdad" una especie de rectitud fantástica? ¿no se encuentra en el sonido breve que ella exige una vaga imagen de la casta desnudez, de la simplicidad de la verdad en todo? Esa palabra respira un no se qué de cosa fresca. He tomado por ejemplo la

fórmula de una idea abstracta no queriendo explicar el problema por una palabra que lo hiciera demasiado fácil de comprender, como la palabra "robo" por ejemplo, en la cual todo habla a los sentidos. ¿No ocurre así también con cada verbo? Todos están marcados de un poder viviente que deriva del alma, y que restituyen a su vez por los misterios de una acción maravillosa entre el pensamiento y la palabra. . . . Por su fisonomía las palabras reaniman en nuestro cerebro las criaturas a las cuales sirven de vestido". (2)

Ese original concepto del lenguaje en que nos parece ver al adolescente palpando las ideas como quien tuviera entre sus manos seres vivos; esa manera de romper la corteza de las palabras para asir en lo más hondo la expresión casi carnal de algún concepto; esa manera de inclinarse sobre las ideas para respirarlas voluptuosamente, tienen en el héroe de Balzac la dosis suficiente de sensualidad que no falta jamás en las grandes pasiones. Se dirá quizá por eso, que Luis Lambert es un adolescente de excepción. Nada más equivocado sin embargo: Si de diez mil adolescentes que escriben versos irresistiblemente, sólo uno llega a ser poeta de verdad, eso no quiere decir que la poesía no haya tenido en todos un mismo papel de desahogo: No importa en sí mismo la calidad de los versos para afirmar que la poesía es un momento normal en la evolución de la adolescencia; no importa tampoco hasta dónde cala el razonamiento juvenil para negar por eso su no menos normal propensión a la dialéctica. "Aquel que sabe interrogar y responder — dice Platon en su *Cratilo* — ¿cómo habríamos de llamarlo sino dialéctico?"

En determinado momento de la evolución adolescente, el pensamiento llega a ser toda la vida. Un ejercicio cerebral a menudo sin reposo, una caza desesperada al argumento y al sofisma, una revisión apresurada de teorías y de doctrinas en que los sistemas más extraños y los nombres más dispares se codean, todo eso da una confusa impresión de pensamiento sin duda abigarrado, pero en el que arde una llama que no es posible contemplar sin simpatía. Mas que la opinión ajena, más que el punto de vista del contrincante, más que los hechos que están en la base de la idea, interesa el razonamiento por el

(2) Balzac, *Louis Lambert*, p. 7, editor Flammarion, París.

razonamiento: la fuerte gimnasia de la dialéctica en la cual los demás hombres no tienen a lo sumo más valor que el de la pared sobre la cual se arroja la pelota: un obstáculo que la devuelve y gracias al cual es posible recogerla en la cesta y lanzarla después con nuevo impulso. Las grandes avenidas a través de las cuales se alinean los razonamientos, la malla poderosa que sostiene los conceptos y las causas surgen lentamente a través de la violencia del ejercicio como un mundo nuevo de naturaleza distinta al de la imaginación pero en el cual también es posible refugiarse contra la fealdad y la rutina del mundo del adulto. Una admiración de un orden más severo se añade ahora a las comunes en los adolescentes: más que Napoleón o Rostchild, interesan ahora los pensadores que dramatizan las ideas, los filósofos que dan en fórmulas ordenadas y simples la clave segura de los grandes enigmas.

Después de narrar la escena famosa en que Malebranche al leer por vez primera el *Tratado del Hombre*, de Descartes, sintió una emoción tan honda que los latidos de su corazón le obligaron a interrumpir varias veces la lectura, Fontenelle añade estas palabras de una emoción conmovedora: "La invisible e inútil verdad no está acostumbrada a encontrar tanta sensibilidad entre los hombres". Una época hay, sin embargo, en que esa sensibilidad se estremece al menor contacto de la verdad "inútil e invisible". A esa edad el tumulto del propio cuerpo es todavía tan intenso que no hay aventura por intelectual y fría que parezca que no sacuda al adolescente en sus raíces. Establecer relaciones entre hechos lejanos, o sorprender por el contrario el vínculo secreto que asegura la trabazón de las ideas puede deparar al adolescente que asoma a la vida del pensamiento, regocijos de una vivacidad insospechada. El sentimiento de la propiedad se enriquece con esta adquisición inesperada: cada descubrimiento mental no sólo acrece la idea del propio valor, sino recibe además un sello de pertenencia tan profundo que lo incorpora de hecho al sistema de los razonamientos como un órgano vital que no es posible ni siquiera detener un instante sin comprometer al momento el equilibrio de la máquina. Los adolescentes alardean de tanta intranquencia en sus razonamientos porque su afectividad se entremezcla de tal modo que cada idea lleva consigo un halo de pertenencia intensa. En los procesos de agotamiento que tan bien

ha estudiado Pierre Janet (3), se vé cómo los individuos con sentimiento de vacío presentan al mismo tiempo razonamientos tan decolorados que la personalidad no los reconoce como suyos y debe verificar a cada rato sus títulos de propiedad. Invirtiendo los términos, he ahí lo que ocurre en la adolescencia: cada idea lleva consigo títulos de propiedad tan exigentes que renunciar a una idea muy querida es en la juventud casi una tragedia.

¿Recuerdan ustedes las palabras con qué Anatole France nos cuenta la devoción fervorosa que le inspiraba Taine? "El pensamiento de este poderoso espíritu nos inspiraba hacia 1870 un ardiente entusiasmo, una especie de religión que yo llamaría el culto dinámico de la vida. Lo que él nos traía era el método y la observación, era el hecho y la idea, era la filosofía y la historia: la ciencia, en fin. Su teoría del medio me maravillaba. La idea de que esta teoría podía no ser absolutamente verdadera fué la segunda o tercera decepción de mi vida". (4)

Lo que llevamos dicho sobre el razonamiento y la dialéctica, ¿se aplica indistintamente a los dos sexos? ¿Hay desde el punto de vista del comportamiento intelectual diferencias bien netas y acusadas? Es difícil una respuesta simple. Fuera de los datos no muy seguros de la observación empírica, los trabajos experimentales realizados en esa dirección son por lo común confusos o muy vagos. Uno de los mejores que conozco, el de Miles y Terman (5) sobre la diferencia entre los sexos desde el punto de vista de la asociación de ideas, sin llegar a conclusiones muy originales comprueba sin embargo el aserto vulgar que atribuye al razonamiento masculino un carácter más lógico y al femenino una orientación más práctica. Admitiendo que existan tales diferencias, ¿hasta qué punto se las debe considerar como adquiridas, o en qué medida se las debe suponer determinadas por factores intrínsecos? Es muy difícil resolverlo. Pero cualesquiera que sean sus orígenes — producto de la educación o consecuencia fatal de su naturaleza — las desigualdades entre los sexos durante la adolescencia nos obli-

(3) Janet, *De l'angoisse à l'extase*, passim.

(4) France, M. Taine, en *Le Temps*, 12 mayo de 1913. Análoga actitud con respecto a Darwin en *La Vie Littéraire*, tomo III, p. 56.

(5) Miles, Terman. *Sex difference in the association of ideas*, en *American Journal of Psychology*, tomo XLI, 2, año 1929.

gan a detenernos siquiera fuera un instante sobre el matiz peculiar a cada uno.

Conocen ustedes quizá la clasificación de Elsa Croner sobre los cinco tipos esenciales de la adolescencia femenina: El tipo maternal, con una inclinación muy precoz hacia los niños y con una tendencia muy viva a no manifestar su actividad sino exclusivamente cuando la mueve un sentimiento; el tipo erótico, en el cual predominan las preocupaciones sexuales y la coquetería; el tipo romántico que vive en el ensueño y en una casi continua exaltación afectiva; el tipo vulgar preocupado únicamente por las cosas que están siempre a rás de tierra; y el tipo intelectual en fin, con predominio de los intereses científicos y abstractos. Transportando esta clasificación al estudio de 188 alumnas de algunos cursos complementarios de Alemania, Weigl ha llegado a la conclusión de que después de eliminar los tipos mixtos y algunos otros de interpretación difícil se podía afirmar que el 25 % pertenecía al tipo maternal; el 7 % al tipo erótico; el 6 % al romántico y al vulgar; y únicamente el 1 % al tipo intelectual. (6).

Cualquiera que sea el valor que se atribuyan a esas cifras, y es evidente que serían un poco desiguales según la clase de estudios que han escogido previamente las alumnas; no es menos cierto que salta a los ojos la desproporción entre el tipo intelectual y los restantes. La estadística de Weigl, sin embargo, no nos interesa sino de un modo indirecto. Lo que a nosotros nos preocupa es saber hasta dónde y de qué modo la aptitud razonadora presenta caracteres diferenciales en los adolescentes de ambos sexos. Porque decir simplemente que el tipo intelectual es mucho menos frecuente entre las mujeres, autorizaría a deducir a lo sumo, que son en ellas mucho menos acentuadas las inquietudes científicas y abstractas, pero no sería legítimo generalizar en exceso y afirmar por ejemplo, su menor capacidad para la dialéctica y el razonamiento.

Lo que distingue esencialmente a uno y otro sexo es mucho más la orientación del razonamiento que la manera misma de razonar. Se dice por ejemplo, que el razonamiento de los adolescentes es de carácter discursivo, es decir, analítico,

(6) Weigl, *Zur seelischen Differenzierung funfzehn bis schezehnjähriger Fortbildungsschülerinnen*, en *Zeitschrift für pädagogische Psychologie*, XXX, 7-8, p. 336-347, año 1929.

mientras que en las adolescentes habría una cierta repugnancia por esa manera de fragmentar un pensamiento vivo en una serie de trozos separados. De donde resultaría que si la necesidad de controversia prima en los varones, la plasticidad intelectual sería el rasgo típico de las mujeres, entendiendo por plasticidad una manera pasiva de aceptar los conocimientos que se les inculcan sin repensarlos en función de su personalidad, sin criticarlos y desmenuzarlos antes de darles la adhesión de la creencia. Mejores estudiantes que los adolescentes, las mujeres mantendrían las adquisiciones escolares casi en el mismo estado en el cual las escucharon del maestro, con palabras casi siempre idénticas, con ejemplos casi siempre iguales. En vez de refundirlas como ocurre en los adolescentes razonadores, las adolescentes se comportarían con la docilidad de los niños razonables: preocupadas por no perder un detalle en las lecciones, como si el detalle que puede servir de indicio de una fidelidad completamente subalterna pudiera adquirir un significado mucho más esencial que el de la idea que lo organiza y le dá vida.

Es fácil reconocer que hay en todo esto una buena parte de verdad, pero me parece un poco peligroso extraer conclusiones definitivas de algunos hechos a los cuales las adolescentes no atribuyen más que una importancia secundaria. Salvo contadas excepciones, la vida intelectual no ofrece para las adolescentes el interés a menudo dramático que presenta para los adolescentes. Dada nuestra actual organización social es excepcional la adolescente que llega a ver en el estudio el natural objeto de su vida. Aun las más estudiosas saben que vendrá en breve algo muy distinto que las llevará muy lejos, y a sabiendas o no aceptan las tareas escolares, en el mejor de los casos, como un deber que hay que cumplir a cierta edad y del cual se recibe en beneficio un matiz de cultura que hasta puede servir alguna vez. . . . En esas condiciones ¿con qué derecho habríamos de esperar en las adolescentes esa apasionada curiosidad de los varones, con el hervor de razonamiento que va implícito, si la adolescente adivina obscuramente que está cumpliendo una tarea que sólo muy indirectamente le concierne? Prefiero por eso recurrir a documentos de otro orden, a los testimonios por ejemplo, que brotan espontáneamente en la vida familiar, a los que surgen lejos del aula y del maestro, sin la preocupa-

ción siempre deformante del examen a rendir o de la clasificación a conquistar. En un pasaje interesante de la *Carta a sor Filotea*, Juana Inés de la Cruz nos ha contado cómo el ejercicio del razonamiento llegó en su adolescencia a convertirse casi en obsesión. Las cosas más menudas y materiales movíanle a razonar y a deducir; de tal manera — añade — que de las mismas personas con quienes hablaba y de lo que me decían me estaban resaltando mil consideraciones: ¿de dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban? Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas y midiéndola con el entendimiento, y reduciéndola a otras diferentes. Paseábame algunas veces en el testero de un dormitorio nuestro (que es pieza muy capaz) y estaba observando que siendo las líneas de sus lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra, y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo; de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas sino que van a formar una figura piramidal. Y discurría si era la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o nó. Porque aunque lo parece, podía ser engaño de la vista demostrando concavidades donde pudiera no haberlas". Por la marcha del razonamiento y por su carácter francamente abstracto, en nada difieren estas argumentaciones de Sor Juana de las curiosidades lógicas de un adolescente. Pero para el ambiente de la época, que no ha desaparecido totalmente, el libro en manos femeninas era cosa de Inquisición, y pocas líneas más abajo, la misma adolescente que acaba de mostrarnos un ejemplo tan vigoroso de análisis mental, añade poco después estas líneas sugestivas: ¿"qué os pudiera contar, señora, de los acontecimientos naturales que he descubierto estando guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite; y, por contrario, se despedaza en el almíbar; veo que para que el azúcar se conserve fluída basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria . . . Pero señora ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupercio Leonardo que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito".

Comparando los dos trozos de la carta que acabo de leerles, ¿no parece como si tuviéramos delante de los ojos los motivos verdaderos que dan al razonamiento femenino un aspecto tan distinto al del varón? En la adolescente que se preocupa del concepto del mundo que tuvieron los antiguos nada más que por haber descubierto en un testero la aparente convergencia de sus líneas, ¿no está ya, acaso, en germen, la plenitud del razonamiento masculino, que la presión del medio habrá de convertir más tarde en *filosofías de cocina*? Lo que constituye la característica del razonamiento en las adolescentes, y que más tarde habrá de prolongarse en la madurez, ¿no será esa misma resignación a un destino más humilde, impuesto por los prejuicios del ambiente y que la obligan a constreñir el desarrollo de aptitudes que en otras circunstancias alcanzarían quizá su desarrollo pleno? (7).

En el momento actual el problema no tiene solución. El sistema de igualdad entre los sexos que lentamente va imponiéndose en el mundo, al dar a la mujer la posibilidad de un desarrollo íntegro permitirá decir hasta dónde y en qué medida sus diferencias con el hombre obedecen a causas naturales o a la larga esclavitud que ha soportado. Tal como los hechos se presentan ante nuestros ojos, la dialéctica es sobre todo gimnasia predilecta de los adolescentes. Para ellos no sólo la inquietud por los problemas más altos, sino el orgullo y la petulancia que derivan de la plena conciencia de haber adquirido con el razonamiento una llave capaz de abrirles por igual todas las puertas. Orgullo y petulancia tales que podría decirse de todos los adolescentes aquellas palabras que Dostoiewski ha escrito a propósito de los adolescentes de su patria: Si le muestra usted a un estudiante ruso un mapa del cielo que ve por vez primera, no dude usted que se lo devolverá al día siguiente, corregido..

(7) Ver Bertrand Russell, *Vieja y nueva moral sexual* p. 267, e *Ingenieros, Obras Completas*, tomo III, p. 253.

Análisis de Libros y Revistas

HAROLD HOFFDING, Rousseau. Traducción del alemán por Fernando Vela. Un volumen (125x190 mms.) 187 páginas. Edición de la Revista de Occidente. Madrid, 1932.

Harold Hoffding estudia con ecuanimidad la vida y la obra del ciudadano de Ginebra. En un periódico hallado casualmente junto al camino, leyó Rousseau la noticia del premio ofrecido por la Academia de Dijón a una memoria que contestase a la pregunta de si el progreso de las ciencias y las artes había contribuido a mejorar o purificar las costumbres. La pregunta impresionó al caminante y despertó en su interior mil pensamientos dormidos. Sintió que se transformaba en otro hombre; tendido bajo un árbol, escribió una parte de la memoria que envió después a la Academia.

Así, de pronto, se enfrentó Rousseau con su problema: la contradicción entre el estado de sociedad y la cultura de un lado y la naturaleza del hombre, con sus impulsos y facultades del otro.

Los conceptos básicos de la obra de Rousseau tienen gran analogía con su vida, su carácter, su personalidad; ello se patentiza en la persistencia con que volvía a trabajar, en cada libro, esos conceptos fundamentales que desarrolló paulatinamente desde la memoria a la Academia de Dijón hasta el Emilio, precisándolos y limitándolos paulatinamente, pero conservando en los motivos y proporciones de su protesta el germen que pronto fructificaría, de una cultura nueva.

El ataque a la cultura, al arte y la literatura de su tiempo fué explicado más tarde por Rousseau: la época era abundante en "beaux-esprits" pero carentes de genios; sólo actuaban los epígonos, las fuerzas de segunda mano. Allí donde el trabajo es original, Rousseau no tiene más que admiración para él, pero, justamente, lo que echaba de menos en la cultura de su tiempo era originalidad, fuerza y frescura natural. Quejábase, además, de que el arte y la ciencia estuvieran fuera de la vida; no se crearía nada grande en tanto que fuerza e inteligencia fueran cosas distintas. La cultura se había alejado de la vida del pueblo y mientras persistiera esta situación, el pueblo sería miserable, corrompido y desdichado. Oponíase así a Voltaire y los enciclopedistas, satisfechos de la ilustración y quienes, mientras la "bonne compagnie" participó de ella, no se preocuparon de averiguar cómo andaban las cosas en los otros estratos sociales.

Su famosa ruptura con los enciclopedistas tuvo lugar en 1754. Hay que buscar las causas de esta ruptura más allá de los motivos circunstanciales, en la incompatibilidad del carácter de Rousseau con los de sus antiguos amigos, Diderot, Holbach, Grimm, pero principalmente en la

diversidad de direcciones espirituales. Rousseau afirmaba el derecho del instinto, de la ingenuidad, del sentimiento y del genio, frente a toda manera de conducir la vida por reflexión, arte, cálculo. Su protesta contra la cultura parte esencialmente de su opinión de que esta debilita la vida, porque divide la fuerza. Al concepto preferido de su tiempo, al "bel-esprit", contraponen el de "belle-âme". El alma bella, a diferencia del "bel-esprit", no se deja sorprender por ideas interesantes y picantes sino que es entusiasta, franca y leal, deja decidir al corazón y es guiada por este con más seguridad que por la razón.

Bajo todas las formas, Rousseau lucha siempre por la fuerza simple e indivisa de la vida. Si ha de escogerse entre fuerza e ilustración, Rousseau se decide por la fuerza vital aunque pudiera ser explotada por la ceguera y el fanatismo. Oponía el fanatismo al "esprit philosophique". El fanatismo, ha dicho en el Emilio, por cruel y sangriento que sea, es una grande pasión que exalta el corazón del hombre, le hace despreciar la muerte, le presta una fuerza maravillosa y sólo necesita ser guiado en mejor dirección para producir las mayores virtudes.

La idea fundamental de la obra de Rousseau: contraposición entre lo inmediato, original, total, libre y sencillo, de un lado y lo deducido, parcial, dependiente y complejo del otro, es en suma la contraposición entre lo absoluto y lo relativo que en Rousseau toma la forma de contraposición entre naturaleza y cultura.

Llegó al concepto de naturaleza por tres caminos distintos. En efecto procede en parte de la teología, al apelar a la sencillez y armonía de la obra primitiva de Dios, en contraste con la degradación que produce el hombre con sus muchos artificios. Deriva también de la historia natural, al querer prescindir de los aderezos supernaturales y de la mejora artificial. Deriva, por otra parte, de la observación de sí mismo y de sumirse en las percepciones de la vida espontánea del alma humana para encontrar, por este camino, las fuerzas e impulsos fundamentales del hombre.

Pero Rousseau, afirmando que la perfección y el progreso son las fuentes de toda infelicidad, no quiere retroceso alguno y concede que la cultura es, por lo menos, importante como medio para impedir cosas peores. Solamente exige que la cultura no se acelere. Así, habla de la "bonne culture" correspondiente a un desarrollo natural interno. Cuando una cultura se corresponde exactamente con las condiciones de la vida; cuando promueve el desarrollo de las facultades de tal suerte que la fuerza integral de la vida no sufra por ello, entonces la cultura es natural.

En cuanto al problema religioso, Rousseau traslada el centro del mismo desde lo objetivo a lo subjetivo, desde la consideración del mundo al impulso de la vida personal. De esta suerte ha abierto el camino a una investigación más libre, más despreocupada, de la significación de la religión, de lo que era posible hasta entonces. El sentimiento religioso nace, según Rousseau, del impulso de afirmar y desarrollar el propio ser. Cuando llega este impulso a su culminación tiene una fuerza desbordante que rebasa los límites del mundo finito. La religión es una expresión del sentimiento y de la fuerza interiores, una expresión de la alegría agradecida

acerca de la vida y la naturaleza. El impulso religioso nace de respirar, por fin, con completa libertad, cosa que no se puede hacer cuando nos sentimos rodeados de objetos finitos. En el estado religioso quedan derogadas las relaciones. En su cima, el sentimiento religioso se contrapone al conocimiento, puesto que no hay manera de expresar su objeto con ninguna representación ni con ningún conocimiento.

Por lo que se refiere al problema político-social, Rousseau expresa en el "Discours sur l'inegalité", que la falta de libertad política y de felicidad social, son consecuencias de la pérdida del estado de naturaleza. En sus obras posteriores acomete el problema de manera más positiva. Distingue, como algunos anteriores maestros en derecho natural, entre la forma del Estado y la forma del gobierno. La forma del Estado no es más que una, porque la soberanía siempre debe residir en el pueblo que nunca muere, en tanto que las formas de gobierno cambian. Los grandes legisladores, como Licurgo y Mahoma, fueron hombres que, con la previsión propia de los genios, supieron encontrar las instituciones más adecuadas para sostener y desarrollar la vida de sus pueblos. Fueron los órganos de la voluntad general. Se podría creer que Rousseau veía en la democracia la mejor forma de gobierno; sin embargo, la consideraba imposible, porque el pueblo no puede reunirse continuamente. A su juicio, la mejor forma de gobierno es una aristocracia, aunque la rechace si quiere significar que la soberanía está en manos de unos pocos. Los que ejercitan el poder deben convencerse de su acuerdo con la voluntad general cuyo órgano el gobierno ha de ser, organizando reuniones del pueblo en que entren todos los ciudadanos. Solamente por las elecciones en comicios libres puede saberse en qué dirección se mueve la voluntad popular. En ellos el pueblo, como soberano, se da leyes a sí mismo en calidad de súbdito. Porque el pueblo reunido no ha de arrogarse el poder ejecutivo, el cual siempre tiene que estar en pocas manos.

El Estado no debe ser muy grande para que no se produzcan malas inteligencias entre el soberano y los que ejercitan el poder. Este es uno de los rasgos más característicos de la teoría del Estado de Rousseau y a él vuelve una y otra vez. A su juicio, existe siempre una proporción inversa entre la libertad de que se disfruta en un país y la magnitud de éste. No solamente la libertad es suma en los países pequeños; también se manifiesta más agudamente el sentimiento de la nacionalidad que es, a su vez, fuente de las más altas virtudes. En general, la simpatía y el amor al prójimo prosperan en mayor grado en las sociedades reducidas. La familia es algo así como una pequeña patria, la única sociedad natural y la sociedad más antigua.

En sus teorías políticas, Rousseau piensa siempre en sus modelos: Esparta, Roma antigua y Ginebra. En estas ciudades, el pueblo podía controlar la conducta de los que ejercen el poder y no era necesaria una representación. A sus ojos, la representación es un absurdo: la soberanía no puede ser enajenada. El pueblo abdica en cuanto elige representantes y sólo es libre en el momento de la elección. El único camino que indica

para cohonestar la libertad y la amplitud es una confederación o unión de muchos pequeños Estados.

No sólo piensa Rousseau con predilección en los Estados pequeños, también piensa preferentemente en Estados sin división del trabajo y sin riqueza y lujo, que son causa de aquella. El estado más feliz es, en su opinión, el equidistante entre la pereza del "estado de naturaleza" y la desasosegada actividad de la civilización moderna. Se preocupaba, sobre todo, que la hipercultura no se extendiera desde las grandes ciudades a las pequeñas y que las ciudades no crecieran incesantemente por la afluencia de los campesinos, pués "c'est la campagne qui fait la nation!".

Se ha considerado a Rousseau como precursor del socialismo. Fué, ciertamente, el primero que demostró que existe una cuestión social y evidenció los lados sombríos de la división del trabajo, ciegamente admirada por los economistas. Pero no es socialista en el sentido de que quiera suprimir la propiedad privada como medio de producción. El ideal era para él una sociedad de artesanos y paisanos bien acomodados. Rousseau es el profeta de la clase media. Para él, la cuestión social todavía no tenía el carácter determinado de una cuestión obrera, que ha adquirido en el siglo XIX. Sin embargo, ya preparaba este viraje al mostrar que la división del trabajo trae consigo la desmembración y truncamiento de la personalidad y la dependencia de los demás.

Rousseau fué, asimismo, el órgano más importante del creciente interés por la pedagogía, que se patentiza en el siglo XVIII. La doctrina pedagógica de Rousseau tiende, ante todo, a dejar margen al desarrollo inmediato y espontáneo, por si mismo, y a asegurar a lo natural su derecho, apartando todos los obstáculos y todas las causas de degeneración. La educación no puede crear de la nada y sólo puede desarrollar las predisposiciones del niño. La parte negativa, defensiva, preventiva, de la educación es para Rousseau la más importante, como la higiene era para él la parte más importante de la medicina. "Negativa, — escribe — llamó a aquella educación que aspira a perfeccionar el órgano del conocimiento antes de darnos el conocimiento mismo y que prepara la razón por el ejercicio de los sentidos". El niño debe ante todo, vivir, aprender a sentir la vida". La idea de la educación negativa señala un viraje radical respecto a los principios que regían la pedagogía anterior.

Durante toda su vida, Rousseau fué un mártir de las contradicciones de su propia naturaleza y de la contraposición entre sus ideas y el orden existente. Pero precisamente a causa de estos intensos contrastes interiores y exteriores, aquello que para él era más alto irradiaba a sus ojos con más fulgor y también por virtud de la ley de los contrastes, sintió en sus mejores momentos un entusiasmo y una felicidad que pocos hombres han compartido. Sus ideas poseían, aún allí donde se quedaban cortas, una fuerza interior que las posibilitó para proyectarse largamente en el futuro. — *Rafael Rio.*

Noticias y Comentarios

Prof. LUCAS KRAGLIEVICH

El 13 del corriente, a la temprana edad de 45 años, falleció en el Hospital Rawson el eminente paleontólogo argentino profesor Lucas Kraglievich. La ciencia paleontológica argentina, que tuviera su genial propulsor en Ameghino, acaba de sufrir tan rudo golpe con esa prematura desaparición, que dudamos se haya comprendido en el presente, exactamente, el positivo valer de esta vida consagrada al estudio, en todo cuanto ella significa, por el aporte de nuevos conocimientos al progreso de la ciencia y por el alto ejemplo que nos brinda de supremo sacrificio personal.

No todos los días, en estos tiempos que corren, nacen hombres que con una profunda inteligencia de las tareas cumplidas por otros investigadores, con alto espíritu de justicia, teniendo conciencia plena de una posible superación por haber alcanzado el "orden lúcido", están dispuestos también al máximo sacrificio personal, desdeñando otra nutrición generosa, que no sea la del conocimiento: la verdadera esencia de los hechos comprendidos y de los resultados debidamente ordenados. La vida de Kraglievich es, científicamente, la continuación de la vida de Ameghino, por el número y calidad de sus publicaciones, munida de la gran experiencia técnica del sabio y aquilatada, aún más, con la enunciación de nuevos aspectos filosóficos.

Las investigaciones de Kraglievich — dijo el Prof. Rodolfo Senet — han enriquecido nuestra fauna mamalógica extinguida con 50 géneros nuevos y con 100 especies nuevas y sus trabajos son, ya simplemente descriptivos, monográficos o filosóficos. En el centenar de publicaciones que comprende su producción científica se ponen de relieve sus excepcionales condiciones de observador. La simple descripción fué para Kraglievich únicamente un camino, un medio; sabía bien nuestro estudioso que ella no presta ciencia, aún cuando a ella conduce. De la descripción pasa, mediante la adquisición de aquel "orden lúcido", a la relación filogenética. Comprendía y ordenaba; sabía honda y definitivamente, como dice el filósofo d'Ors. Alcanza así la síntesis a ser la superación de su labor analítica y "persigue la inducción de las leyes generales de la evolución paleontológica". Sus trabajos han sido publicados principalmente en los "Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires", en la "Revista del Museo de La Plata", en "Physis", en la "Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología" de Montevideo, etc. Escribió principalmente sobre los cánidos sudamericanos, sobre los artoterios, sobre los roedores terciarios de Paraná y sobre diversos mamíferos neoterciarios del territorio argentino.

Lucas Kraglievich era argentino, de madre argentina y de padre austriaco. Había nacido en la provincia de Buenos Aires, en el partido de Balcarce, en el año 1887. Cursó estudios de ingeniería mecánica en la Facultad de Ciencias E. F. y Naturales de Buenos Aires y le faltaba tan solo una materia para obtener su diploma. Fué su profunda vocación por la paleontología la obsesión que le impidió graduarse. Realizó un viaje de estudio a la Patagonia, por el territorio del Chubut y región norte de Santa Cruz, y luego entró al Museo de H. N. de Buenos Aires, en carácter de adscripto honorario, donde recibió el alto ejemplo de labor y de sacrificio de los hermanos Ameghino. Kraglievich no sólo comprendió y admiró la obra de los hermanos Ameghino; también el ejemplo de sus vidas fué la razón de su sublime dedicación a la ciencia. En esa institución fué jefe interino de la sección de Paleontología durante la enfermedad de Carlos Ameghino. Su deseo de continuar en ese museo la obra de sus antecesores se pone de relieve al rechazar el justiciero ofrecimiento del doctor Luis M. Torres, de la jefatura de la sección similar del Museo de La Plata. Prefirió Kraglievich continuar con su modestísimo sueldo en el Museo de H. N. de Buenos Aires, con la esperanza de ser más tarde el sucesor de sus grandes maestros y emuladores; y aún así, la remuneración material siempre habría de estar en apreciable diferencia con la asignación del cargo ofrecido en el Museo de La Plata. Mas, circunstancias que sería doloroso recordar, hicieron que Kraglievich no pudiera ocupar el cargo de jefe de sección de Paleontología en el Museo de Buenos Aires. Llegan los días de la revolución de setiembre y a raíz de un decreto dado por el Gobierno Provisional, que alcanza a Kraglievich en sus más nobles sentimientos, se le vé exilarse voluntariamente siendo recogido por el Uruguay que le destina a prestar servicios en la sección similar del Museo de Historia Natural de Montevideo. Este forzado alejamiento le impidió dictar en el Colegio Libre de Estudios Superiores su curso sobre mamíferos y aves fósiles de la República Argentina.

La labor que realizó Kraglievich en estos últimos tiempos en Montevideo fué valiosa. Entre otras obras escribe: "Breves diagnosis de nuevos géneros y especies de roedores cánidos y eumegámidos fósiles de la Argentina; se ocupa de los roedores Neopiblemidae y trabaja igualmente en la confección de un Manual de Paleontología rioplatense. Los crudos sinsabores de estos últimos años habían debilitado enormemente el físico de Kraglievich. Cae, así, herido de muerte en tierra hermana y apenas unos pocos días antes de su fallecimiento alcanzan sus parientes y amigos a repatriarlo. Fueron también muy crueles sus últimos momentos, privado por razones pecuniarias de los cuidados más elementales a que tenía derecho, ya que todo lo había entregado y sacrificado para aumentar el acervo científico de su patria. A no dudarlo, la temprana edad en que desaparece este sabio autoriza a decir que si las circunstancias y su salud le hubieran sido favorables, la personalidad de Kraglievich se habría diseñado con contornos más precisos que la de nuestro sabio Ameghino en el concierto de la ciencia mundial. — Héctor Greslebin.

CONMEMORACION DEL CENTENARIO DE GOETHE EN LA SOCIEDAD KANTIANA

La Sociedad Kantiana de Buenos Aires — institución de filosofía adherida a la Kant-Gesellschaft, la prestigiosa organización filosófica mundial con sede en Berlín — conmemora actualmente el centenario de la muerte de Goethe, cumplido el 22 de marzo de este año, asociándose así al homenaje que rinde al gran poeta todo el mundo civilizado. La conmemoración — como la del centenario de Hegel, que celebró el año pasado — consiste en una serie de conferencias públicas.

El programa del ciclo de conferencias es el siguiente:

22 de marzo: "La Filosofía de Goethe". A cargo de Alejandro Korn.
4 de abril: "La Visión de la Vida en Goethe". A cargo de Francisco Romero.
18 de abril: "Goethe y Eckermann". A cargo de A. Sánchez Reulet.
2 de mayo: "El Mundo estético de Goethe". A cargo de Luis J. Guerrero.
16 de mayo: "Sentido educativo y contenido pedagógico de la obra de Goethe". A cargo de Juan Mantovani.
30 de mayo: "Goethe y las disciplinas científicas". A cargo de A. Luetge.

El local y la hora se anuncia oportunamente por los diarios.

EDITORIAL "C. L. E. S."

Con modestia, pero plenamente segura de sí misma, la editorial del Colegio Libre continúa su labor.

En noviembre del año pasado, y como un homenaje a la memoria de uno de sus fundadores, el Colegio lanzó al público los "Ensayos de Filosofía Biológica" de Narciso C. Laclau. Obra densa y erudita en que sobrevivirá lo mejor de su alto espíritu. Y poco tiempo después, dos nuevos volúmenes se incorporan a nuestra biblioteca: "La constitución de los polisacáridos" de Venancio Deulofeu y "Arqueología y Estética de la Arquitectura Criolla" de Angel Guido. Con "Problemas de Psicología Infantil" de Aníbal Ponce, que inauguró la serie, cuatro son ya los libros editados por nosotros.

"La constitución de los polisacáridos" de Venancio Deulofeu es una apretada monografía sobre un tema difícil de la química orgánica que el estudioso hombre de ciencia ha abordado con maestría.

"Arqueología y estética de la arquitectura criolla" de Angel Guido constituye a su vez un ensayo hondo y elegante sobre un tema que nos interesa muy de cerca. El señor Guido, que ha merecido recientemente una de las becas de la Dotación Gughenheim, continúa en ese ensayo sus minuciosas investigaciones de artista, historiador y esteta.

La influencia cultural del Colegio Libre se va ensanchando así con estas ediciones. Aunque la época es difícil y carecemos en absoluto de apoyo oficial, afianzamos nuestra confianza en el éxito futuro con sucesivas demostraciones de nuestro optimismo.

La modestia editorial que hemos echado a vivir, ¿se convertirá con los años en una empresa poderosa, intérprete y apoyo del Colegio Libre? ¿Comprenderá el público lo noble del propósito y lo desinteresado del esfuerzo? Queremos creer que sí.

INAUGURACION DE LOS CURSOS DEL COLEGIO

El 9 de mayo a las 19 horas se iniciarán los cursos del Colegio Libre con el del profesor Enrique Gaviola sobre "La naturaleza de la luz", "El Dualismo en la física y la ley de causa y efecto", quien disertará en su primer clase sobre "Desarrollo histórico de las teorías sobre la luz, desde Newton hasta Hertz."

La nómina de los cursos comprometidos y aceptados hasta la fecha son los siguientes:

ASTRONOMIA.—*Numa Tapia*: Capítulos escogidos sobre el sol.

BIOLOGIA Y BIO-QUIMICA.—*Cosme Lazzaro*: Matemática aplicada a las ciencias biológicas. — *Alfredo Sorde-lli*: Antígenos complejos. — *Raúl Wernicke*: Vida y radiaciones.

ECONOMIA - FINANZAS. —

Raúl Prebisch: Los ciclos económicos en la Argentina. — *Nicolás Repetto*: Problemas agrarios argentinos. — *Jorge Robirosa*: Algunos conceptos determinantes de la organización económica y financiera de los E. U. de N. A. — *Alejandro E. Shaw*: Normas impositivas para la República Argentina.

FILOLOGIA. — *Amado Alonso*: Clases de palabras y categorías gramaticales.

FILOSOFIA. — *Butty Enrique*: El tiempo de Einstein y el tiempo de Bergson. — *Luis J. Guerrero*: Formación de la estética moderna. — *Francisco Romero*: El problema de los valores en la filosofía contemporánea. — *Angel Vassallo*: Nuevos prolegómenos a la metafísica.

FISICA - QUIMICA y FISICO - QUIMICA. — *Enrique Gaviola*: La naturaleza de la luz. — *E. Loedel Palumbo*:

El núcleo atómico (Isotopía y radio-actividad). — *Juan Sabato*: Algunos problemas de radiotécnica. — *Enrique V. Zappi*: Ensayo sobre la evolución de las doctrinas de la Química Orgánica.

GEOGRAFIA - MATEMATICA. — *Félix Aguilar*: La determinación de la intensidad de la gravedad y la forma de la tierra en nuestro país.

HISTORIA e HISTORIA DEL ARTE. — *Héctor Greslebin*: El tejido Sud-Americano prehispánico. — *Carlos Heras*: El problema político después de Caseros. — *Guillermo Korn*: El Greco. — *Augusto Rodríguez Larreta*. — *Juan Bautista Alberdi*.

LITERATURA. — *Rafael A. Arrieta*: Peer Gynt, de Enrique Ibsen. — *Roberto F. Giusti*: La influencia de Erasmo en la vida y el pensamiento españoles. — *Julio Noé*: La poesía argentina moderna. — *Luis Reissig*: Otros aspectos de la obra de Anatole France.

MATEMATICAS. — *Juan Blaquier*: Aritmética Trasfinita. — *Julio Rey Pastor*: Las crisis de la matemática. — *Juan C. Vignaux*: Fundamentos de las teorías matemáticas modernas.

PEDAGOGIA. — *Juan Mantovani*: Individuo y comunidad en la educación.

PSICOLOGIA. — *Aníbal Ponce*: Diario íntimo de una adolescente.

SOCIOLOGIA. — *Gregorio Bermann*: Higiene racial y la formación de las "élites". — *Eusebio Gómez*: Delincuencia política. — *Raúl Orgaz*: Tres problemas de introducción a la Sociología: La realidad de lo social. La causa y la ley. Las relaciones.

Muy posiblemente, nuevos cursos, en gestión, se unirán a los ya iniciados.

El cuidado nivel cultural del Colegio vase afirmando con el concurso

de estudiosos de valer con que cuenta el país y la simpatía de un público culto. La experiencia recogida nos permitirá orientar más definidamente el colegio en actividades cada vez más intensas, más amplias.

De cada curso, los señores profesores han preparado un programa analítico, con indicación de número de clases y horario, que se entrega en Secretaría.

A pesar del elevado déficit del pasado año en que regía la cuota de \$ 4.—, por cada curso completo, la de este año se ha reducido a \$ 3.—, a fin de ponernos a tono con las dificultades pecuniarias corrientes.